

REMY BASTIEN

LA FAMILIA RURAL
HAITIANA

Valle de Marbial

TESIS

presentada para obtener el
DOCTORADO EN LETRAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
en la
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

MEXICO, 1951

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Cómo siento que hayáis venido a Marbial en esta época de sequía e inundaciones. Primero la sequía, y después las lluvias, nos matan. Aquí estáis en mi casa y no os puedo ofrecer una taza de café. El suelo es pobre, la tierra se muere. Pasamos por este mundo y nuestros hijos que vienen, también pasarán. Mirad este árbol, es grande y verde. Llegará un tiempo en que sus ramas altas se sequen. Entonces sabréis que su corazón esta siendo comido. La brisa algún día lo tumbará.

Vétilus Jean-Philippe de MARBIAL
(c. 1875-1948)

ADVERTENCIA

Este estudio de la Familia Rural Haitiana en el Valle de Marbial, es el fruto de una investigación etnológica que lleve a cabo en dicha región de la República de Haití, entre abril y octubre de 1948, gracias a una beca pre-doctoral otorgada por la Axel Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research (entonces The Viking Fund Incorporated), New York.

El objeto de la encuesta realizada por un grupo de etnólogos haitianos y el Dr. Alfred Métraux, fué obtener un conocimiento detallado de la cultura del Valle de Marbial, como preparación para un Proyecto-Piloto planeado conjuntamente por la UNESCO y el Gobierno de Haití.

Me es ineludible dejar constancia aquí del testimonio de mi agradecimiento a la Axel Wenner-Gren Foundation por haberme concedido una segunda beca para costear parte de mis estudios de doctorado y la preparación de mi tesis. Sin esa valiosa ayuda no me hubiera sido posible terminar ésta ni realizar aquéllos.

Mi reconocimiento también lo hago extensivo a mis informantes de Marbial, quienes me recibieron con aquella hospitalidad generosa propia del campesino de mi país y me otorgaron su confianza. No olvidaré aquí a mi compañero de trabajo, el agrónomo Edouard D. Berrouet, cuyo vasto conocimiento de la agricultura haitiana despertó mi atención a nuevos aspectos de la vida rural.

Reservo mi íntima gratitud para quienes me ayudaron en la preparación del manuscrito en un idioma que tiene muchos secretos para mí: la Sra. Kitzia Hofmann-Isenburg y el Lic. César Izaguirre Rojo.

Guardaré el mejor recuerdo del Dr. Pablo Martínez del Río y del Dr. Eusebio Dávalos Hurtado, respectivamente Director y Secretario de la Escuela Nacional de Antropología; del Dr. Samuel Ramos y del Sr. Julio Jiménez Rueda, am-

bos de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya bondad para conmigo allanó muchos problemas técnicos.

A mi consejero de Tesis, el Dr. Jorge Vivó, y al Profesor Xavier Romero, debo dar mis disculpas por haberles solicitado, en medio de sus numerosísimas ocupaciones, una ayuda que me otorgaron tan generosamente.

R. B.

San Ángel Inn., D. F.
22 de agosto de 1951.

INTRODUCCIÓN

De los varios aspectos de la vida de Haití, el de la familia rural asume capital importancia cuando se le sitúa convenientemente dentro del complejo cultural haitiano. En un país de industria incipiente, cuya población en un 85 % es rural, la producción agrícola es la vida nacional misma; la producción haitiana en escala familiar, es la que abastece los mercados locales de carne, legumbres, granos y proporciona al comercio exterior uno de sus más importantes elementos: el café. En Haití, la gran propiedad es excepcional y no existen, como en otros países de América, fincas cuya producción anual de café puede calcularse por toneladas. En las zonas favorables al cultivo cafetero, cada familia, según la extensión de sus tierras, lleva diez, cincuenta o cien kilos de café a la más cercana ciudad y allí son acumulados por los exportadores para su expedición a ultramar.

Desde la Independencia, en 1804, el campesino haitiano, dejado casi completamente a sus recursos y experiencias, tuvo que adoptar medidas y costumbres propias para asegurarse la existencia, aun por precaria que fuese en lo económico; que le permitiesen constituir su familia en lo social y que satisficieran sus anhelos y necesidades espirituales en lo religioso. Si recordamos la herencia negativa de la esclavitud, de la cual pudo desasirse cuando logró su libertad, y del precio que tuvo que pagar para ganar aquella libertad, tendremos que reconocer que su esfuerzo y sus realizaciones merecen nuestra admiración.

En 1804, la tierra que fué en otro tiempo la celebrada y próspera colonia francesa de Saint-Domingue, había sido devastada por catorce años de guerra casi continua; su población, disminuída en un 27 %, estaba extenuada y, reacción muy humana, tenía más ganas de reposo y de gozar su victoria que de levantar ruinas, abrir nuevos canales de riego, carreteras y escuelas. Mas no pudo descansar. Los antiguos esclavos que ganaron su libertad contra sus amos fueron mal

vistos por sus vecinos y el amo mismo quiso vengarse. El nuevo campesino tuvo que seguir siendo soldado y construir fortificaciones; pero la administración militar no fué la indicada para iniciar un pueblo joven en la vida democrática. Las revoluciones se sucedieron, aunque con menos frecuencia que en otros países de la América Latina, los cuales al mismo tiempo que Haití buscaban también su equilibrio. Estas revoluciones en su mayoría fueron fomentadas por generales ambiciosos y políticos sin conciencia; pero también, una que otra vez, el campesino se levantó en armas, tal como lo hizo un precursor de las luchas agrarias en 1844, cuando Acaau, un labriego analfabeto, pidió la posesión de las tierras para los suyos. Fué aniquilado, pero no en vano. Su movimiento revolucionario y la tenacidad de las masas rurales salvaron a Haití de la amenaza de la gran propiedad.

Mientras, en las ciudades, la clase culta dirigía las finanzas y la política a su modo, producía burócratas, licenciados y poetas, en el campo los habitantes labraban las milpas con el azadón, quemaban los bosques para hacer *bois-neufs*, se juntaban para los trabajos agrícolas y ofrecían las primicias a los dioses agrarios y familiares. Cuando llegaron los sacerdotes blancos, mezclaron el culto de los santos católicos con el de sus antepasados africanos. Conservaron ciertas costumbres coloniales, sobre todo las que atañen a la cortesía. Aislados de las ciudades, sin escuelas y sin clínicas, sus pequeñas comunidades parecían a veces pertenecer a un mundo aparte, en donde el tiempo y la política no habían cambiado en nada. En 1940, en algunos rincones de la Serranía de la Selle, aun seguían rezando para el Rey, la Reina y el Delfín de Francia.

En la vida familiar, el poder paternal era indiscutible. El jefe de familia dirigía la vida de sus hijos hasta edad avanzada: no se casaban sin su consentimiento y seguían prácticamente bajo su tutela hasta su muerte. Raras veces la unión entre hombre y mujer recibía la consagración legal o religiosa, pero no era menos firme por eso. La mujer, a pesar de su contribución en el campo educativo y económico, ocupaba una posición inferior. Cuando el jefe de familia poseía predios alejados unos de los otros, las mujeres (una para cada lote de

tierra) eran tomadas menos por razones sexuales que económicas.

El padre era también, un jefe religioso que dirigía el culto familiar y vestía ostentosos ornamentos durante las ceremonias y se sentaba luciendo una camisa de satén rojo, para recibir el homenaje de sus descendientes en el primer día del año. Cuando las lluvias llegaban en buen tiempo y cuando, de paso, el ejército revolucionario o el del gobierno no se llevaban animales y cosechas, los predios producían bastante para que la familia comiera bien todo el año y ofreciera bailes a sus amistades.

Pero no era una vida sin tristezas. Las enfermedades tropicales se curaban difícilmente con las recetas heredadas de la farmacopea colonial; muchos fallecimientos se atribuían a la magia o a la ira de los dioses; la mortalidad infantil era altísima. Se aceptaba la muerte con resignación y los finados, inhumados sobre la propiedad familiar, recibían honores de los supervivientes; aquellos los visitaban en sus sueños, aconsejándolos o quejándose de algún descuido en el culto u honores que se les debían.

Así fué el pasado.

Escribiendo con plena simpatía sobre el campesino de mi país, puedo quizás, a veces, parecer entusiasmarme demasiado por él y que olvido la estricta imparcialidad científica; pero lo cierto es que no me acerco a su vida con aquel propósito del novelista o del periodista que busca (y encuentra a su modo de ver) el "sensacionalismo", donde en realidad hay sufrimientos y ansiedades humanos. El campesino no es un objeto de curiosidad cuyo modo de vivir debe satisfacer los afanes del extraño. No debemos, por ejemplo, investigar su vida amorosa con una sonrisa en los labios o con un complejo de superioridad, por ligero que sea. El campesino es un ser humano como nosotros, que no somos perfectos, y como tal merece nuestro respeto. Tiene las mismas cualidades que posee el campesino en todas las latitudes: es trabajador, ahorrativo y sobrio en general. A la mala suerte opone una resignación fatalista; pero, si se resigna a sufrir hoy, es porque tiene una firme esperanza en una mañana mejor.

Muchos escritores lo han querido presentar como un ser

desequilibrado, presa del desencadenamiento de sus instintos exaltados por el clima tropical; no le han hecho justicia. Al campesino haitiano le gusta comer y beber bien, cuando puede (y trabaja lo bastante para merecerlo); pero en seis meses no he visto a uno solo, en Marbial, en estado de ebriedad. A pesar de la sequía y de las inundaciones que asolaron la región, el campesino no buscó en el alcohol un alivio a sus miserias, como tampoco trató de ahogar sus preocupaciones en aquellas danzas nocturnas y orgiásticas descritas por numerosos viajeros de dudosa sinceridad. La vida familiar siguió su curso con tirantez interna, pero para el forastero no advertido, todo era normal.

Los ancianos, formados en la tradición secular, explicaron su desgracia por la cólera de los dioses, cuyo culto había sido extirpado por el clero católico y protestante. La nueva generación, la de mi edad, liberada en parte de los conceptos cerrados de antaño, buscó las causas del mal en la organización social y en ciertos hábitos nacionales; se dió cuenta del peligro que representaba para su futuro un número de hijos que está fuera de proporción con su herencia o con el tamaño de sus tierras. Sintió la necesidad de saber leer para luchar contra la explotación del ciudadano, que perduraba desde los tiempos de sus abuelos. Criticó a los diputados, a aquellos quienes sus votos habían elevado al poder, por haber olvidado sus bellas promesas en el momento que ocuparon sus curules. Los jóvenes observaron cómo la tierra, cansada por el cultivo continuo y deslavada por las aguas, produjo menos en cada cosecha. Hablaron del uso de abonos y preguntaron dónde poder conseguirlos con sus escasos recursos económicos, y cómo emplearlos. Quisieron modificar su economía y dedicarse, más activamente, a la agricultura y a otras ocupaciones remunerativas; pero les faltó el conocimiento técnico y los medios para aprenderlos. Acordáronse con veneración de sus antepasados, cuya sabiduría y mano de hierro pudieron, en medio de inestabilidades políticas, a pesar de la leva forzosa y de la indiferencia de la clase dirigente, crear los florecientes *lakus* del pasado.

La nueva generación se enfrenta ahora a una tarea de suyo difícil: adoptar nuevas ideas sociales y nuevos métodos agrí-

colas para lograr un conocimiento claro de sus derechos y de sus deberes en la comunidad nacional.

Con la ayuda de quienes pueden y deben darla, no creo que la nueva generación resulte inferior a sus padres, porque el material humano es sano.

PRIMERA PARTE

EL VALLE ACTUAL

Capítulo I

EL MEDIO Y SU POBLACIÓN

El Proyecto-Piloto de la UNESCO en Haití, iniciado en el año de 1948, contribuyó eficazmente al conocimiento de los problemas rurales del país en la higiene, la agricultura y la educación, pero también añadió un nuevo elemento a su geografía: el del Valle de Marbial, término que empezó a ser usado desde 1947, pues antes no existía. . . El origen del "nuevo" valle vale la pena de relatarse. Se dice que al decidirse la realización del citado proyecto, los funcionarios haitianos y de la UNESCO tuvieron que escojer un nombre para la experiencia que planeaban. El lugar elegido se conocía como Sección de Cerdo-Gordo, denominación que pareció poco adecuada para una realización llamada a ocupar la atención internacional; y entonces se adoptó la expresión "Valle de Marbial."

Cuando de la ciudad de Jacmel, puerto de la costa sur de Haití, nos dirigimos en dirección noreste, atravesando la pequeña Llanura de Jacmel, entramos, después de unos cinco kilómetros de marcha, en un cañón cuyas paredes de roca calcárea en partes distan entre sí sólo unos cientos de metros y en otras un kilómetro o dos. El camino sigue el curso del río Gosseline y lo cruza en varios lugares sin necesidad de puentes. Estamos en el Valle de Marbial, en donde no hay pedazo de terreno aprovechable que no haya sido ya sembrado. Las chozas campesinas se elevan sobre ambas riberas del río, cuyo lecho, incluso es aprovechado para la siembra en la época de sequía, la que dura de noviembre hasta marzo. Salvo en el fondo del Valle, donde crecen árboles frutales, más la caoba, el fresno y el roble nativo, la vegetación es escasa sobre las pendientes de los cerros y los efectos de la erosión son visibles. Después de la zona llamada Mangon, se nos presenta un panorama más amplio: las paredes del cañón retroceden y dejan lugar a una serie de crestas bajas y

escogido por la administración militar entre los notables de la sección. El jefe lleva uniforme, percibe un sueldo del ejército y sus funciones son múltiples: mantiene el orden como oficial de la policía rural, tiene poder para arrestar ladrones y delincuentes, autoriza las inhumaciones, sirve de testigo en ciertos contratos de arrendamiento de tierras, trata de arreglar *à l'amiable* pleitos que pueden surgir entre los habitantes y vigila la aplicación de las leyes y decretos agrícolas. El jefe de sección tiene por lo general como ayudantes a cuatro "mariscales" sin sueldo.

En 1948, el cura de Santa Teresa de Marbial, cuya parroquia es mucho más extensa que la zona que nos interesa, estimaba el número de sus feligreses en unos 30,000. Hasta el año de 1950, fecha en que fué llevado a cabo el Primer Censo de Población¹, fueron las estimaciones del clero católico (tanto para nacimientos, defunciones y población general) las mejores fuentes estadísticas. La estimación del cura Louis Charles estaba bastante cerca del total obtenido por el censo en agosto de 1950. En las tres secciones rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial, la población se reparte por sexo como sigue:

<i>Secciones</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>
Cochon-Gras	2974	3080	6054
Fond-Melon	4469	4861	9330
Marbial	1747	1856	3603

O sea un total general de 18,987 habitantes.

La Parroquia, que abarca dos secciones más y parte de otras, debe tener muy cerca de 30,000 habitantes; para toda la región hay que añadir unos 3,000 protestantes.

A falta del catastro rural, que no ha sido levantado aún para el Valle de Marbial, no podemos indicar con precisión la densidad de la población por kilómetro cuadrado; pero considerando 1) el promedio general en Haití de 115 hab. p. K², basado sobre los datos de 1950 y 2) la superficie aproximada del Valle de Marbial que estimamos, para las tres secciones rurales, en unos 130 kilómetros cuadrados, obtendríamos 146 habitantes por kilómetro cuadrado, promedio bastante alto para una región de economía casi exclusivamente agrícola.

De un total de 14,365 habitantes mayores de 10 años, solamente 638, o sea el 4.4 %, sabían leer y escribir en agosto de 1950; las mujeres alfabetizadas eran 180. El problema educativo es serio, como se puede juzgar: el número de escuelas es insuficiente y las que existen están mal equipadas. Además, la niñez de edad escolar, ocupada en las casas, en el mercado o en el comercio, no tiene tiempo suficiente para dedicarse al estudio. Las condiciones sanitarias también son malas. Una gran porción de la población es presa de las enfermedades tropicales: los parásitos intestinales, la malaria y la más conocida, el *pián*; éste fué traído a las Américas por los esclavos africanos. Desde la época colonial, el mal era temido y los esclavos desarrollaron una especie de vacuna, inoculando a los niños con el *treponema*, operación que les preservaba de la forma violenta de la enfermedad. El *pián*, que ataca al campesino alrededor de los diez o doce años por lo general, sirve para establecer aproximadamente la edad de los niños; se dice: ha pasado o todavía no pasa el *pián*. La enfermedad, que en su estado avanzado puede producir serias deformaciones óseas, es sin embargo, en su primera fase, de fácil curación con inyecciones de penicilina; en 1950, una Campaña Anti-Pián dió excelentes resultados y se espera que en un futuro próximo el mal sea prácticamente erradicado.

El campesino de Marbial es analfabeto en abrumadora mayoría y no vive en buenas condiciones higiénicas, pero en cambio él es, con raras excepciones, dueño de su choza. Sobre 3,936 unidades de habitación registradas en las tres secciones arriba citadas, 3,544 estaban ocupadas por sus propietarios y 127 por inquilinos; en Puerto-Príncipe, sobre 32,941 unidades de habitación, solamente 7,486 eran ocupadas por propietarios. La mayoría de las viviendas en Marbial son cabañas de dos piezas cuyos muros están hechos de lodo blanqueado con agua de cal o de tablas sacadas del tronco de la palma real (v. Tablas 1 y 2.)

En cuanto a la propiedad de la tierra cultivada, aunque se observa un descenso en el porcentaje de los campesinos dueños de sus milpas (veremos las razones más adelante) todavía de 3,926 parejas, en las secciones rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial, 3,249 eran propietarias, cifra que re-

presenta el 82.7 %. ¿Pero qué poseen? He aquí un problema fundamental de la vida económica familiar en Marbial y en muchísimas otras regiones de Haití. Ciertamente, el campesino es dueño de su milpa, pero el tamaño de aquélla es tan insignificante, en la mayoría de los casos, que no basta para el sustento de la familia rural, cuyo promedio es casi de cinco miembros.

Demostremos algunas cifras de la superficie de las "explotaciones agrícolas" publicadas por el Buró del Censo de Haití, en el año de 1950. Las superficies son dadas en *carreau*, antigua unidad de agrimensura francesa que equivale a 1.32 hectárea.

Total de explotaciones agrícolas	3926
<i>Superficie:</i>	
Menos de un <i>carreau</i>	2785
De uno a 1.9 <i>carreau</i>	701
De 2 a 2.9 <i>carreaux</i>	235
De 3 a 3.9 <i>carreaux</i>	78
De 4 a 4.9 <i>carreaux</i>	30
De 5 a 5.9 <i>carreaux</i>	27
De 6 a 9.9 <i>carreaux</i>	13
De 10 <i>carreaux</i> y más	3
Faltan informaciones	81

Por lo general el campesino se resiste a revelar la superficie, aun aproximada, de sus tierras; pero observamos en 1948 más reticencia entre aquellos que la voz pública y su modo de vivir nos indicaban como "ricos" o dueños de muchos *carreaux*. La desconfianza proviene del miedo de que el gobierno se adueñe de los terrenos o imponga impuestos sobre los bienes raíces. Por otra parte, algunos campesinos, ignorando el propósito exacto del Proyecto-Piloto, tuvieron la tendencia de hacerse pasar por más pobres todavía de lo que eran con la esperanza de recibir mayor ayuda de la UNESCO. A pesar de todo, creemos que las estadísticas obtenidas son suficientemente exactas para darnos una buena idea del problema agrario del Valle. El 94 % de las propiedades cultivadas tienen una superficie que varía entre menos de un *carreau* y 2.9 *carreaux*. Un campesino nos dijo con amargo humor:

“Medir la tierra por *carreau* es cosa del tiempo de nuestros abuelos; nosotros la estimamos por centésimos de *carreau*.”

Utilizando las cifras arriba expuestas, creemos que, en total, las explotaciones agrícolas de la región no deben pasar de 7,500 hectáreas a lo sumo y ¿qué porcentaje de las 7,500 hectáreas es de pobre rendimiento, consiste en tierras deslavadas, agotadas? Ya hemos indicado los efectos devastadores de la erosión, al principio de este capítulo. Uno de nuestros mejores informantes, un anciano, vió su herencia “declinar” con él; en su juventud, el cuarto de *carreau* que poseía producía “harto camote”; hoy en día es una propiedad inútil, un peñaseco. Este proceso sigue en todo el Valle.

El marbialés reconoce dos tipos de suelos: 1) Las tierras *cálidas* donde la desforestación ha sido completa; son llamadas también sabanas y sirven, sobre todo, para el cultivo del mijo y del camote; 2) Las tierras *frías*, que son húmedas, fértiles y buenas para el café; son elevadas por lo general, aunque también los terrenos boscosos del fondo del Valle pueden ser calificados de *fríos* de la misma manera que una propiedad en las montañas puede ser clasificada como *cálida* si está desgastada y desnuda.

Los principales cultivos del Valle son el maíz, el frijol, el plátano macho y el mijo, los que forman la base de la alimentación. Entre los cultivos de consumo local secundario, podemos citar la mandioca, el cacahuete, el chayote y la calabaza; a los que debemos añadir frutas como el aguacate y los mangos, que abundan.

El café permanece como *cash-crop*, a pesar de su disminución progresiva, a consecuencia del empobrecimiento de las tierras *cálidas*. Es excepcional la casa que no está rodeada por algunas matas de café, por escasas y endebles que sean. Al fin del año, la cosecha permite al campesino pagar algo de sus deudas o comprar una camisa nueva.

Ahora, estamos preparados para apreciar mejor el esfuerzo que desarrolla el campesino para poder vivir y organizar su familia.

Capítulo II

LAS AGRUPACIONES RURALES EL *LAKU*: ASPECTOS FÍSICOS

Hemos dicho en la Introducción a este trabajo, que alrededor del 85 % de la población de Haití se encuentra en las zonas rurales. Un hecho particular a esas regiones es el tipo de agrupación que prevalece en ellas. Debido a que el tipo de explotación agrícola de la época colonial, la gran propiedad, desapareció después de la Independencia en 1804, la población rural se diseminó sin lograr reunirse en pueblos donde se notase el menor cuidado por el trazo de calles y plazas. Ya, en la época colonial, sí debemos creer el irónico barón de Wimpffen, la administración francesa no lucía por sus dones de urbanización. Aquel viajero inquieto escribe de Puerto-Príncipe, entonces capital de la floreciente Saint-Domingue:

“...la comparación que se presenta de un modo natural y a la simple vista, es la de un campamento tártaro, tal como los exploradores lo describen.”¹

El Valle de Marbial, quizá por ser solamente la sede de secciones rurales, la última división administrativa, ofrece una ausencia total de planificación. La topografía y la escasez de tierras cultivables podrían explicar en parte el desorden que prevalece en la localización de las habitaciones: el campesino reduce a lo mínimo la anchura de las veredas y caminos para ahorrar el suelo. A veces, prefiere romper una pendiente en ángulo recto para construir su casa en lugar de utilizar un pedazo de terreno llano.

Las casas se encuentran, sobre ambas riberas de los ríos Gosseline, Fond-Melon y Boucan-Patate y la mayor unidad de agrupación es la familiar. Tal unidad puede componerse de una a doce casas, constituyendo lo que se llama un *laku*. El estudio del *laku* en el valle, el cual está estrechamente ligado con el de la familia, requiere en primer lugar la definición de

la palabra. *Laku*, es la corrupción, junto con el artículo femenino, de la palabra francesa *la cour* que, entre otros sentidos, significa el patio, el solar. En Haití, sin embargo, la palabra tiene varios usos; por ejemplo, cualquier casa tiene su *laku*, esté ella en la ciudad o en el campo. Se aplica en este caso a la parte sobrante del terreno donde se levantó la casa. En las ciudades, hay que añadir, hay la clara tendencia de llamar jardín a la superficie que se extiende entre la casa y la calle; y *laku* a la que se sitúa detrás de ella y en donde se encuentran la cocina, los cuartos para la servidumbre y otras dependencias. En la zona rural, *laku* es la designación general y "jardín" toma la significación más bien de milpa. Además (y es este sentido el que nos interesa por ahora) la palabra se aplica a un conjunto de casas de habitación ocupadas, por lo general, por una familia. No debemos olvidar que en las ciudades también tiene este significado: en los barrios pobres un grupo de chozas pertenecientes a un mismo dueño se califica de *laku*.

Ahora bien, dentro del *laku* rural que alberga la familia, se conserva claramente la idea del pequeño *laku* individual de cada casa, que a veces se suele llamar *duvan pot* o sea "enfrente de la puerta". Adelante veremos la importancia del *duvan pot* en la psicología campesina.

Varios informantes nos han proporcionado una justa apreciación de los *lakus* cuando dijeron de agrupaciones hoy desiertas: "En tiempos pasados estos *lakus* eran como pequeños pueblos." Sobre la base de los recuerdos de los ancianos, la familia Juan-Felipe vivía en 18 casas, hace de eso unos cuarenta años; a esta cifra hay que añadir un número quizá igual de cocinas y algunas bodegas. Este esplendor, cuya desaparición ocupará un importante lugar en nuestro estudio, ya pasó; es difícil hoy en día encontrar *lakus* de ocho o diez casas (ver Planos 1 y 2.)

Los datos recogidos, así como la lógica, permiten seguir el desarrollo ideal de un *laku* desde su núcleo original: una cabaña solitaria que abriga a una pareja. La casa está construida cerca del pequeño cafetal y de la milpa, sobre un terreno poseído por el hombre o la mujer o rentado a largo plazo. Cuando la construcción no es la primera en edificarse

sobre el lote, es frecuente hallar algunas tumbas en su vecindad. Además de la cocina, siempre presente, el dueño, si sus recursos se lo permiten, edifica una casita-bodega para guardar sus cosechas y herramientas, y en un lugar apropiado instala una plataforma de argamasa para secar el café. El simple aspecto de la casa y el tamaño del tendadero de café son buenos indicios del estado económico. Como la mayoría de los techos son de paja, material abundante en la región y barato relativamente, un techo de lámina de zinc, instalado en las casas citadinas, es indicio de riqueza, realidad cuyo fiel reflejo se encuentra en el folklore; cuando el héroe de un cuento se vuelve rico lo primero que hace es construirse una vivienda con techo de lámina. Por otra parte, el café siendo el *cash-crop*, no solamente en Marbial sino en casi todo Haití, la dimensión de la plataforma revela si su propietario cosecha anualmente 50, 100 ó 200 kilos del preciado grano.

Tal es lo que llamamos el núcleo del *laku*. Cuando los hijos de la pareja alcanzan alrededor de los veinte años se separan del techo paterno, bajo el cual vivieron hasta entonces. Lo hacen, sea por falta de espacio, sea porque los varones quieren tomar mujer; además, su independencia económica, que logran por lo común hacia esta edad, les invita a separarse de la casa paterna para afrontar sus propios gastos de comida y organizar su vida doméstica. Construirán su habitación a unos cuantos metros de la del padre de familia. Así se forma un *laku* y si queremos imaginárnosla unos veinte años después, el número de cabañas habrá pasado de tres o cuatro, a diez o doce, formando, dentro del conjunto general, subdivisiones que pueden escapar al ojo del observador no prevenido: al tener hijos a su vez, los hijos del fundador del *laku* se apartaron de su padre para tener el espacio suficiente a fin que sus descendientes construyan alrededor de su casa, formándose así lo que podríamos llamar sub-lakus, movimiento que está en relación directa con la disminución del lazo sanguíneo, es decir, de hermanos en la segunda generación a primos hermanos en la tercera.

A consecuencia del carácter familiar y privado de esta multiplicación de cabañas, sería de esperar un cierto orden en su distribución; sin embargo, nada de eso existe. La orienta-

ción de las habitaciones no tiene nada fijo; ningún concepto mágico-religioso, ninguna regla de etiqueta o preocupación para una mejor ventilación determinan su posición. A lo mucho, cuando el *laku* domina el "gran camino" muchos construyen sus casas de manera que puedan, sentados en la veranda, en sus horas de ocio, ver pasar la gente y observar lo que hacen. En un mismo conjunto se encuentran fachadas o los respaldos de chozas hacia la dirección de los vientos predominantes. La cercanía de las construcciones no lleva a buscar la orientación susceptible para asegurar la mayor intimidad posible; el transeúnte puede fácilmente ver lo que pasa dentro de una casa aunque uno se guarda de tomar ventaja de tal oportunidad, si no quiere ser criticado por "clavar sus ojos" sobre asuntos ajenos. Una cocina puede estar tan pegada a la entrada de la casa que la bloquea; los vientos pueden llevar el humo de la cocina dentro de la habitación del vecino sin que éste se queje; inconvenientes que todos aguantan a cambio de las ventajas de la vida en *laku*.

Todos estos ejemplos hacen resaltar la falta de planificación y de orden material. Es cierto que el crecimiento lento e irregular del complejo podría explicar tal descuido; pero la razón fundamental es el respeto de la individualidad que se manifiesta en muy diversas formas. Además, no debemos olvidar otro hecho importante: hemos encontrado los *lakus* en plena decadencia y ni un solo bajo el mando efectivo de un jefe, ya fuese el padre o abuelo, de todos los cohabitantes; es de suponer, según informes recibidos, que en tiempos pasados su autoridad indiscutida podía hacerse sentir en la localización de las casas; pero, aun para aquella época de esplendor hay también pruebas de que un padre tomaba en cuenta la voluntad y el gusto de sus hijos en asuntos de mayor importancia que la de orientar una habitación.

Vivir prácticamente bajo el ojo de sus parientes y a tan corta distancia que todo lo que se dice en voz un poco alta es tanto para su interlocutor como para los vecinos, impone a todos reglas de conducta, discreción y *self-control*, para que se mantenga la armonía. Nadie que acepta vivir en comunidad puede pretender escapar a tales contingencias; a pesar de todo, cada uno, por una especie de convenio mutuo y la ob-

servación de las reglas mencionadas, debe tener la plena sensación de vivir en perfecta intimidad como si fuese aislado, protegido por muros invisibles, de los ojos y oídos vecinos. "El ojo ve, la boca se calla", dice un proverbio y hay docenas de otros de similar sentido. No hay que mezclarse en asuntos ajenos.

El poder paternal, en tiempos pasados, principalmente y sobre todo en materia de educación, se manifestaba en forma muchas veces tiránica, pero tratándose de la disposición de las casas, se contentaba con aconsejar, a menos que su prestigio o sus intereses le obligasen a hacer prevalecer su punto de vista. En resumen, es el gusto individual el que rige el crecimiento del conjunto familiar. A esa tendencia no la debemos calificar de falta de cooperación, quizá sea descuido; pero la asistencia mutua en un sinnúmero de casos, es la esencia misma de la vida en *laku*.

Si no existen rasgos de planificación formal en escala general, sí se hallan, dentro del conjunto, rasgos fijos: por ejemplo, en frente de cada casa se encuentra un espacio vacío y libre de hierbas. Su tamaño depende naturalmente de la fortuna del campesino y de la cantidad de tierra que posee; en general el tamaño está, dentro de un mismo *laku*, en relación directa con el aspecto y dimensiones de la casa. Por ejemplo, en cuatro de los más numerosos conjuntos estudiados, la habitación del jefe de familia, que era la más importante y la mejor cuidada, tenía un patio de unos cien metros cuadrados, cuando el del pariente más pobre, apenas medía tres metros por cuatro. El patio, que es el "en frente de la puerta" arriba mencionado, es donde juegan los niños, las mujeres muelen y se recibe la visita de amistades o conocidos de poca importancia, pues a la gente de alto rango social se les recibe bajo la veranda o en la sala de la casa. Como forastero de la región, los campesinos, aun los más pobres, insistían para que entráramos bajo su techo, en lugar de quedarnos en el aire más fresco del solar durante nuestras visitas. El patio es mantenido limpio y rociado en tiempo de secas; en las ocasiones extraordinarias, como lo son un bautizo, un casamiento, un entierro y, lo que es rarísimo hoy en día, un baile, sirve para

elevant sobre postes de fortuna un techo plano, una *tomelle*, para recibir a los visitantes.

También el uso que se hace del terreno sobrante (a parte del patio) alrededor de las casas, es similar en las agrupaciones. Allí se cultivan a veces algunas plantas ornamentales; pero más frecuentemente se emplea como jardín farmacéutico donde es fácil encontrar las plantas medicinales usadas para las más frecuentes enfermedades de la comunidad, tales como cólicos, dolores de estómago, sustos, resfriados y "fiebres". Si todavía queda terreno libre se empleará para plantas de uso corriente como unas docenas de matas de tabaco, algunas de camote, de azafrán, de manioca y árboles frutales, como la guanábana, cuyas hojas son también medicinales. Cuando hay la necesidad de establecer una barda (aunque el caso sea raro entre los diferentes lotes de un mismo *laku*) sobre los linderos de las parcelas, se utiliza una hilera de henequenes o de piñas, lo que es más provechoso y económico que el empleo de postes y de alambres.

El último rasgo típico del *laku* es el cementerio. Como no existen en el Valle de Marbial aldeas organizadas y compactas, no se encuentran camposantos como en los municipios. Así, a pesar de la defensa formal expresada en el Código Rural vigente², cada familia se reconoce el derecho de enterrar sus muertos donde más le conviene; de allí la existencia de numerosísimas pequeñas agrupaciones de tumbas, cuyo número en cada caso depende de la duración e intensidad de la ocupación del terreno. El tamaño y apariencia de las tumbas, hechas de argamasa y blanqueadas periódicamente con cal, son indicios del bienestar económico de una familia y de toda una región. Hemos notado que en la Llanura de Jaemel las tumbas alcanzaban dimensiones mucho mayores que las de Marbial, pues sus habitantes, dueños de mejores tierras y en contacto más seguido con la ciudad tienen un nivel de vida un poco más alto y más pretensiones en cuanto al prestigio familiar que se expresa, entre otras cosas, en una arquitectura funeraria pomposa.

Hemos contado hasta cincuenta y siete tumbas en el cementerio de un *laku* ocupado desde cuatro generaciones. Tal cifra se explica: 1º) por el gran número de nacimientos y una

altísima mortalidad infantil; y 2º) por el hecho de que cualquier lazo de parentesco, sea sanguíneo, político o social, da derecho a la inhumación en el camposanto familiar —hijos naturales, ahijados, primos en todos los grados, gozan de igualdad a este respecto. A una pregunta nuestra acerca de los *ayant droit*, un informante contestó: “Todos los que son de la familia.” Esa declaración en apariencia vaguísima, expresa, sin embargo, aquella fe en la unidad sagrada de la familia rural haitiana; en la vida diaria hallaremos adelante pequeñeces, envidias, odios que la dividen; pero, el principio de unión indisoluble adquiere tremenda fuerza en los casos de emergencia, sobre todo cuando se trata de la muerte. He aquí el caso de un primo en segundo grado, quien se fué a vivir a Puerto-Príncipe y no había vuelto a visitar a sus parientes por más de quince años; cayó gravemente enfermo y regresó a donde había vivido su padre. No tenía dinero ni tierra, pero lo recogieron y al morir fué enterrado “entre la familia”. Quizá, la miseria reinante de hoy hace más raros tales casos de compasión, pero todavía, cuando visita la muerte, parientes que de otro modo ni se hablan, se ayudan sin resentimiento. Si no sienten verdadero cariño uno hacia el otro, por lo menos temen que la comunidad les critique y obedecen por ese motivo al mando de la tradición.

Tampoco en el cementerio encontramos un orden riguroso. En Marbial las tumbas de dos esposos fallecidos se elevan juntamente sobre un zócalo común y, de ser posible, las de sus hijos se colocan cerca de ellas. Un anciano nos explicó que se orientaban antiguamente las tumbas hacia el punto más elevado de la Serranía de la Selle, visible desde el Valle porque allí residían los espíritus de los antepasados; ningún otro informante confirmó aquella opinión. Antes de que el clero católico realizará en Marbial, hacia el año de 1942, su “Campana Anti-Supersticiosa”, existía en cada cementerio familiar una gran cruz de madera dedicada a Baron-Samedi, dios vodu de los muertos. Ha desaparecido junto con un árbol llamado *médecimier*³ cuyo palo tiene la virtud de hacer huir a los espíritus malos.

En resumen, desde el punto de vista físico, el *laku* o establecimiento de la gran familia rural, es una simple yuxtaposi-

ción de cosas sin nada que denote en su plano ideas de jerarquía u orden preconcebido. En este respecto, cada miembro del grupo sigue su gusto hasta donde no infringe los derechos de los demás, derechos que expondremos a continuación al estudiar la organización social y la economía.

Capítulo III

EL LAKU: ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA

En teoría, un *laku* está al mando de un jefe. En realidad su poder depende del grado de parentesco que existe entre él y los demás miembros. Más estrechos los lazos más efectivo su mando. Un abuelo puede ejercer un control positivo, por respeto o miedo, sobre sus hijos y nietos; pero cuando los mayores son de la misma generación, el título es más bien honorífico. En el caso de la pequeña familia formada por padre, esposo e hijos, el padre tiene una influencia directa sobre su casa. Sin embargo, esta influencia, que es muy fuerte e indiscutible en ciertos asuntos, el padre la disminuye voluntariamente para hacer de sus descendientes, competidores en el campo económico. Así la tiranía en la educación coexiste con un verdadero liberalismo en lo que atañe al cultivo de las tierras: no es muy raro que un hombre casado reciba, por "falta de respeto", una paliza de su padre, pero este mismo castigador inculca a sus hijos el sentido de la responsabilidad y los libera de su tutela económica a una edad temprana. El conjunto parece casi contradictorio: sería de temer que el hijo que puede bastarse a sí mismo tendría veleidades de no escuchar las órdenes o consejos paternos. No es tal el caso; en general, las relaciones entre padres e hijos permanecen buenas en Marbial. Y vemos desde ahora que el factor económico no constituye un predominante cemento en la unidad familiar.

¿Cómo se despierta el sentido de la responsabilidad y el individualismo económico?

A pesar de la convivencia familiar, la propiedad lleva un fuertísimo sello privado. Por ejemplo, no hay plataformas comunales para sacar el café; cada casa tiene su pequeña cocina. No es por egoísmo, pues hay constantes manifestaciones de cooperación en las labranzas y emergencias; es que los

bienes han de tener un solo dueño; que cada uno sea responsable de lo suyo. Poco después de nacer, un niño es ya poseedor y dueño, no de manera puramente simbólica. El cordón umbilical, después de ser cortado, es enterrado y encima se planta un plátano o un árbol frutal. La planta pertenece al niño y la venta de sus productos de preferencia será empleada a comprarle algo de vestuario. Claro que en casos de pobreza o urgencia, el dinero se destina a otras cosas, pero una madre me relató con orgullo este cuento más feliz que el de La Fontaine:¹

Cuando nació Duméus (tiene ahora veintidós años) planté un plátano sobre su cordón umbilical. Con el precio del racimo le compré una gallina y seis huevos. Los pollitos crecieron bien y les vendí a buen precio. Con aquel dinero adquirí una cabrita...

Y siguió la historia. A los doce años Duméus tenía diez dólares. Su padre aprovechó esta pequeña suma para comprar de ocasión un cuarto de hectárea que su hijo cultivaba cuando lo conocimos.

Esa actitud es reveladora del deseo de despertar en los jóvenes la necesidad de no contar solamente con la asistencia de sus padres.

Hasta los quince o dieciocho años, según los casos, los hijos ayudan a sus padres en la labranza de las milpas. No reciben pago en efectivo o en especie por su trabajo. Viven en la casa de su padre y éste cumple con la obligación de vestirles según sus recursos. Hace unos treinta años, los jóvenes llevaban por toda ropa, aun después de la pubertad, un camión que les llegaba hasta las rodillas; como un hijo flojo pedía a su padre un pantalón, él le contestó con ira: "Portarás pantalones cuando los puedas comprar con el fruto de tu trabajo."

Los hijos aprenden la profesión de agricultor, de *kiltivaté*; se adiestran en el uso de la hoz y del azadón; reciben instrucción de cómo y cuándo sembrar, limpiar y cosechar. El aprendizaje se termina a los dieciocho años a lo sumo y entonces reciben sus parcelas. Aquí surge lo extraño. El padre, celoso de su autoridad, en lugar de seguir cultivando sus milpas con sus hijos y de compartir el producto con ellos,

prefiere dividir su tierra. El sistema tiene varias ventajas: cada uno siendo responsable en un alto grado de su propia subsistencia, no tiene más salida que trabajar. El reparto de la cosecha es susceptible de crear disgustos. Si el flojo recibe tanto como el trabajador, éste se quejará. También daría lugar a favorecer a un hijo predilecto a costa de los demás. Claro que esta última posibilidad subsiste en la división verbal de la tierra y conocemos casos en que un hijo favorito recibe tierras de mejor calidad.

Una vez asignadas las parcelas, los diversos miembros de la familia pueden ayudarse entre sí en las tareas, pero sin remuneración; es esta la esencia del trabajo comunal entre vecinos no emparentados, conocido bajo el nombre de *coumbite*.

Un viejo informante de setenta y cinco años me contó cómo recibió su tierra a la edad de veinte años:

El finado Exumé mi padre (en paz descanse) me llamó una tarde y me ordenó seguirle. Cuando llegamos allá por el mapou,² cerca del río, dijo: "Mi niño, voy a darte este jardín, ¿te gusta? Ya eres de edad para pensar en tomar mujer y has de levantar tu casa. No quiero imponerte este terreno pero, creeme es bueno".

Di las gracias a mi padre (en paz descanse) pero declaré que echaba el ojo a otra parcela. Eso no le gustó, pero me pidió que lo llevara allí. Llegamos a la pendiente donde vivo ahora. Entonces era buena tierra que daba mucho frijol y camote. Dije: "Aquí está, padre."

—"Si es así —me contestó—, tómalo, pero recuérdate que te ofrecí otra cosa."

Entonces con su bastón empezó a enseñarme los límites de mi lote.

Así, antes de ser legalmente mayor de edad³ el campesino de Marbial debe estar capacitado para proveer a sus necesidades básicas: comida y vestidos; solicita y recibe ayuda paternal para construir su casa, ayuda, a veces manual, y a veces financiera.

Desde entonces, las cualidades de cada uno se manifiestan en el *laku*. Si excluimos a la mala suerte (sequía, inundaciones, enfermedades) que mata a la vaca o impide el buen cultivo del predio, en condiciones de igualdad, la suma de traba-

jo, la pericia y la iniciativa de cada hijo se expresan por el contraste que ofrece la choza mugrosa de un hermano que es vecino de otro con casa de techo de zinc, sin que el orgullo familiar sufra de tal desigualdad. Cuando nos extrañábamos de la miseria de Raúl, ante sus hermanos más afortunados, ellos invariablemente contestaban sin rasgo de desprecio u odio ninguno: "Es muy joven; así empezamos. Hay que trabajar duro y saber ahorrar."

Aquella concesión informal de tierra que hemos descrito, da al beneficiario ciertos derechos sobre ella; de hecho viene a gozar de todos los derechos del propietario, salvo el de venderla. A su gusto puede arrendarla, cultivarla con un aparcerero o tomar una *potek*¹ de un campesino. Además, la división verbal adquiere fuerza con el tiempo y no pocas veces recibe sanción legal a la muerte de los padres. Como los herederos construyen sus casas sobre los lotes que les fueron designados, tienen la tendencia de guardarlos en lugar de recibir otro. Pero cuando la familia no está unida, costosos pleitos brotan de las reclamaciones contra un reparto considerado injusto. Lo que ocurre a veces es que la repartición hecha al ojo de buen cubero atribuye parcelas desiguales. Cuando las diferencias se revelan al apear la herencia, si el perjudicado se empeña en reclamar y el beneficiado en querer lograr su ventaja, según dice el proverbio:

"Lo que está en el vientre de la cabra es de ella", es probable que los hermanos se vuelvan enemigos para toda su vida.

Hasta ahora hemos expuesto principalmente el repartimiento casual del bien raíz, considerando los pleitos que puede crear en caso de muerte. Ahora bien, cuando desaparece el padre, si en lugar de nombrar a su esposa legataria universal, divide sus bienes por testamento, los hijos pueden seguir dos cursos:

1) Dejar la herencia "parada", es decir, no dividirla y seguir viviendo como en tiempos de su progenitor.

2) Siguiendo las formas legales, pueden decidir la división definitiva de la tierra conforme a las disposiciones testamentarias. Este acto consagra la posesión de sus parcelas y les da derecho de venderlas.

Como uno puede darse cuenta, este derecho lleva consigo el peligro de romper el aislamiento voluntario logrado por los diversos herederos emparentados que viven en lotes limítrofes. Es aquí donde se pone en juego lo que podríamos calificar de ética familiar. Siendo amo de su parcela ante la ley, el propietario no tiene impedimento para arrendar o vender a quien guste. Pero, a menos que lo haga con un espíritu de venganza, no ofrecerá su tierra a un extranjero, antes de dar la oportunidad primero a sus hermanos, tíos o primos. No es correcto traer un forastero a vivir como propietario en el seno de la familia.

Lo mismo se aplica a un arrendamiento. Elison Morancy, en apuros, ofreció un predio para tres cosechas contra 3 dólares, primero a su tía, sin lograr un arreglo. Entonces se dirigió a sus primos del segundo grado, sin éxito. Firme en su propósito de no romper la intimidad del *laku*, propuso el negocio al novio de una prima en segundo grado, considerado ya como de la familia.

Un tío de Elison tuvo menos suerte. Arruinado por una serie de muertes y sospechando una acción mágica de sus parientes, arrendó sus tierras a los Anétier y se fué, en 1935, a vivir a Léogane, con sus hijos y su mujer. Los Anétier levantaron una barda de henequenes entre las tierras alquiladas y el resto del *laku* y viven como "vecinos" de los Morancy sin ninguna otra obligación hacia ellos que las de buenos vecinos.

Obligaciones como ésta y muchas otras, son como el cemento de la familia y hacen que el campesino considere la vida en común como el tipo ideal de establecimiento. "Es bueno estar cerca de sus parientes", dicen muchos marbialeses.

Existen obligaciones individuales y de grupo.

Las individuales se observan primeramente para guardar su "respeto" o la buena opinión de los demás hacia uno. Este respeto es la base del orden. "No haga escándalo", es la fórmula sencilla e imperativa. Jurar en alta voz, ser vulgar en su modo de hablar, son actitudes muy criticadas. Pero hay matices: si por razones de descuido, flojera, insolencia o deslealtad un marido juzga conveniente "tallar" a su esposa o a su amante, lo hará. Los gritos no serán calificados de escandalosos. Todo lo contrario; los vecinos aliados o no, pensarán

que Fulano está manteniendo en alto grado el respeto en su casa. También raras veces intervendrán, a menos que el interesado les llame como testigos de su justa cólera, o que un pariente cercano, padre, hermano o hermana estime el castigo fuera de proporción con el delito. Cuando se trata de un niño, no es ingerencia si alguien grita: "Pido gracia por él", logrando así acortar la paliza.

Como dos mujeres de un mismo *laku* cruzaban un río de regreso del mercado, al tratar de ayudarse mutuamente en un paso difícil, cayeron las dos perdiendo el frijol y el maíz destinados a la comida del día. Llegaron con lágrimas y gritos de desesperación a sus casas. En un momento, todos los habitantes del conjunto supieron lo que había pasado. Uno de los maridos tomó la cosa con resignación, pero el otro, enfurecido por la pérdida, empezó a golpear a su esposa. El padre del marido acudió y a su vez castigó sin misericordia a su hijo de 35 años tratándole de "desgraciado que escandalizaba a toda la vecindad por veinte centavos." En privado se dió razón al padre, pero nadie opinó abiertamente del incidente.

Un caso inverso, fué considerado no menos escandaloso para el respeto y prestigio del interesado. Un marido sorprendió a su mujer acostada con un hombre. En lugar de fustigarla, como es el derecho del marido ultrajado en tales casos en el Valle, se contentó, por debilidad o astío, con mandar a la culpable a la casa de sus padres. Los comentarios no tomaron en cuenta tal magnanimidad. . . "Pero Fulano", dijeron, "es un sinvergüenza, no es hombre, no sabe dirigir su casa y hacerse respetar." Las mujeres, tanto como los hombres, se expresaron en esta forma.

La causa del escándalo puede ser menos espectacular; aun puede ser trivial. Dejar una gallina o una cabra en libertad puede provocar serios disgustos. A pesar de los lazos familiares, el respeto a la propiedad obliga a tener los animales amarrados. La ausencia de bardas lo hace más necesario en los *lakus*. Carilus atrapó un puerco de su tía excavando sus camotes. Lo mató, colgó el animal, menos la cabeza y tres pies,⁵ a un árbol de su predio y gritó: "¡Qué el dueño del puerco venga por él!" Este es un caso más bien excepcional;

en general, el sobrino se contentará con hacer entender a su tía que el hecho no debe repetirse. Ese extremismo depende del carácter y del humor del perjudicado. De todos modos, según nuestro conocimiento, el caso se repitió pocos meses después cuando una cabra de Carilus se comía los maíces de Beaujean, su hermano.

Actos tan violentos que no modifican substancialmente las relaciones entre los actores, son típicos de la vida en *laku*; existe una obligación de creer y hacer creer la unidad espiritual de la familia, de presentarla como un bloque armonioso al extranjero; pero dentro de ella fermentan profundos rencores que buscan su escape a través de la magia en la mayoría de las veces.

El derecho de propiedad obtiene consideración también en lo que atañe a la defecación. Como los campesinos de Marbial no disponen de letrinas⁶ se hace *pupu* en los matorrales y en los cafetales, sobre la propiedad de cada uno. Hacerlo sobre la tierra del vecino es "faltar a su respeto". Además, a consecuencia de sus posibilidades mágicas, el acto puede causar resentimientos. Por lo contrario, orinarse es un acto banal. Sobre el camino, hombres y mujeres así como niños orinan a la vista de los transeúntes.

Para terminar con las obligaciones restrictivas, citaremos el deber de aislamiento en caso de enfermedades contagiosas, el *pián* y la tuberculosis, principalmente. El principio de aislar el enfermo está bien expresado en la perífrasis por la cual se designa la tuberculosis, "enfermedad-casita". Cuando se presenta un caso en el *laku*, los parientes han de tomar de su propia iniciativa las medidas necesarias para evitar que sus vecinos les hagan mala cara, huyéndoles. Por cierto, un padre cuyos hijos casados viven en conjunto, puede recordarles su deber si se descuidan; pero entre primos una crítica directa no es concebible. Se harán observaciones en alta voz, como dice el proverbio: "echando agua sin mojar a nadie". Si no tienen resultado, la armonía se rompe y hay probabilidad de que la casa del enfermo sea aislada, boicoteada. Una falta a la regla produjo hace unos veinte años cierta frialdad entre dos hermanos. Como el hijo de Andrea se enfermó del *pián*, ella lo aisló debidamente. Pero su hermano Pedro, cuyos hi-

jos no tenían el mal, a pesar de esta precaución, se rehusó a aceptar el plato de comida que, según la costumbre, le mandó su hermana. Ella se tragó el insulto sin protestar. Cuando se curó el niño, Pedro para re-establecer las relaciones le mandó comida, a su vez. Andrea rechazó el intento de paz, diciendo: "Mi hermano no me creyó capaz de portarme como se debe cuando tenía un enfermo; ahora no quiero su comida."

Desde entonces las dos casas no "comen juntas".

"Comer juntos" o "no comer juntos", expresa el estado de relaciones entre dos casas vecinas, parientes o no. La obligación, como ha de pensarse, es más fuerte en un *laku*. La cortesía es importantísima; es una regla que de casa a casa se mande lo que se guisa. En la mañana se envía café y a las horas de la comida, sopa, arroz o frijoles.

No existe un espíritu de competencia en las donaciones. El que manda un plato de arroz puede recibir un plátano macho de su vecino. No se quejará a menos que sospeche avaricia o mala fe.

Entre parientes, esta costumbre puede ser un símbolo de unidad o un recuerdo de los tiempos cuando comían juntos, en la casa del jefe de *laku*, lo que producía la tierra. Puede expresar simplemente, también, el espíritu de ayuda mutua que prevalece entre vecinos y parientes, no siempre por puro sentimiento de caridad.

La angustia, quizás predominante entre los campesinos, es el del reverso de la fortuna. Esta angustia hace insoportable el orgullo y la presunción del rico. "Estamos todos, dicen, a la merced de la sequía o de la inundación. Hoy afortunado, mañana hambriento." O usan uno de sus proverbios para criticar al rico egoísta:

"El día se va, el día viene."

"Dinero es redondo, ha de rodar." ⁸

Así la disparidad entre los cambios de comida no interrumpe sus relaciones; a veces pueden ser unilaterales y el que los recibe dirá: "Un día haré lo mismo para los pobres. Somos todos hijos de Dios."

En fin, no debemos excluir el miedo a la magia como motor de la caridad. Según las creencias del campesino, es tan

fácil esterilizar un predio, mandar plagas, matar el ganado o la gente, que resulta menos costoso guardarse la amistad del vecino pobre que provocar su odio por avaricia.

Para clausurar la lista de las obligaciones, citaremos las actitudes en caso de "desgracia". Cuando un niño, un adulto, o el abuelo caen, repentinamente, enfermos de cólico, de "indisposición" u otra cosa, sus íntimos tienen que dar la alarma a los aliados. No hacerlo, con la idea de no molestar, es mal visto y en tal caso la crítica será: "Tuviste enfermo y no me lo hiciste saber". Un pariente que vive a varios kilómetros, tan pronto como pueda, vendrá también a la casa afectada, en "visita de enfermo" y para ofrecer sus consejos y servicios.

No importa la hora para llamar a sus vecinos. Si alguien se siente mal a medianoche, después de los primeros gritos, será quien ofrezca la mejor receta para un "té" o infusión, irá a la búsqueda de las hojas, y prenderá fuego para prepararlo.

Tanta actividad alrededor de una enfermedad benigna parecerá fuera de proporción. Pero no lo es. Separado del más cercano médico por quince o más kilómetros y con pésimos caminos, se tiene que encargar del caso, y los consejos son bienvenidos porque "uno puede saber más que el otro". Una mujer joven pocas veces tiene el conocimiento de las plantas adquirido por una abuela; ésta también puede, por los síntomas, reconocer una enfermedad que ya trató con "hojas" y así ayudar eficazmente.

Además, una indisposición insignificante puede traer la muerte, súbitamente. Si la desgracia máxima ocurriera, ¿quién podría oír decir?: "Mi madre murió anoche y Ud. ni siquiera se levantó de su cama para asistirme."

El culpable, si un día se encontrara en caso similar, podría esperar de muchos la aplicación de la ley del talión.

Así es que existe la obligación de llamar, y la obligación de acudir. Lo mismo cuando se muere alguien. Parientes y vecinos llegan para ayudar a llorar, lamentar, hablar bien del difunto, limpiar la casa, llevar la noticia a los aliados, aunque fuese a treinta kilómetros, o ir a comprar mil cosas en la ciudad. Hay también que advertir que los funerales, en Marbial, en 1948, eran casi la única oportunidad del campesino

a una persona de edad a los ojos. Cuando al niño se le dirige la palabra (él no debe hablar primero), inclina la cabeza y con la vista clavada en el suelo contesta con una voz aguda y humilde, llamada *voz timoun*. Resulta que esa actitud, para quien no está al corriente de las costumbres campesinas, fácilmente puede calificarla como hipocresía y falsedad, en lugar de ver que así los niños demuestran con esas maneras, modelos de una buena educación.

Sin embargo, la nueva generación, según los viejos, es educada en la licencia. Un anciano de más de setenta años nos contó las anécdotas siguientes:

En mis tiempos no éramos ilustrados y nos trataban con suma severidad. Si llegaba alguien de visita nos gritaban: ¡aléjense de la boca de los grandes! ¡Aléjense de nuestros pies!

Después de haberse ido el visitante, el papá preguntaba, descuidadamente, a un hijo suyo: ¿Cómo estaba vestido Fulano? Si el niño contestaba, con tela brabante o azul-grueso, una bofetada le recordaba la respuesta correcta: Dispéñeme padre, no miré a este señor. Después de una paliza, teníamos que arrodillarnos para pedir perdón y besar los pies de papá o mamá. No, le digo, la vida era durísima para nosotros.

Quizás tal severidad, causó las frecuentes deserciones de sus miembros, registrada, en el pasado, entre varias familias. En la generación de más o menos 1920, hemos registrado, en cambio, en las mismas familias, una sola deserción, la de una hija, por razón amorosa.

Lo que hace más penosa y efectiva la educación de la niñez, es que todo el aparato familiar entra en acción para reforzarla: hermanos mayores, tías, tíos, padrinos y aun primos y amigos. En tiempos no muy lejanos, algún conocido de la familia consideraba aún de su deber dar una lección al niño que silbara en el "gran camino", porque silbar es mal visto, tanto en los menores como en adultos. Ser azotado o "corregido" por un tío o un primo, es lo peor para un niño, puesto que, nos decía un joven informante, el padre, para expresar su agradecimiento y su conformidad con el interés manifestado hacia la buena educación de su hijo, añadía un segundo castigo corporal.

Sobra decir que hay excepciones: un campesino ya de cierta edad, nos afirmó que su madre, quien pertenecía, sin embargo, a la "vieja generación", le pegó solamente cuatro veces durante toda su infancia.

A pesar del rudo trato que reciben, los niños profesan verdadera devoción a sus padres, a la madre sobre todo. Es ella a quien consideran el ser más querido y a quien, escogen como testigo de su buena fe en sus tremendos juramentos de los cuales citaremos un solo ejemplo: "Pido a Dios que el rayo me fulmine y que mi madre se muera, si no le digo la verdad." Así como, la madre y la abuela son objeto de los peores insultos que el campesino dirige a sus enemigos. Ellas ocupan también el lugar de preferencia en los proverbios, los cuales en Haití como en África Occidental, son usados extensamente para aconsejar, criticar e insultar al prójimo.

La severidad es algo más estricta para los varones que para las niñas en general, pero ambos sexos trabajan duro. A los siete años, las niñas barren la casa, acarrean agua para las jarras, siguen a sus madres al mercado y se inician en el negocio de compra-venta y en el regateo. Con un pequeño capital que les proporciona la madre, empiezan su propio comercio ahorrando centavo por centavo, demostrando ese admirable valor de la mujer campesina, la verdadera heroína de la familia rural. Los varones cuidan el ganado, lo cambian de lugar en el pasto, lo conducen al río y llevan la comida a sus padres, que trabajan en la milpa.

A los diez años, los muchachos empiezan a manejar la hoz, el machete, el azadón y trabajan según sus fuerzas. Es cuando, si sus padres no les tienen demasiado ocupados, frecuentan la escuela y aprenden a leer y firmar su nombre. Aunque la severidad de la escuela recuerde la de la casa, sirve, sin embargo, de escape— hay juegos, recreaciones y amistades que empiezan allí. De otro modo, el niño marbialés tiene poca oportunidad para jugar y reunirse con los de su edad, a excepción de sus parientes o vecinos más próximos. No existen pandillas, no hay cacerías, excursiones; si no trabaja o está en la escuela, el niño se queda en su casa. No puede ni debe vagabundear, es mala educación o flojera, y hay demasiados peligros mágicos. Decir su nombre a un desconocido, puede

puede provocar enfermedad y muerte; comer la fruta tomada de un vergel vecino puede ser fatal porque muchos "arreglan", por procedimientos mágicos, sus cultivos contra los ladrones. En una palabra, la niñez del pequeño marbialés es triste. Basta decir que, durante nuestra estancia en el Valle, vimos una vez solamente a dos niñas jugar con muñecas, y el trompo zumbador fué el único juguete encontrado entre los varones; antes conocían el arco-juguete, pero ha desaparecido. No son solamente los niños los que no se divierten: las únicas ocasiones que tiene el campesino para deleitarse y reír en grupo, son las peleas de gallos de los domingos y los velorios. También cantan y se alegran en las *coumbites*, aunque éstas son raras por estar absorbidas por su trabajo. Cuando la dirección del Proyecto-Piloto de la UNESCO organizó en septiembre de 1948, un baile con tambores *vodu*, traídos de una zona vecina (en Marbial no se pudo encontrar ninguno) fué todo un acontecimiento y la lluvia que cayó en la noche se atribuyó a la alegría de los dioses.

Los niños y los adultos, disfrutaban de la distracción de los cuentos folklóricos, aunque este medio también tiende a desaparecer. Los protestantes lo consideran ya como cosa vana, e incluso diabólica. Prefieren los cánticos a las hazañas de los héroes Buki y Malice. Se debe añadir que en Haití y en otros países, muchos cuentos llenos de escabrosas historias de chupasangre, de licántropos y demonios, pueblan los sueños de la juventud de pesadillas acentuadas por la creencia en la existencia real de aquellas fantasías.

Hacia los doce años, al trabajo, que se hace cada día más pesado, se añade el peligro casi inevitable del *pián*. Por caminar descalzo y con las piernas al descubierto, se aumentan las ocasiones de infección. Un rasguño, una herida leve, en muchos casos provoca el llamado *madre-pián*. Antes que hubiera una clínica en Marbial, donde la enfermedad se cura fácilmente en unas semanas con inyecciones de penicilina G, el tratamiento local era de lo más penoso y duraba meses bajo el uso de "vitriol azul", que es el sulfato de cobre, bien conocido en la Europa del siglo xvii con el nombre de "polvo simpático". Hay que notar que ningún rasgo mágico aparece en la curación del *pián*, porque es considerado como "enfer-

medad enviada por Dios". Entre las otras enfermedades que asolaban las zonas rurales, la viruela ha desaparecido virtualmente; pero subsisten aún el *paludismo* y los parásitos intestinales.

La vida religiosa de los menores de unos diez años, no demuestra gran fervor en lo general. Reciben la primera comunión, si son católicos y van a misa de vez en cuando; sus padres tampoco ejercen presión para que frecuenten la Iglesia. Con la desaparición pública del *Vodu* en el Valle, el niño sabe menos de aquel rito; antes empezaba al mismo tiempo a recibir los rudimentos del catecismo y la enseñanza del culto a los *loas*.

Otro tipo de conocimiento, que se adquiere a temprana edad es el sexual. Es rarísimo encontrar un niño de diez años que no sepa ya el mecanismo básico de la reproducción. Los animales son sus maestros y también involuntariamente sus padres. La exigüidad y pobre construcción de las casas hace inevitable que oigan lo que atañe a las relaciones sexuales, además de la libre presencia de los niños al parto y de la ayuda que prestan durante los mismos. Un día, con gran sorpresa, vimos llegar corriendo a un muchacho de unos once años, quien anunció a sus padres: "Fíjense, Amalia y Clara acaban de pelearse, son *matelotes*". Y como le preguntábamos lo que quería decir *matelote*, entró en detalle: "Pues sí, hacen la cosa con el mismo hombre."

Cuando se acerca la pubertad, que según el estudio del Dr. Louis E. Roy¹², ocurre como promedio entre los 13 y 16 años para las muchachas y hacia los 15 para los varones, se toman precauciones en la casa. Los hijos duermen en la sala y las hijas en la recámara, con sus padres, porque de otro modo, comentó un padre, "puede haber desórdenes".

No se instruye previamente a las doncellas de la aparición de las reglas, y casi todas se espantan cuando aparecen; van con sus madres y reciben entonces la explicación del flujo. El "florecimiento" es la palabra poética con la cual se designa a una muchacha que hace su primera menstruación. Da lugar a una escena delicada, donde se manifiesta esa ignorancia fingida que es de buen gusto, en ocasiones de alegría para la vida familiar. La madre anunciará a su esposo o amante, en

la primera ocasión después del florecimiento: "Tienes señorita".

Él: "¿Cómo, qué quiere decir eso?"

Ella: "Pues, tiene tu hija la enfermedad de las damas."

Entonces el padre procede a aconsejar y a moralizar su hija: "Estás sobre el camino del infortunio (porque ella está en condición de tener niños)... cuídate de los hombres, no rías con ellos, no te tardes en el camino cuando caiga la noche, cuídate en la fuente, cuídate en el campo."

Se le impone además un tabú alimenticio: no deberá comer ninguna fruta ácida como lima, piña, naranja, etc., y en muchos casos el tabú dura toda la vida sobre una u otra fruta. Muchas campesinas no comen la piña, por la creencia de que adelanta la menopausia. Y el tabú vale para ambos sexos, el "ácido" puede suprimirles, es decir, debilitar o destruir sus cualidades reproductivas. A los varones se les da comida especial, cuando cambian de voz y aparece la esperma. Comen mucho caldo con carne y hueso de res para que tengan más fuerza y no se debiliten.

El lector habrá notado, la ausencia de rasgos culturales que recuerden los complicados e importantes *rites de passage*; pero es menester indicar que muchos elementos, así como el significado de algunas ceremonias *vodú*, ya sin relación ninguna con la pubertad, revelan la supervivencia en Haití de ciertos ritos africanos; sin embargo, las ceremonias, como la de las *bunsi kanzo*, tienen el mismo carácter de iniciación, de nacimiento a una nueva etapa de la vida religiosa, como los ritos de pubertad.

A pesar del precoz conocimiento sexual teórico, hallamos pocos jóvenes que llegaron al acto antes de los dieciséis o dieciocho años, lo que indica un fuerte cambio desde la época colonial, si creemos al buen Padre Labat:

No hay nación en el mundo más inclinada hacia el pecado carnal que ésta (los esclavos negros de Saint-Domingue.) Fuí informado un día que siete u ocho negritos o negritas estaban debajo de los plátanos, a donde hacían actos que pasaban de su edad y que revelaban muy gran malicia. El de mayor edad no tenía sin embargo más de nueve años. Fuí a donde estaban y habiéndoles

sorprendido en flagrante delito, ordené a la cocinera de la casa que les diese una buena paliza.¹³

Lo que dijo un viejo negro al padre, a propósito del castigo, es lo más chistoso, pero no nos interesa aquí. Y pensar que cuando escribía Labat, en 1724, los habitantes de Saint-Domingue estaban lejísimos de alcanzar la depravación que tanta fama les dió al fin del siglo...

Otra prueba del poco deseo sexual experimental entre la juventud de Marbial, es la escasez de casos de raptó. A falta de estadísticas precisas, algunas actitudes lo demuestran claramente. Si estalla el escándalo (lo que es muy raro) entre dos menores, el varón consigue con ello mucho prestigio entre sus compañeros; lo envidian, es un "joven caliente". El segundo hecho lo expondremos más detalladamente en el capítulo siguiente: la mayoría de las hembras llegan al matrimonio o al *plaçage*, siendo "niñas", es decir, vírgenes.

La prostitución no es desconocida en Marbial; sin embargo, más bien son hombres ya casados o "establecidos" los que frecuentan las *bouzins*, pagando entre 10 y 40 centavos de dólar.

Al llegar a los veintiún años, a su mayoría de edad legal, un joven posee los conocimientos necesarios sobre la agricultura, la etiqueta y la ética para hacerse un lugar respetable en la comunidad. Si ha trabajado con empeño y éxito la parcela recibida de su padre, puede entonces empezar a buscar novia. Veremos adelante cuán pocos están en condiciones de hacerlo, debido a las deficiencias de su economía.

Capítulo V

ESTABLECIMIENTO Y CASAMIENTO

Cuando se busca una novia, las cualidades físicas tienen tanta importancia como las morales y es de esperar que la doncella sea buena cocinera y ama de casa. La novia ideal ha de tener buena cara, saber vestirse con gusto y caminar *bobis'*, es decir, con aire algo altanero, para prevenirnos de la moralidad de la hembra que "enseña sus dientes a todos los hombres". Debe ser obediente, discreta y saber hacer los honores de su casa, lo que se llama "tener maneras". Sus pantorrillas han de vibrar al paso; orejas planas contra la cabeza y no puestas al viento, paradas y grandes. Los ojos un poco castreros, ojos de mujer sensual, pero que no se entrega al primero que llega; si los ojos son rojos es mala, tiene ojos de gente mala, de *loup-garou*. . . aléjese. El busto debe ser firme y bien formado, así criará hijos sanos porque tendrá buena y mucha leche, curiosa opinión que une la estética con la suma misión de la mujer: ser madre.

Existe en Marbial, como en las ciudades haitianas, aquel complejo y preocupación de buscar mujeres de piel más clara que la suya (¿si la mujer tuviera la misma idea, cómo andaría la cosa?). Los matices de la piel en Marbial se limitan a las siguientes categorías: *mm ruj*, *jon* y *nwa*, para indicar, las primeras dos (literalmente gente roja y amarilla) los grados de mestizaje con el blanco y la tercera, el negro aparentemente puro. El cabello más o menos lacio atrae especialmente la atención, pero no a tal grado como en la ciudad.

La belleza de la campesina haitiana ha sido cantada con entusiasmo por poetas locales y extranjeros. Ciertamente es un espectáculo digno de ver cuando las mujeres bajan de las montañas con su gracia natural y su cuerpo erguido por la necesidad de mantener las canastas de mercancía en equilibrio sobre sus cabezas.

Es natural que no se encuentre dondequiera, la mujer ideal

que acabamos de describir. Cuántas veces, apresuradas por la miseria, nos decían mujeres de Marbial al modo de la Sulamita: "No nos miran así. Ayer éramos hermosas; el hambre y el trabajo nos enflaquecieron y nos marchitaron." Además, frecuentes partos arruinan pronto su cuerpo. Afortunadamente es excepcional cuando se casen antes de los veinticinco años, gozando así por más tiempo de su belleza y frescura.

Con la desaparición de los bailes campestres, los jóvenes de ambos sexos han perdido una excelente ocasión para encontrarse y ligar amistad. Pero existen todavía, el mercado, las miradas furtivas en el camino, los velorios, las raras bodas y los bautizos.

Al declararse, el joven no puede esperar de la muchacha ninguna respuesta favorable. El amor a primera vista puede nacer; pero ella no lo confesará. La costumbre es más bien tratar al pretendiente de insolente (pero con un tono sutil que deja entender que no es mal visto) y referirle, sin más, a los padres.

Si el mancebo no tiene prisa, seguirá haciendo la corte por medio de un *kocion*— un mensajero, muchacho más joven que puede ser o no pariente de alguno de ellos. Como el papel es caro y escaso y pocos saben leer, usan algo más expresivo que las cartas de amor: el *Lenguaje de las Flores*², lenguaje que ambos sexos están ansiosos de aprender desde temprana edad y que constituye un preciado ornamento educativo al lado de otras finuras que veremos poco a poco. Conocer o ignorar el código de las flores sirve para clasificar una persona. Sería erróneo creer que a pesar del nivel de vida poco variado a los ojos de un ciudadano, no exista en Marbial un sentido muy claro del rango social. La clasificación en gente de buena familia y "gente de nada", no implica forzosa y exclusivamente riqueza o pobreza relativas, sino diferencias en la educación, conocimiento y aplicación de las reglas de etiqueta y moralidad.

Volvamos a las flores cuya variedad en Marbial satisface los diferentes matices de sentimientos que pueden asediar un corazón joven. He aquí unos pocos ejemplares:

Él a Ella: Flor de jazmín (*Te quiero locamente.*)

Ella a Él: Flor de guanábana (*Siento simpatía por ti.*)

Podría empezar así y durar mucho antes de agotar las dulzuras del lenguaje; pero hay amarguras también:

Yema de hobo bastardo (*Soy tan amarga como la piel del buey, no te acerques.*)

Grano-escoba (*Te menosprecio como una escoba.*)

Flor de ibiscus (*No eres virgen.*)

Cuando la novia ansiosa por casarse, pregunta para cuándo será su boda, recibirá una de las dos respuestas siguientes:

Grano de café verde (*No estoy listo.*)

Grano de café maduro (*Para pronto.*)

El simbolismo es muy claro y satisface la realidad haitiana. Ya veremos adelante cómo la mayoría de los matrimonios se celebran cuando se cosecha el café, el *cash-crop* del campesino cuya venta le permite afrontar los altos gastos del enlace.

Es cierto que el Lenguaje cae más y más en desuso y casi únicamente lo mantienen ahora aquellos que sólo cuentan con dieciocho años o menos; pero su espíritu prevalece aún y un pretendiente ha de saber "hacer frases" y contar flores, si quiere demostrar educación. Su declaración, que es siempre de lo más florido, ha sido precedida por varios encuentros durante los cuales ha dejado ver sus intenciones serias. Mientras la doncella manda el pretendiente a sus padres, la noticia ha corrido ya en el Valle; pero los padres fingen completa ignorancia, seguros de que su hija sabrá comportarse según las reglas. La visita misma es una dura prueba del *savoir faire* en ambos jóvenes. No se les ayuda y los mayores parecen ser más bien jueces que padres, en su empeño por dejarles actuar sin el menor consejo. Basta que el novio cometa un error de etiqueta para que se diga de él: "No es un partido para mi hija; no tiene buenas maneras." Al igual, si la señorita desempeña mal su papel, corre el riesgo de ver disminuir la alta opinión en la que se le tenía.

Antes del domingo fijado para la visita, Calina o Fijolie

anunciará a sus padres que va a Jacmel de compras. Como una buena doncella no hace tal viaje sin un motivo serio, se adivinará fácilmente de qué se trata. En Jacmel compra botellas de refresco, pastelitos y dulces; todo con sus propios ahorros, lo que demuestra su sentido de responsabilidad, cualidad indispensable para la esposa, ya que ella será quien maneje el dinero en la casa.

De vuelta, anuncia como si se hubiera recordado repentinamente: "Papá, mañana, después de misa, te visitará Toutant" y no dará más detalles ni de lo que compró, ni del objeto de la visita. La visita se llama "hacer representación" y es precedida, a veces, por una del padre del joven para *réter* (reservar) la doncella para su hijo.

Ahora hablaremos de las cualidades del pretendiente. Físicamente, necesita menos requisitos que la mujer; es mejor si es alto, fuerte y de cara inteligente; moralmente, generoso, cortés y amable con todos. Sobre todo, que sea buen trabajador y discreto (la discreción nunca podrá ser demasiada...). Es inconcebible en la sociedad marbialesa, esas desvergonzadas preguntas de los ciudadanos acerca de la dote de la futura esposa. Entre los campesinos, el novio no debe manifestar el menor interés en los bienes de su amada o tratar de saber cuánta tierra posee. De hacerlo, lo echarían de la casa con la grave y justa acusación de ser un "traga-tierra", un acaparador; reputación que al parecer, ameritan los varones de la sección de Cabo-Rojo. Si un hombre pide la mano de una señorita, lo hace porque ella le gusta física y moralmente; porque ve en ella, sea rica o pobre, la compañera deseada para fundar su familia. He aquí la primera demostración de discreción, aparte de otras que deberán manifestarse durante todo el tiempo que dure el noviazgo.

El domingo, después de misa, al llegar Toutant, Calina le ofrecerá refresco y pastel y luego se retirará. Entonces, después de halagar a la familia sin exceso, el visitante expresará su ardiente deseo de llegar a ser parte de ella, casándose con tan digna hija como Calina. Pero esa primera visita no basta. Ahora que se conoce al pretendiente y que se ha formado una opinión personal de él, sigue la *Lettre de Demande*, acto decisivo y lleno de ceremonial. En tiempos felices, se escribía

la carta sobre un papel especial bordado, comprado en Jacmel; hoy una hoja corriente basta. El estilo es florido y formal. El padre del mozo, después de los saludos de uso, expresa su admiración por las virtudes de la doncella, oponiéndoles el mal carácter de su hijo, de quien se avergüenza; sin embargo, se toma la extrema libertad de pedir la mano de tan bella flor, orgullo de una familia, para su indigno hijo.

La carta, envuelta en dos pañuelos de seda, blanco uno y rosa el otro, o adentro de una cajita de caoba, es confiada a un mensajero, algún pariente del novio si es posible, para su entrega al destinatario. Claro que el mensajero se pone sus vestidos de domingo y se presenta, con caballerosidad, ante la familia. A veces se incluye una pequeña suma de dinero en la caja, destinada a pagar un "secretario" si se teme que nadie sepa leer entre los parientes de la novia.

Al recibir la carta, el padre convoca a la familia para darle lectura y llegar a una decisión sin demora, si es posible. Pero no hay prisa en contestar, sería mal visto y demostraría demasiado interés en acoger un extraño. A veces la respuesta se hace esperar hasta cuatro meses, tiempo durante el cual los novios no se visitan oficialmente.

Si las dos familias no se conocían previamente, se tratará de conseguir informaciones acerca del novio y sus parientes; así como de su carácter y recursos económicos, todo con mucha discreción.

Antaño, cuando el poder paternal era la última palabra, se podía aceptar o rechazar una demanda sin tomar en cuenta la opinión de la hija; ella se sometía en la creencia que sus mayores podían juzgar mejor que ella lo que era de su interés. Pero hoy, ella es escuchada dentro de ciertos límites. Tenemos el caso de una señorita que rehusó dos demandas, antes de casarse a los treinta y cinco años. La primera provenía de un campesino de buena familia y de segura posición económica; pero vivía en la sección de Cerro la Bóveda, y por esta razón, dijo la señorita a su padre:

Padre, quiero a Caridad, pero adonde vive es un lugar imposible. El agua escasea allá y el manantial está lejos. Cuando quiera visitarlos a ustedes, tendré que bajar y subir el áspero cerro. Mi

juventud se gastará en cargar agua y trepar montañas; envejeceré antes de tiempo.

No nos atreveríamos a juzgarla de coqueta. El papel de la esposa, lo repetimos, es tan pesado que aun sin trepar montañas para visitar a su familia y buscar lejos el agua, ella envejece antes de tiempo. La Carta de Demanda fué devuelta a su remitente, con lo que se acostumbra significar la repulsa.

La segunda vez el pretendiente fué rechazado a causa de la diferencia de religión: era él protestante y ella católica, razón suficiente en Marbial para impedir un matrimonio; pero la decisión fué tomada por la doncella.

Rechazar una demanda enfría para siempre las relaciones entre dos familias. El infeliz novio jamás visitará la casa adonde no lo aceptaron y al encontrarse con la frustrada novia, cambiará solamente un saludo ceremonioso.

El padre tiene un argumento lo bastante fuerte para influir, si viene a caso, la decisión de su hija cuando ella insiste en casarse contra su voluntad: el dinero. No todas las jóvenes en edad de establecerse pueden, por sí solas, hacerse cargo de los numerosos gastos impuestos por una "boda en forma." Si disponen de ahorros suficientes, será mejor guardarlos para inversiones futuras y dejar al padre encargarse, si puede, de su ajuar. Cuando el amor es grande y el padre no da su consentimiento, la mujer a veces llega a sacrificarse. Sabemos que en la Quemada hubo una doncella que empleó más de cien dólares en arreglar su matrimonio con un novio pobre; este caso es más bien excepcional. El último recurso del padre en la materia es la Ley: El Artículo 136 del Código Civil prohíbe al hijo menor de 25 años y a la hija de menos de 21 años, casarse sin el consentimiento de sus padres; pero pocas mujeres se casan antes de los 25 años.

Hasta ahora hemos hablado solamente de la demanda en casamiento. Es la forma más apreciada; pero en Marbial, como en todo Haití, existe en un alto grado la costumbre de *placer*, de "establecerse" o colocarse. Es un rasgo cultural complejo y que tiene varios aspectos. Cuando un varón tiene buenas intenciones sobre una doncella sin estar en condiciones económicas para casarse civil y religiosamente, tiene el recur-

so de "establecerse" con la que quiere, sin incurrir en el desprecio de la comunidad.

Sin embargo, puede "establecerse para casarse" y establecerse sin más. El primero reviste más consideración y se puede colocar después del casamiento religioso en la escala de las uniones; el sacramento confiere más prestigio y seguridad a la unión, puesto que a pesar de la promesa y de la palabra dada, la pareja puede separarse sin que se pueda aplicar sanción legal contra uno u otro. En el concepto del campesino no es justo ni necesario posponer *sine die* la cohabitación de los novios y la creación de una nueva familia únicamente por falta de dinero. Aunque el hecho de colocarse en vista del matrimonio no provoca desprecio, sería desconocer la psicología campesina, si pensáramos que el acto no implica cierta molestia para quienes lo cometen. Hemos subrayado la existencia dentro de la sociedad marbialesa de niveles, niveles entre la gente bien y entre la gente considerada por el primer grupo como de menor prestigio y educación. Si el dinero es una importante unidad para establecer la escala de la diferencia, el tipo de unión prevalente dentro de una familia lo es también hoy día, a pesar de que este tipo de unión dependa a veces de la riqueza.

Como ya hemos dicho, el matrimonio religioso y civil se coloca a la cabeza de las uniones matrimoniales; sigue el *plaçage* diríamos sancionado por la promesa de casamiento y en fin el *plaçage* común y corriente que puede implicar una o más mujeres dependientes de un solo hombre. Las diferencias del estado social de las mujeres, se expresa en varias formas y títulos. La casada lleva un anillo y se le llama "señora"; además es objeto de las consideraciones otorgadas por su unión estable. La colocada para casarse, no disfruta del título de señora, pero sí puede ser considerada como "mujer de casa," a diferencia de la *placée* sencilla. Cuando hay varias amantes, una de ellas, la consentida, será el ama de casa y las demás "mujeres de milpa."

La conciencia de su inferioridad social, molesta tanto a las colocadas que pocas resisten la tentación de explicar el motivo de su posición, a la primera ocasión. En 1948, la excusa favorita era la miseria que asolaba la región. Hasta cierto

punto, la mujer *placée* lleva una mancha. En más de un caso, un viudo no se casará con alguna de sus "mujeres de milpa" porque ha perdido su prestigio. Que tenga un hombre una mujer de la casa y otras, si muere aquélla y desea el "viudo" casarse, hay muchas probabilidades que busque una esposa fuera de su pequeño harem. No pocas veces hemos oído, durante un pleito entre hembras, insultos como éstos: "Mire, yo llevo anillo y mi boda costó cincuenta dólares. Usted no es más que 'mujer de milpa'." Esta tendencia se hace cada día más fuerte en Marbial a consecuencia: 1) de un contacto más íntimo con la ciudad, 2) la educación que se extiende entre las nuevas generaciones y 3) el establecimiento de un sacerdote permanente en el Valle, quien usa amenazas y argumentos para disminuir el concubinato. En este sentido, un gran cambio ha surgido en la vida rural, porque hace cuarenta años o aún menos los matrimonios eran escasísimos, como más adelante lo comprobarán las estadísticas.

La digresión, que creemos instructiva, nos ha alejado de nuestro objeto, la demanda. En caso de repulsa, como hemos dicho, se devuelve la carta al remitente y no se repite el intento. Si la demanda es aceptada, después de un lapso no menor de un mes, en general, se contesta, también por escrito. Es la señal que desencadena gran actividad por parte del pretendiente y su familia. Tratándose sea de matrimonio o de *placer* preliminar, el joven, si no tiene ya casa, empieza a "romper tierra" para construirse una; puede hacerlo con la ayuda de su padre, de sus amigos o pagar obreros. Encarga sus muebles a la ciudad; la cama de caoba, la mesa, las sillas, la banca para garrafrones de agua y la despensa, son las piezas mínimas. No conseguirá sus muebles con menos de setenta dólares, y el costo de la casa depende de su tamaño, del techo de paja o de zinc, de la ayuda manual que recibe de sus parientes o amigos y por fin según si tiene que comprar materiales, postes, cal o paja. Pero es dudoso que pueda "montar" su casa con menos de cincuenta dólares. Además, ha de comprar un colchón por veinte dólares o más (la novia aportará una o dos sábanas bordadas). Afortunadamente, no tiene que pagar todo al contado; pero a los ya enumerados gastos sobrevendrán más. . .

Mientras los preparativos por ambos lados (el novio con la casa; la novia con su ajuar) van a buen paso, las relaciones entre las dos familias se estrechan. La futura nuera visita a sus suegros, les ayuda en los quehaceres de la casa y aprende el ritmo de la vida en el nuevo *laku* adonde vivirá. El yerno visita durante la semana a su suegro, trabaja con él en su predio sin pago y sus visitas en los días hábiles no tienen nada de formal; pero los domingos es recibido con ceremonia. El primer domingo que hace "representación," después de ser aceptado como novio, si se queda a comer, es de buen tono que ponga discretamente debajo de su plato el equivalente de uno o dos dólares, no como agradecimiento (se expresa a voz viva) pero para recordarles que no quiere estar a cargo de ellos ahora ni después de casarse.

De vez en cuando, el novio tiene que sufrir con calma, y agradecer las lecciones de moral que le administra su suegro sobre la vida conyugal. Sigue demostrando amabilidad y discreción para los diversos asuntos ya enumerados —el de la extensión de las tierras sobre todo—, pues todavía una ruptura es posible.

Hemos dicho, que según el grado de amor que exista, la novia puede contribuir con sus ahorros a la compra de los objetos necesarios. No se trata de un préstamo, salvo en lo que atañe a los anillos; la novia nunca pagará los anillos, porque es de mal augurio; provocaría desgracia en el matrimonio. Aun en el caso que ella poseyera un anillo procedente de un noviazgo anterior, lo podría usar solamente después de venderlo a su pretendiente.

El período del noviazgo, puede durar años en casos extraordinarios; pero a consecuencia de los fuertísimos gastos que impone la boda o la "colocación para casarse", raras veces es menor de ocho o diez meses, duración muy similar a la de la ciudad, donde el hombre tiene que comprarse también un mobiliario muy parecido, funcionalmente, al del campesino.

Al cabo de este período de tiempo, ambas partes están listas para el evento. La pareja ha conseguido ropa nueva y los indispensables zapatos, si antes no los poseía. Se fija el día, se escogen los padrinos y se hacen las invitaciones. Escoger los

padrinos también indica el grado de prestigio de la familia—es mejor para ella si pueden ser de la ciudad y en tal caso se escogen entre pequeños empleados de comercio, costureras, sastres o mecánicos según revelan una docena de matrimonios marbialeses celebrados con padrinos citadinos.

Como el cortejo sale de la casa del novio para ir a la iglesia y allí también se festeja después de la ceremonia, en general la doncella pasa la noche en el *laku* de su suegra ocupando un cuarto con ella. No está prohibido que el novio duerma bajo el mismo techo.

Al amanecer, el día siguiente, las mujeres se alistan para recibir a los invitados, arreglan las mesas cargadas con pasteles y bebidas embotelladas, guisan carne, frijol y arroz y limpian la casa y sus alrededores. Mientras más invitados asistan y menos dejen de concurrir, mayor será el prestigio de la boda y la fama de la familia; si llegan invitados de la ciudad, el éxito no podrá ser mayor.

Como desde 1935, el certificado de matrimonios religiosos tiene valor legal, los cortejos no van a Jaemel para el acta civil³; antaño era la ocasión para el envío de una cabalgata detrás de la pareja; la novia, con su vestido blanco con velo y todo, montaba a la amazona sobre un caballo proporcionado por su pretendiente.

En caso de un *plaçage* formal no se formaba cortejo; se convocaba el "sacerdote sabana" a la casa del novio para que cantara una acción de gracias por cincuenta centavos o un dólar; dicha costumbre desaparece cada vez más.

Para la ceremonia religiosa, se paga actualmente de cinco a dos dólares según la clase; pero lo que da categoría a la boda es la fiesta, al salir de la capilla, en el *laku* del casado. . .

A pesar del bajo estándar de vida prevalente en la región y las frecuentes escaseces debidas a la sequía, las inundaciones o el bajo precio del café, nos asombra la importancia que conserva, para el prestigio del campesino, la obligación de recibir con largueza a sus invitados, sea en caso de un bautismo, una boda o un fallecimiento. He aquí las razones mayores que explican el bajo porcentaje de los matrimonios en Marbial. De por sí el sacramento no confiere respeto social si no está ligado estrechamente con otra manifestación: la recep-

ción de los invitados. De hecho, la fiesta es la que da prestigio al estado conyugal durante los primeros tiempos y no el estado mismo.

Antes de llegar a tales conclusiones, a las parejas colocadas que descaradamente expresaban su envidia de las casadas o su pena de no poder imitarlas, preguntábamos: "Pero ¿por qué no se casan? No puede costar mucho la ceremonia." —"Ay, es que tenemos parientes y no lo podemos hacer sin invitarles." La estimación mínima de gastos que obtuvimos fué de quince dólares, lo que está muy fuera del alcance de la mayoría.

Para mayor prueba, basta citar el fracaso del "matrimonio de devoción." El cura de Marbial que era en 1948 un sacerdote haitiano, el padre Louis-Charles, estimando que el factor económico era uno de los principales obstáculos a la celebración de los casamientos católicos, instituyó hacia 1943 el "matrimonio de devoción", en virtud del cual se administraba el sacramento sin cobro alguno, a condición que los interesados en espíritu de penitencia se presentaran sin zapatos a la iglesia. Esta excelente idea, entre un grupo imbuído del alto significado religioso del acto, hubiera borrado el *plaçage* de la estructura social; pero, repetimos, fué un fracaso rotundo. Entre los pocos que aprovecharon la oportunidad, los ancianos formaron la gran mayoría; temerosos de morir en estado de pecado consintieron, después de veinte años o más de concubinato, en casarse descalzos. Algunos otros tomaron ventaja de la oferta; pero a su modo: se presentaron delante del altar sin zapatos; pero tan pronto como salieron de la capilla se los pusieron. Habían ahorrado unos cuantos dólares. . .

La propensión a criticar una recepción pobre después de una boda, por cierto tiene su contraparte en la actitud de los ciudadanos cuando en tal ocasión el ron o el champagne son de mala calidad o escasean; pero, en el campo, o en Marbial por lo menos, la discreción, que es un rasgo tan capital en las relaciones sociales, desaparece completamente cuando se trata de una "boda de perro". . . No podemos omitir de citar la violenta reacción de un informante a quien sugerimos que se casase sin muchos gastos:

Yo, en lugar de casarme como lo hizo mi primo X prefiero morir. ¿Por qué recibir la bendición si no puedo después ofrecer un banquete a todo dar a mis invitados? Fíjese, cuando mi primo celebró su casamiento, apenas había bastantes refrescos para mojar la boca y pasteles para tapar un agujerito entre los dientes. Al despedirse, apenas habían franqueado el umbral de la casa, los invitados empezaron a hablar mal de mi primo, de su padre, de su esposa, de toda la familia y siguieron hablando durante un mes entero. Le repito mejor no casarse que hacer así las cosas. . .

No se daba cuenta nuestro informante de que el primo X representaba las tendencias de la nueva generación. Como la legalización de la unión es un beneficio para los hijos por nacer, mejor que se haga provocando críticas y ganando durante un mes o dos reputación de *crasse*, de avaro, que no casarse por miedo de lo que se dirá.

Para no interrumpir el hilo de la narración, dejaremos para más tarde el aspecto estadístico del matrimonio en Marbial y seguiremos con la primera noche de boda.

No existe el concepto de la "luna de miel." De hecho los recién casados apenas pasan solos su primera noche. A la mañana siguiente siguen la rutina de su vida diaria, la vida del *laku*, al igual de los demás miembros.

Como es una excepción cuando la pareja va a habitar en el *laku* de la esposa, la madre de aquella suele dormir la primera noche cerca de su hija. Aquí nuestros informantes no estuvieron de acuerdo y creemos que las dos versiones (no sabemos cuál tiene la preferencia) son verídicas. Según algunos, la suegra y otra hija suya, si el tamaño de la casa lo permite, ocupan durante la primera noche la sala, mientras los casados se retiran en la recámara. Según otros, no duermen bajo el mismo techo sino que se acomodan en otra choza del *laku* o en la cocina. De todos modos, hay acuerdo en que la madre de la mujer está generalmente cerca. La proximidad de la madre se verifica en el cuento folklórico de la doncella ambiciosa que se casa con un guapo extranjero. En la noche, el esposo que era un diablo se transforma en serpiente y em-

pieza a tragarse a su mujer. Ella canta entonces: "Mamá, querida mamá, la culebra me traga."

Y la madre la tranquiliza: "Hija, querida hija, cuando era yo
joven así pensaba también.
Hija querida, hija, nada más te acaricia..."

No tiene ella, sin embargo, ningún papel de consejera para el acto de desfloración; la razón de su presencia es otra. Los jóvenes que han recibido con anterioridad instrucciones de cómo actuar durante la primera noche, son dejados libres. Al amanecer, la suegra, antes del café matutino, espera a su yerno con suma ansiedad; espera noticias de la primera noche y de ellas depende mucho la felicidad de su hija.

El marido anunciará si su esposa era "señorita" o "gente madura", es decir, si era virgen o no. Si lo era, anuncia: "Anoche destapé la miel" y se enseña un pañuelo manchado de sangre. Lo bonito es la manera en que se dice; y lo trágico lo que sucede, si la infeliz mujer no era "lo que se creía".

Algunos yernos expresan su descontento con un cinismo humorístico. Suelen mandar a su suegra, si ella no está presente u ofrecerle si está en el *lakri* esa mañana, un pan vaciado de su migajón o una botella de refresco vaciada a medias. Si no están inclinados hacia los chistes sutiles dirán solamente y con mala cara: "No era lo que yo creía". El único recurso que queda a la familia de la acusada, para aplacar el marido decepcionado, es ofrecerse a reembolsar, a manera de compensación, la mitad de los gastos hechos para la boda. De otro modo, el marido tendría un pretexto para maltratar a la joven casada, imponerle trabajos pesados y hasta provocar una separación. Con el reembolso del dinero ya no tendrá razón ninguna para despreciar a su mujer, la noticia no se extenderá más allá de la familia y no se manchará la reputación de nadie.

Ese rasgo cultural enseña hasta cierto punto la seriedad de las doncellas marbialesas, y el aprecio de la virginidad en la comunidad. Sin embargo, es frecuente que los jóvenes tengan relaciones sexuales durante el noviazgo cuando éste, según todas las apariencias, se concluirá por el casamiento. Si

se llega a saber públicamente, se dirá simplemente que "tenían algo de prisa." Esas relaciones prematrimoniales explican otro rasgo: si la novia no es virgen, hay escasísimo peligro de separación, si lo confiesa a tiempo a su amado diciéndole que "tuvo un amor a lo profundo." Si la novia es tímida se lo puede confesar también por el envío de una flor abierta durante los intercambios arriba descritos y él comprenderá que no se trata de un caso de libertinaje, sino de un noviazgo que terminó por una ruptura. Un hombre de bien nunca pregunta a su novia si es virgen o no; es a ella a quien toca decirlo si quiere.

Ahora bien, antes de concluir este capítulo y seguir con la vida conyugal, estudiemos ciertos aspectos sociales del casamiento a través de datos estadísticos. Desafortunadamente nuestras fuentes son incompletas, ya que pudimos consultar solamente los registros católicos; sin embargo, como los protestantes representan apenas un diez por ciento de la población del Valle, aunque nuestras conclusiones no sean completas, guardarán bastantes probabilidades para sernos de provecho.

Hemos ya indicado cómo la frecuencia de los matrimonios religiosos tanto como los *placages* formales, coinciden con la cosecha del café en el Valle. Representándonos los doce meses del año como un ciclo, se estableció la Tabla Núm. 4 en cuya curva se ve claramente que la mayoría de los casamientos se celebran entre enero y abril y noviembre y diciembre, épocas que coinciden con la venta del *cash-crop* aludido, sea en cerezas o en granos secos, mientras la cifra baja casi a cero en la *morte saison*, la cual dura de julio hasta fines de octubre.

El cura de Marbial, el padre Louis-Charles, cuando emprendió en 1942 su campaña para acabar con el concubinato, logró bendecir 151 uniones en el mes de febrero de 1943. Escogió el mes psicológico y económico para actuar, de otro modo su celo no hubiera alcanzado tanto éxito.

Es lógico pensar, que la llegada de un cura a Marbial, en 1930, favoreció el aumento de los casamientos. Sin embargo, la Tabla Núm. 5 revela que en once años el cambio fué lento. He aquí las cifras:

<i>Matrimonios</i>	<i>Año</i>
6 en	1930
15 „	1931
11 „	1932
19 „	1933
21 „	1934
8 „	1935
13 „	1936
16 „	1937
10 „	1938
14 „	1939
27 „	1940
21 „	1941

- Fué un aumento normal fruto de la persuasión. Podemos ver claramente lo que hizo, después de 1941, el fervor del nuevo cura junto con la “Campana Antisupersticiosa” y sus medios coercitivos, sobre los hábitos sociales de la comunidad; mas el vertiginoso ascenso de la curva coincide con la época de la segunda Guerra Mundial, cuando la economía del Valle sufrió graves golpes a consecuencia del bajo precio del café que, de 25 centavos de dólar la libra, en 1928, cayó a 5 centavos en 1939.

El hallazgo quizás más importante que resulto del estudio de los registros de la parroquia de Marbial, fué el de un increíble regionalismo matrimonial que merece una exposición detallada.

Como lo expusimos ya en el Primer Capítulo de este trabajo, la zona designada como el Valle de Marbial, es en realidad más extensa que lo implicado por el término geográfico y dijimos que más bien debería de llamarse Cuenca de la Gosseline. La Parroquia abarca, totalmente o en parte, varias secciones rurales, las cuales corresponden a la realidad geográfica. Son Gosseline, Cochon-Gras, Fond-Melon, Grande Rivière, Marbial y Montagne-la-Voûte. Las cuatro primeras llevan los nombres de los pequeños ríos cuyo valle escabroso y estrecho ocupan. Marbial está situado en parte en el Valle mediano de la Gosseline; Montagne-la-Voûte ocupa una planicie de acceso difícil al oeste de Marbial, pues la montaña se

eleva casi perpendicularmente, a unos trescientos metros sobre el cauce de la Gosseline. La Sección de Grande-Rivière esta igualmente separada de la sede de la parroquia por abruptas montañas y está situada a unos 8 ó 10 kilómetros al oeste de ella (ver Mapa 2.)

Las secciones asentadas en los vallecitos de los ríos, a pesar de su proximidad, están aisladas una de la otra, salvo por el lecho de los ríos que casi siempre siguen las veredas más usadas. Marbial tiene la ventaja de ocupar el centro del sistema y la capilla fué colocada de manera de aprovechar su posición central, cerca de las juntas de la Gosseline con sus tributarios, el Fond-Melon y el Cochon-Gras.

Para estudiar el regionalismo matrimonial, fué preciso buscar el domicilio de los contrayentes. La parroquia católica, como ya dijimos, comprende, en su totalidad o en parte, seis secciones rurales enumeradas en la Tabla 6. Añadimos además en aquella tabla la sección de Cabo-Rojo y un título "Exterior" para los campesinos oriundos de regiones fuera de la parroquia y de Cabo-Rojo.

Era de esperar, que la proximidad de las secciones y el constante contacto de sus vecinos entre sí por medio del "día de mercado" que se celebra según el ciclo semanal en cada una de ellas; era de esperar, por lo menos en las secciones centrales y vecinas, un cruzamiento importante de sus habitantes. El resultado fué asombroso si recordamos además que las casas esparcidas en todas las direcciones no crean el *esprit de clocher* que podría explicarse por la existencia de pueblos organizados y rivales. ¿Cuál es entonces la causa del matrimonio "endo-sección"?

Los varones de las seis secciones se casan con mujeres oriundas de la misma sección según vemos en los porcentajes siguientes:

Cochon-Gras:	76
Fond-Melon:	94
Montagne-la-Voûte:	92
Gosseline:	94
Grande-Rivière:	96
Marbial:	83

El promedio general es de 89.

A menos que se admita la existencia de un complejo de superioridad en cada una de las secciones hacia las demás, no se puede atribuir esa "endogamia" a un prejuicio local. Hemos visto más arriba que son escasísimas las manifestaciones de desprecio de los habitantes de una región hacia sus vecinos; dijimos que el aislamiento de los gosselinos, cuya sección llega hasta la imponente cordillera de la Selle, da a sus maneras y su hablar un rasgo de timidez y reserva que les vale el despreciativo calificativo de "gente del monte."

Consideramos razones muy diferentes. La primera y más importante tiene su raíz en la omnipresente preocupación del campesino: la tierra.

Si consideramos que por lo menos el 95 % de la superficie del valle es propiedad privada y campesina, nos explicaríamos por qué la población no recibe nuevos elementos como inmigrantes. Al contrario, la presión demográfica y el agotamiento del suelo obliga a los habitantes a buscar un nuevo hogar en zonas relativamente lejanas y fuera de la órbita del valle. Otra razón es la economía basada sobre la agricultura: en Marbial, el éxito depende de la calidad y del tamaño de los predios. Además, la regla matrimonial supone que el hombre tiene interés en casarse con una mujer cuya herencia en bienes raíces está lo más cerca posible de los suyos. Así podrá cultivar ambos lotes sin tener que recurrir al sistema de *dém-watié* o de aparcerero, el cual, cuando es forzoso, reduce naturalmente los ingresos.

Mujeres tanto como hombres quieren vivir en la vecindad de sus padres, lo que hace considerar la vida en *laku* como la forma ideal. Después de casarse, los hijos guardan estrechas relaciones con sus progenitores y les visitan frecuentemente; ¿no vimos una señorita rehusar un buen partido porque vivía demasiado lejos del hogar paterno?

Esas consideraciones que corresponden a la realidad de la vida rural deben formar un fondo de razonamiento ya aceptado y vuelto costumbre sin que se expongan en cada ocasión. Si nosotros las logramos por el uso de la lógica, el campesino, quizá, no se da cuenta siquiera que obedece a un principio cuyo resultado es la endogamia, en el sentido especial que damos aquí a la palabra: casarse dentro de su sección. Es muy

interesante pensar en los efectos de los casamientos "endosecciones." Los lazos sanguíneos, si la costumbre continúa, acabarán por crear no solamente un grupo geográficamente unitario, sino también aumentaron los grados de parentesco entre las diversas familias, puesto que si algunas emigran, casi ningunas vienen del exterior a establecerse en las secciones.

Ahora bien ¿a qué edad se casan los marbialeses? La mayoría de nuestros viejos informantes, cuya sabiduría admiramos, al discutir la miseria existente en el Valle, en 1948, no dejaron de notar un hecho curioso acerca de la edad razonable para casarse:

Mire usted, en mis tiempos, uno no tomaba mujer antes de que tuviera buena barba, casa e ingresos seguros. Aun a los treinta años no nos atrevíamos a salir de la tutela paterna y escogíamos hembras *rek*, de gran experiencia, que ya habían dado pruebas de sus capacidades para trabajar. Hoy en día ¿qué venos? los jóvenes tienen prisa, se casan antes de tiempo y crían así demasiados niños que sus tierras no bastan para mantener.

Esas declaraciones nos llevaron a establecer la Tabla 7 que da los porcentajes de casamientos por sexo y grupos de edad. He aquí el resumen de la compilación:

Para los hombres, el 8.5 % se casan antes de los 25 años pero todavía, a pesar de las quejas de los ancianos, el 40.2 % se unen delante de la Iglesia Católica entre los 26 y los 35 años y el 23.8 % entre los 36 y los 45 años.

Para las mujeres, ninguna antes de los 18 años; un 5.9 % entre 18 y 21 años; el 21.7 % entre los 26 y 30 años; en el grupo de 31 a 35 años, el 14.7 %; un 22.1 % de los 36 a los 45 años. Después de los 46 años hallamos un 13.2 %, cifra que incluye sin duda un fuerte número de uniones previamente libres o *plaçages* que recibieron la consagración religiosa. Sin embargo, no debemos olvidar que esas cifras están basadas solamente sobre los casamientos religiosos y no toman en cuenta el *plaçage* que todavía constituye la mayoría de las uniones en la Haití rural. A falta de datos, podemos solamente suponer que sumando los porcentajes (si los tuviéramos) para ambos tipos de unión, es muy probable que acusaría para la edad de 22 a 25 años, un porcentaje más elevado.

de varones "establecidos" que el 7.1 % obtenido de los casamientos católicos. Pero, como para apoyar la Tabla 7, no debemos tampoco olvidar la tendencia actual de la nueva generación a la cual hicimos ya alusión: por razones socio-legales quiere casarse aún pobremente o por lo menos *placer* "para casarse." Esa conclusión nos lleva a otra consideración que revela la gravedad de la situación económica rural: sin poder afirmarlo del todo, sospechamos que el porcentaje de casados entre la edad de 25 y 30 años, es más elevado en Puerto-Príncipe (que escogemos como el máximo centro urbano) que en Marbial, lo que sería una excepción a la regla sociológica según la cual, la edad media de casamientos en las zonas rurales es más baja que en los centros urbanos; antes de afirmarlo se requiere un estudio serio de la vida urbana haitiana y sobre todo de la clase alta o *élite*.

Los casamientos entre parientes son muy raros en Marbial; entre 1930 y 1948, se celebraron solamente tres: uno de ellos, entre tío y sobrina que, en virtud de la prohibición del Art. 150 del Código Civil, necesitó, para llevarse a cabo, autorización presidencial; los otros dos fueron entre primos de segundo grado; el arzobispo de Puerto-Príncipe acordó la dispensa mediante una limosna de un dólar y penitencia, por parte de los contrayentes, de un *pater* y un *ave* diario durante diez días.

Por último, queremos dar una idea aproximada de la proporción entre las uniones libres y legales, por medio de las cifras de nacimiento: entre el 10 de enero de 1947 y el 31 de agosto de 1948, un total de 245 niños fueron bautizados en la Parroquia de Santa Teresa. Entre ellos, solamente 75 eran legítimos, lo que deja el 67.2 % como naturales. Suponiendo, como sería lógico, igual fecundidad entre *placés* y casados, tendríamos un casamiento por cada dos *plaçages*¹, sin olvidar que estos datos fueron tomados en una época cuando el número de matrimonios era tres veces mayor que en 1934.

Capítulo VI

VIDA CONYUGAL Y MUERTE

Con el alba que sigue a la noche de bodas, empieza para la joven esposa la ardua vida de casada. Tiene ella a su cuidado el hogar: la limpieza de la casa, de la ropa y cocinar; pronto, la atención de los niños. En la ciudad y en muchas otras partes, si una mujer tomase a su cargo las ocupaciones que enumeramos y lo hiciera bien, bastaría para calificarla como buena o excelente ama de casa.

Sin embargo, el marbialés es más exigente. Un marido iracundo nos decía:

Vea Ud., a las mujeres hay que pegarles, si no, toman demasiadas libertades y no trabajan. La mía por ejemplo ¿qué cree que hace todo el día? Es una floja; después de barrer la casa, lavar la ropa sucia y cocinar, pasa su tiempo en cuidar los niños.

Y eran tres niños. Además supimos que la "floja" ayudaba efectivamente en las labores de campo; pero nuestro informante, juzgando tal participación como cosa tan natural, ni lo mencionó siquiera.

Nuestro campesino no fué explícito en su crítica. Reprochaba a su esposa no ser un elemento económicamente dinámico en la familia. Los quehaceres no aportan dinero en efectivo; además, por definición son del ramo de la mujer y no cuentan para nada en su activo. La perspectiva de que la casada o la *placée* contribuya con su trabajo al mantenimiento de la familia, revela otra virtud de la campesina cuando logra, como en la mayoría de los casos, cumplir con lo que se espera de ella subrayando una nueva debilidad del campesino y de su economía. La labranza de la tierra, debido a la escasez de ésta, no basta en general para que una familia prospere y el hombre no tiene capacidad para suplir tal deficiencia.

En lugar de la palabra "capacidad" hubiéramos podido

emplear otro como "tiempo" o "facilidad"; pero creo, usamos la correcta. A pesar que una división estricta del trabajo no existe, salvo lo que atañe al lavado de la ropa, vemos que hay escasísimas tareas varoniles en las cuales las mujeres no tomen parte hasta cierto grado: ellas limpian los predios, siembran y cosechan; pero raras veces manejan el azadón para labrar el suelo. Inversamente los hombres no se avergüenzan de cocinar de vez en cuando, cuidar los niños y la casa; pero se niegan a lavar su ropa.

Siendo él, jefe incontestable en la familia, el marido puede imponer a su compañera el trabajo que él juzgue necesario, como dicen, para "aumentar su rendimiento." La mujer ideal (y no son pocas) además de ser ama de casa, ha de tener dones de comerciante.

Muchísimas marbialesas se dedican a lo que llaman *comés kinkay*, es decir, comercio de quincallería o al de *revendedora*. Para empezar no necesitan más que un par de dólares, un *bak* y bastante valor físico. Lo interesante es notar que frecuentemente el pequeño capital proviene de los ahorros de la mujer.

Como la competencia es dura, para tener éxito en el comercio, después del valor físico necesita la mujer no poco sentido común y cierta astucia.

Veamos cómo opera una revendedora.

Celia, una joven de unos veintitrés años y recién casada, va todos los jueves a Cabo Rojo a comprar mercancía. Sale de su casa antes que salga el sol y regresa al atardecer. He aquí lo que compró un jueves y la ganancia realizada después de largas estancias frente a su *bak* a un lado del camino.

<i>Mercancía</i>	<i>Compra</i>	<i>Venta</i>	<i>Ganancia</i>
4— latas de Frijol Congo ¹ US.	\$.20	.24	.04
36— latas de maíz	1.98	2.16	.18
6— latas de Frijol Canario66	.84	.18
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
Total	\$ 2.84	3.24	.40

Si recordamos que la ganancia de 40 centavos de dólar no corresponde a un día de venta, sino a varios, tendremos una

idea de la constancia que se necesita para lograr un ahorro de algunos dólares. Conocemos casos de campesinas que emprendieron el pesadísimo viaje, ida y vuelta, de Marbial a Puerto-Príncipe, con una ganancia neta considerada "no peor que otra" de sólo quince centavos, por tres días de trabajo.

Y no siempre se logra una ganancia. La comerciante tiene que ser viva y prudente a la vez. Es en el mercado donde se informa de la baja o alza probable de tal tipo de frijol, y de la escasez o abundancia de un producto que intenta comprar. Como las operaciones se efectúan en muy pequeña escala, la que se equivoca en su estimación no puede almacenar y esperar precios mejores. A veces una comerciante compra diez latas de frijol rosita en Cabo-Rojo a 5 centavos la lata y al llegar a Marbial no puede venderlos sino al mismo precio; otras, para no perder todo su "madre dinero" que es el capital, venderán a un precio inferior al de compra. De todos modos, una pérdida de quince centavos puede desbaratar muchos planes.

Otra cualidad indispensable que ha de tener la mujer comerciante es la de saber regatear en compra y venta; el tiempo no cuenta si se puede ganar un centavo, después de media hora de discusión cortés.

Las mujeres se dedican también al comercio de *boutik* o de abarrotes. No había tiendas en Marbial en 1948 ni puestos fijos donde un transeúnte pudiera tomar un trago. Las campesinas, a lo largo del camino, establecían puestecitos donde vendían, en muy pequeñas cantidades, cosas como fósforos, canela, ajo, jabón, etc., mercancía cuya lista completa y típica damos en la Tabla 8 junto con sus precios.

En martes, día de mucha actividad en la comarca, por ser día de mercado, observamos durante tres horas a una señorita en vísperas de casarse, que se dedicaba al comercio. Durante este tiempo vendió un pedazo de jabón para lavar, un montoncito de granos de café y un trago de aguardiente; cada uno por un centavo. Al informarnos si el día había sido bueno, las respuestas fueron afirmativas y un informante se tomó la molestia de explicarnos las causas del éxito de Ilazi: era muy seria y amable. Como prueba de sus buenas maneras, queremos incluir aquí la escena que presenciábamos ese mismo mar-

tes; es importante porque de tales gestos depende en gran parte el éxito en el comercio. Un jinete canoso se paró frente al puesto de la señorita y tocando el borde de su sombrero pidió un *trempe* de anís. Ilazi, sin sonreír, se levantó, llenó un pequeño vaso de la bebida pedida y poniéndolo sobre una bandeja cubierta con una servilleta limpia, lo ofreció al cliente. El hombre bebió después de echar unas gotas sobre el suelo para los muertos y sacó una moneda haitiana del valor de 2 centavos de dólar para pagar. La joven tomó el dinero y presentó un vaso de agua limpia sobre la bandeja y solamente después de que su cliente se hubo enjuagado la boca, ella devolvió el cambio. Hacerlo antes hubiera sido una falta de educación y jamás el caballero hubiera vuelto a comprar de Ilazi.

En la quincallería los beneficios son mayores, pero se necesita más capital. Una soltera que cultiva con éxito sus tierras y que hará unos diez años se dedicaba también a la *kin-kay*, nos explicó el mecanismo de su comercio:

Cuando se acercaba la cosecha de café, me iba a Puerto-Príncipe con mis ahorros. Compraba cuanto podía de pañuelos, medias, vasos, platos y tazones de porcelana o esmaltados para venir a venderlos en Marbial.

La docena de platos me costaba cuatro dólares; la revendía a un dólar el par. Vasos de un dólar la docena, se vendían aquí a diez centavos la pieza. Comerciaaba también con hilo de zapatero, clavos y telas de algodón. En buenas temporadas cada dólar de mi capital me dejaba cuarenta centavos de ganancia; el costo del viaje a Puerto-Príncipe era muy poco porque acostumbraba, como las demás que se dedicaban a la *kin-kay*, comer y dormir en casa de conocidos y para el camino llevábamos nuestra comida.

El hombre que "se respeta" no se dedica al comercio de *kin-kay*; hacerlo, aunque momentáneamente, es exponerse a ser tratado de afeminado. En este campo la mujer está sola y aprovecha la oportunidad para independizarse económicamente hasta cierto grado: el marido proporciona el dinero o los cereales para la comida diaria y tiene la obligación de ves-

tir a la familia; aunque muchas mujeres que también "se respetan" prefieren vestirse con sus propios ahorros.

Al parecer, aquella ventaja de la mujer campesina sobre la citadina en los asuntos económicos, tiene un origen histórico particular en Haití. Mientras en las ciudades el Código Civil, basado sobre el napoleónico, prohibía a la mujer casada, quien era considerada "socialmente menor", dedicarse al comercio sin la expresa autorización marital, en el campo, el marido tuvo, a pesar de sus deseos de mantener un control absoluto sobre su familia, que otorgar una libreta tácita a la mujer para que se hiciera cargo (lo que produjo su emancipación) de las actividades comerciales, i.e. venta de los productos agrícolas y demás que implicaban un contacto seguido con las ciudades. La razón generalmente dada era que al ir al mercado y a la ciudad, el hombre se exponía a ser llevado por la leva; para escapar al servicio militar forzoso, prefería mandar a la mujer. Si la tropa penetraba en el campo en busca de reclutas, les era bastante fácil a los adultos esconderse en el monte. Viejos informantes de Marbial nos contaron incidentes de esa índole cuando el XXII^o Regimiento quería completar sus efectivos con hombres de la Gosseline y de Cerdo Gordo.

Desde que las revoluciones cesaron en Haití y que su pequeño ejército² quedó formado por profesionales y voluntarios, el campesino se acostumbró a frecuentar la ciudad y los mercados vecinos, aunque en pequeño número. Sin embargo, cabe hacer una pregunta: la aversión que demuestra el campesino para ciertos tipos de actividades reservadas a la mujer ¿es consecuencia del hecho histórico descrito, o existe independientemente de él? A pesar de que el asunto no parece tener relación con la vida conyugal, merece la pena hacer una digresión, ya que nos orientará sobre la psicología campesina y haitiana en general; siéndonos de provecho para comprender ciertas actitudes en la vida familiar.

Hemos subrayado la poca diferencia que existe en el campo, en la división de trabajo entre mujer y hombre. Él no quiere lavar su ropa sucia y no comercia, excepto para vender café y ganado; prefiere encargarse de la venta de los pocos sombreros de palma que hace a una hermana o a una vecina de

confianza. Hay, además, otra cosa importantísima que a un hombre "que se respeta" no le gusta hacer: llevar cargas. Un buen informante con quien llegamos a tener mucha intimidad nos confesó: "Estoy tan pobre que tengo que aceptar llevar cargas entre Marbial y Jaemel; ni modo, tengo que comer." Pertenece a un *laku* cuyos miembros, supimos, consideraban como una desgracia para la familia que el primo Fulano fuera reducido a tal vergüenza. Y eso no es solamente una actitud campesina; en la ciudad hay también ciertas labores manuales que eran (y lo son aún en menor grado) consideradas como indignas por la burguesía; una de ellas era cargar un bulto en las calles, aunque sólo se tratara de una caja de zapatos. Si aquella actitud fuera motivada por la flojera no nos interesaría aquí, pero su causa es un prejuicio social. El mismo campesino que cultiva sus milpas incansablemente bajo el sol y con poca comida, por miedo de ser criticado por sus vecinos, se guardará de llevar una canasta de frijoles a la ciudad. La venta del café es una operación distinta: el producto se vende a un "especulador" y uno no tiene que sentarse durante horas en el mercado esperando clientes. Además, una vez cosechado el café y secado se puede vender cualquier día al contado, independientemente de los días fijos de mercado.

Resumiendo: 1^o) se comprueba otra vez lo que dijimos acerca de las clases en la sociedad campesina. Un "hombre de bien" se rehusa a cargar bultos. En ciertas secciones de Haití donde los hombres fabrican sillas de madera y canastas, ellos mismos las llevarán al mercado; pero el acarreo y venta de los productos agrícolas que se extienden durante todo el año, se dejan a la mujer; y 2^o) el hecho de que los varones no frecuenten tanto el mercado como las mujeres, quizá resulte del hecho histórico mencionado; pero también es producto de una actitud social bien definida: la tarea de cargar bultos al mercado es considerada indecorosa para el hombre y como normal para la mujer. Aquel ligero complejo de superioridad que se otorga al varón, se manifiesta en otras observaciones: cuando una pareja va al mercado o a la ciudad, es casi inevitable que el hombre ande con las manos vacías o a caballo, si tiene uno, mientras lo sigue su compañera a pie cargando una

pesada canasta. He aquí la razón de la disgresión: en la vida conyugal, el marido no considera a su mujer, sea *placée* o casada, como su par y compañera. Hace todo lo posible para recordarle su posición subalterna e inspirarle respeto por la potestad marital. De hecho, se aplica a la mujer la misma psicología que en la educación infantil: se le inculca lo *crain-tif*, el miedo. Hemos oído a algunos marbialeses regañar a sus mujeres cuando ellas querían mezclarse en la conversación: "Mujer, guarde sus límites" y no lo decían de chiste, porque en presencia de extraños es cuando un marido debe asentar y demostrar su autoridad. El hombre se reserva ciertas libertades, que niega a su mujer; por ejemplo, siempre quiere saber adónde sale ella; pero contesta cuando ella le pregunta lo mismo: "Mira, tengo que arreglar mis negocios, que no son cosas tuyas", y se marcha. Aunque no tenga una amante, se reconoce el derecho como "macho" de tomar una si lo pudiera; pero la mujer ha de ser fiel a su marido. En eso y muchas otras actitudes, el campesino piensa como el ciudadano o viceversa.

Para beneficio de la campesina, es justo añadir que ésta no pocas veces se rebela contra las pretensiones del hombre. Comparando la sociedad rural con la urbana y haciendo excepción de la educación escolar, creemos que en sus medios respectivos, la campesina está más liberada que su hermana de la ciudad de los prejuicios que estancan el desarrollo social de la mujer haitiana³. De la deficiente economía rural la campesina ha sabido con destreza sacar su principal ventaja sobre la ciudadina: siendo económicamente activa en la familia (en algunos casos lo es más que el hombre) y casi siempre dueña de bienes raíces como el marido, ella ha podido, gracias a su trabajo y su abnegación, hacerse indispensable y forjarse el respeto del hombre. Si la mujer, por medio de concesiones secundarias, deja al campesino la ilusión de ser el indiscutido jefe de la casa, ella más inteligente que él, es no sólo su igual económicamente, sino su consejera discreta en los asuntos familiares y su socio en los negocios. Esto es consecuencia lógica de su actividad comercial. Briffault⁴, basándose sobre los informes de misioneros y de viajeros, es quien hace notar que en numerosísimas tribus primitivas las mujeres son más vivas

que los hombres; saben mejor que ellos tomar contacto con los extranjeros y recibirlos. En Marbial, para no generalizar algo que debe aplicarse a toda la Haití rural, se produce un hecho similar. Para el campesino (sin exponer aquí su opinión a la crítica), la ciudad es una escuela en el sentido que Montaigne atribuía a los viajes en países lejanos: del ciudadano aprende costumbres que lo diferencian de la "gente del monte;" de la ciudad viene, a su modo de ver, *l'éclairément*, es decir, el conocimiento de la ley, del gobierno, de la política; busca entablar relaciones con gente de la ciudad y la escoge como padrinos de bautizos y bodas; en una palabra, está ansioso de identificarse con el comportamiento urbano. Mientras más cerca esté de la ciudad, mejor podrá aprovecharse de ella. Ya hemos mencionado el ligero desprecio del marbialés para con su hermano del curso superior de la Gosseline, quién "baja" a la ciudad menos que él por estar más lejos. Ahora bien, la mujer tiene contacto más frecuente e íntimo, no solamente con la ciudad adonde va a comerciar, sino con los habitantes de las secciones vecinas. La constante necesidad de regatear, la cual acaba a veces en un duelo de insultos sutiles o crudos, ejercita su mente y su voluntad —por eso es, en Marbial, peligroso tener un cambio de palabras agrias con una mujer; ella tiene excelente práctica. Sus frecuentes viajes a Puerto-Príncipe o Jacmel la pone al corriente del alza o baja de los precios, de los acontecimientos nacionales, exactos o falsos, que circulan en los grandes mercados urbanos; liga amistades con compañeras de camino, observa, aprende y aprovecha. Por eso ella es más *dégourdie* que la mayoría de los hombres, sobre todo aquella que ha llegado a los veinticinco o treinta años. Las ancianas, con aquel prejuicio que tiene toda generación hacia la que la reemplaza, califican a la mujer joven de coqueta y frívola, sin razón: solamente se emancipa más y más gracias a su papel activo en la economía y la influencia de las ideas urbanas que contribuye a difundir.

Si en las ciudades la mujer es todavía, según la ley "socialmente menor", estado que las contingencias y la necesidad hacen prácticamente inoperante en la zona rural, en cambio la ciudadina en sus relaciones personales con el marido goza de las ventajas que el concepto de autoridad y superioridad

por parte del varón, niega a la campesina. Tomemos un buen ejemplo en la vida diaria: hace todavía unos cuarenta años en Marbial⁵, el jefe de *laku* y sus descendientes varones adultos, comían aparte de las mujeres, cualesquiera que fueran las edades o rangos de ellas. Los hombres comían y eran servidos, por una o dos mujeres, en la sala de la casa mayor y las "damas" (tal era y sigue siendo su título) en la cocina o en alguna otra casa que no fuera habitación del jefe de familia. Cuando se trataba de una familia pequeña o del marido con su concubina o esposa, ésta desempeñaba literalmente, el papel de mesera; servía a su amo manteniéndose de pie en el umbral de la puerta, hasta que su señor quedara satisfecho; después la mujer le presentaba un vaso de agua para enjuagarse la boca, él se retiraba y entonces ella podía comer. Tal actitud era manifestación de respeto hacia el hombre, el jefe de la familia. Las abnegadas campesinas que se sometían sin reproche a tal costumbre, no eran menos trabajadoras que sus descendientes de hoy; pero en su tiempo el papel económico de la mujer, que ahora es necesidad urgente, era solamente una provechosa actividad y el marido podía considerarse como el único proveedor verdadero. En lugar de la ayuda manual de sus compañeras en las labores agrícolas, organizaban una *coumbite*⁶ o pagaban trabajadores asalariados. La mujer de iniciativa podía emplear su tiempo libre para comerciar y ahorrar un poco de dinero a fin de adquirir una cabra, un burro o su ropa.

Las cosas cambian. En la ciudad, el hombre no cocina si no quiere adquirir la reputación de "varón-comadre;" hace unas décadas, lo mismo sucedía en Marbial. Hoy en día, cuando la esposa se ausenta por un día o más para ir a los negocios, el hombre no tiene otro remedio que meterse de cocinero, si no tiene una hermana, tía o prima vecina que le ayude. La igualdad se establece paulatinamente por la fuerza de las cosas, pero no se establece sin choques y resentimientos por parte del hombre. Un informante considerado como bien establecido en su casa y de buenos ingresos, tuvo una interesantísima conversación con nosotros, la cual nos revela los temores masculinos acerca de la emancipación inevitable de las campesinas:

Yo: Ud. tiene muchas tierras y de las buenas, me parece.

Él: Mucha no, pero bastante para poder comer con toda la familia y vestirnos.

Yo: ¿Y su mujer no necesita trabajar?

Él: Ella se hace cargo de la casa y de los niños.

Yo: ¿Y por qué no comercia como las otras?

Él: Mire Ud., eso de comerciar no me gusta.

Yo: ¿Acaso Ud. piensa que no es ocupación para una persona de rango como su esposa?

Él: No es eso, la razón es otra. Le dije que gano bastante con la agricultura y otras ocupaciones, para vivir decentemente. Cuando una mujer se mete en el comercio y tiene éxito, cobra demasiada libertad y cree que tiene derecho a hablar a su marido en voz alta. Eso no me gusta, prefiero pagarle sus vestidos y conservar mi autoridad...

Un psiquiatra concluiría que ese sentido de superioridad antes aludido, debe estarse cambiando subconcientemente por un ligero complejo de inferioridad entre muchos hombres; si algunos de ellos usan con frecuencia la fuerza como último recurso para afirmar su autoridad amenazada, las mujeres en cambio tienen otra arma, que los varones temen tanto, como ellas al bastón. Quizá, más que su autoridad, un hombre en Marbial cuida su reputación, y no hay nada más dañoso para ella que un "escándalo" que pueda atraer el desprecio o la burla de la comunidad. Evitar escándalos es su preocupación constante. Para evitarlos se requiere habilidad más conocimientos de la mentalidad local. Citamos un caso en el Capítulo III, en el cual un hombre se ridiculizó por no castigar a su mujer infiel; tal actitud se consideró como débil y causó escándalo. Durante el tiempo que estuvimos en el valle, fué bastante frecuente que algún informante nos dijera casualmente: "Anoche Fulano ha 'tallado' a su mujer, porque le contestó mal." Aquí no encontraban materia para un escándalo, así como tampoco encontrarían si un hombre casado fuera sorprendido con una mujer (en cambio, en las mismas circunstancias, una mujer sí perjudicaría su buen nombre). Pero en contra de lo que la mujer considera como abusivo, avaricia sobre todo, brutalidad, irresponsabilidad, ella se defiende felizmente con una amenaza clásica: "No me empujes a tomar el gran camino." Tomar el gran camino, no significa

abandonar el hogar; esta concisa perífrasis puede significar por ejemplo: "Si me pegas correré al camino y allí, a gritos, diré a los vecinos y a los que bajan y a los que suben por él, cuanto me das diariamente para la comida y lo que pretendes comer con tan poco dinero; divulgaré que eres un *crasse*, un sinvergüenza que no puede dar un vestido nuevo a su mujer y que yo misma tengo que comprarlo con mi dinero."

Si el infeliz marido gozaba de alguna consideración, en unas cuantas horas su vida íntima será conocida y juzgada de un extremo a otro del Valle y si las revelaciones delatan algún elemento original, cierto chismoso hará con ellas una canción nueva que animará los *combites* de la temporada. El escándalo puede tener consecuencias mayores, sobre todo cuando se trata de una pareja *placé*, puede provocar una ruptura temporal o definitiva, según el caso. Afortunadamente la amenaza basta muchas veces para arreglar el pleito y los grandes escándalos del tipo descrito son excepcionales en la región.

Hay otro aspecto de la vida conyugal que se modifica como consecuencia de la emancipación de la mujer: pocos hombres se atreven a presumir de sus relaciones extramatrimoniales, sabiendo que sus mujeres podrían aplicarles la ley del talión en el curso de sus numerosos viajes de negocios. Pero la marbialesa se enorgullece de ser mujer seria, como lo comprueban los escasos escándalos amorosos registrados en una región donde secretos de tal índole difícilmente podrían guardarse. Podemos afirmar que las uniones legales o *placés* son estables. Aunque estuvimos en Marbial en una época difícil, cuando la miseria irritaba los temperamentos hasta la desesperación, no hubo más que cuatro separaciones y rupturas. Una fué provocada por incesto, causa rarísima que sólo se registró en otra ocasión, hace ya muchos años. La mujer regresó a la casa de su madre porque su esposo había tenido relaciones criminales con su hija, de unos dieciocho años de edad. La segunda ruptura fué producida por un escándalo del tipo 'gran camino' --la mujer se quejó de la insoportable avaricia y brutalidad del hombre. La tercera fué por adulterio (el caso mencionado donde el marido insultado no castigó a su esposa) y la opinión pública creía que volverían a cohabitar después de algunos meses. Por último, un hombre casado que mante-

nía en el mismo *laku* a una 'mujer de predio', la despidió violentamente porque, se dice, la esposa le amenazó con marcharse si persistía en tener otra mujer. Este último caso merece precisarse porque ilustra un punto de suma importancia que expondremos más en detalle en el último capítulo: la disminución de la poliginia. Como tuvimos la oportunidad de seguir en sus más íntimos detalles el drama entre la esposa, el marido y la 'mujer de predio', podemos exponer a continuación los hechos principales.

Hará unos cinco años, la madre de la joven Elisa, una viuda de Cerro Bóveda, mandó a su hija al *laku* del padre de Fermín para que la educasen y, a cambio ella ayudaría en los quehaceres del *laku*. Elisa tendría entonces unos dieciséis años y Fermín estaba ya casado. La trataban como si fuera de la familia y como la mujer de Fermín era de salud delicada, Elisa le prestaba especial ayuda. Dejemos la palabra a la muchacha.

Una tarde que la señora se había ido a visitar a su madre, Fermín me dijo: "Elisa, ven conmigo, voy a limpiar el predio en el cerro." Fuí con él sin miedo. Yo sabía que me deseaba, pero no pensé en nada. Después de trabajar un rato empezó a llover y nos refugiamos en una choza que tenía cerca del predio; fué donde ocurrió la desgracia. Yo quería a Fermín, pero sentí que hacía mal en ocultar lo que había pasado entre nosotros a su mujer, quien me trataba como si yo fuera su hija. Un día se lo dije llorando y echándome de rodillas delante de ella. No me regañó pero trató a Fermín con palabras muy duras. Se arregló la cosa entre nosotros y Fermín me construyó una casita de una pieza al lado de la de su tío; me dió un vestido, un petate, una silla, dos latas para guisar y un garrafón. Yo era su 'mujer de predio'. Me visitaba con frecuencia en las tardes y a veces en la noche. Él me dió un pequeño predio y me ayudaba a cultivarlo. Pasaron tres cosechas y supe que yo estaba embarazada. Fué 'varón.' La mujer de Fermín me regaló ropa y se portó muy bien conmigo. Pero cuando el niño tenía un año las cosas empezaron a cambiar; Fermín me trataba con dureza y se decía en el *laku* que yo hacía magia contra su esposa; no era cierto. Una mañana que me fuí al río a lavarme, vino a la casa, se llevó al niño y derrumbó una pared de la choza. Fué el fin; yo me fuí a casa de mi madre. Se ha portado muy mal, debería haberme pagado

por mi trabajo en el predio porque no voy a beneficiarme de la mitad de mi cosecha. Guardará el niño; si hubiera sido niña me lo habría llevado yo; pero como es varón, él tiene el derecho.

No fué entonces por celos de su esposa que Fermín despidió a su amante sin caballerosidad. Su aventura con Elisa, que empezó por amor, terminó por razones económicas. La esposa (por instigación de su madre, decían), sin cesar le criticaba, diciendo que él no le podía dar lo que era debido porque tenía que mantener a dos mujeres; por esta razón, si él persistiría en conservar a Elisa, ella, su esposa legítima, volvería con su madre. Cuando estudiemos el problema de la división de las tierras, entenderemos mejor tal lógica, cuya evidencia se impone ya al campesino. Aunque el número de casamientos católicos permanezca bajo, en relación con el total de la población, aquella costumbre para tal hombre, de tener dos a tres 'mujeres de predio' está disminuyendo con rapidez. Motivada en principio por la gran extensión de las propiedades, más que por apetito sexual, la poliginia hoy en día ha perdido su utilidad económica puesto que las propiedades se miden por centésimo de hectárea.

Volvamos a la estabilidad de las uniones matrimoniales y libres. No se ha registrado un caso de divorcio en Marbial, por lo menos hasta 1950. Las razones para ellos son múltiples. Un divorcio cuesta dinero y los abogados son maestros en explotar a los campesinos. Además, difícilmente puede uno imaginarse al campesino, tan miedoso del escándalo y deseoso de guardar en secreto los hechos de su vida íntima, inventando en una corte de justicia afrentas sin nombre, como suelen hacer los ciudadanos para ganar la separación legal. Segundo, la celebración religiosa del matrimonio y el control moral ejercido por el sacerdote católico, casi eliminan en Marbial la posibilidad de entablar una demanda de divorcio. El cura y el jefe de sección son amistosos conciliadores de las uniones y debemos decir que muchas veces tienen éxito en sus propósitos. Pero en ciertos casos, sin gastos, ni pleitos ni abogados, el campesino casado obtiene la separación por mutuo consentimiento. Si la pareja no tiene hijos, el hombre no se considera obligado a pagar una subvención a su esposa (pues

legalmente lo sigue siendo); además ella no estaría dispuesta a recibirla— sabe trabajar y trabajará. Cuando hay hijos se logra un arreglo amistoso que varía según los casos. Por lo general, las hijas siguen a la madre y los varones al padre, si este tiene una hermana o tía que pueda cuidar los hijos cuando están en la infancia; de no poderse arreglar así, ellos seguirán a la madre, si ella les acepta y el marido proporciona dinero y alimentos para su sustento. Conocimos también algunos casos de separaciones ocurridos en tiempos pasados, en la mayoría de los cuales la mujer pidió la ruptura porque el hombre la hacía “trabajar demasiado.” (No queremos culpar demasiado al hombre; quizá en algún caso pudo tratarse de una mujer floja.)

En casos de separación, los hijos visitan con frecuencia a su padre y cuando cumplen unos doce años, empezarán a pasar largas temporadas con él hasta que lleguen a construir su casa sobre la misma propiedad. Si hay odio entre hombre y mujer, éstos se guardan de manifestarlo en forma virulenta, porque podría arruinar un principio que ambos quieren preservar: los hijos deben respetar a sus padres.

Entre nuestros informantes, y entre parejas de quienes tuvimos noticias, hubo solamente dos que no tenían descendientes y no esperaban tenerlos. Nuestros informantes no pudieron decirnos si la esterilidad (se atribuye invariablemente a la mujer) era causa suficiente para la separación; como el hecho no es común, nos es difícil precisar qué actitud se tomó en dichos casos. Cuando se trata de *placés*, si la mujer es verdaderamente estéril, el hombre podrá tener relaciones con otra mujer y “reconocer” el fruto de aquella unión como hijo natural sin ningún impedimento legal. Si está casado no lo podrá hacer⁷ y es cuando la situación se vuelve delicada. En un matrimonio sin hijos, los bienes de los contrayentes, a la muerte de uno de ellos, vuelven a sus parientes aunque sean naturales, es decir, que una de las partes pierde uno de los beneficios capitales del matrimonio— el aumento de sus posesiones en bienes raíces. No tener hijos es castigo de Dios, concluyen los campesinos. Queda una solución: la adopción.

Aquí otra vez nos faltan datos precisos y suficientes. Un viejo informante afirmó que su abuelo “adoptó” a un ahijado

huérfano a quien dió su nombre y (a pesar de la oposición familiar) una porción de sus tierras igual a la de sus hijos. Se trataba aparentemente de una adopción informal, no consagrada por acta legal; la voluntad del viejo jefe de *laku* se impuso a la de sus hijos sin ningún requisito legal. "Entonces," añadió el anciano, como explicación a nuestra crítica hacia tal procedimiento, "entonces no conocíamos a los abogados y los mayores decidían en tales casos." En efecto el acto del abuelo no estaba fuera de la Ley: Como el abuelo jamás se casó y los hijos que tenía eran naturales, el ahijado por llevar el nombre de su padrino y ser tratado y educado como los hijos naturales, adquirió legalmente el derecho de gozar de los mismos privilegios que aquéllos, puesto que todos únicamente podían disfrutar de lo que la Ley llama "posesión de estado."⁸

Afortunadamente para el campesino son raras las separaciones y las uniones sin descendientes. Tiene así dos seguridades que lo alivian en su constante preocupación por la muerte. A la vez teme y es indiferente a ella. La altísima mortalidad infantil, las enfermedades tropicales y la alimentación deficiente hacen de la muerte un hecho diario cuyo ceremonial, tan arraigado en las costumbres, le da siempre un carácter extraordinario. Las lamentaciones y los gritos convencionales, el velorio sostenido con bebidas, comidas, cantos y chistes, más el luto, hacen de la muerte un evento importante que, en el fondo, el marbialés acepta con resignación y calma interior. Eso no quiere decir que él no sufra con la pérdida de una madre o de un hijo; aun cuando las violentas expresiones de pena sean provocadas por el convencionalismo y pudiesen ser calificadas de superficiales, la muerte trae siempre consigo dolor y drama, y su frecuencia no la hace menos temible.

El campesino no teme a la muerte. Ante la muerte fisiológica y física, mantiene un fatalismo inquebrantable: "¡Ay! falleció Fulano, pues voluntad de Dios; era su hora." Pero teme la muerte desde el punto de vista metafísico y social, eso le preocupa toda su vida. Teme por lo que pasará a su alma, más allá de la tumba, teme por su reputación y su prestigio.

En el curso de su corta vida,⁹ el campesino no asimila los dogmas católicos al grado de que influyen decisivamente sobre su comportamiento. Los conceptos católicos del alma, del

pecado, del paraíso y del infierno, permanecen vagos para él; pero cree en la infinita bondad de Dios y en su justicia; testigo de ello es el proverbio muy usado: "La justicia divina es como una carreta de bueyes." Va despacio pero siempre llega. En el concepto del campesino, el alma es doble, o mejor dicho, cada uno tiene dos almas; son el *Gros-bon-ange*, el principio vital del cuerpo y el *Ti-bon-ange* que actúa como el ángel guardián. Se cree que los sueños son provocados por la salida del "Gran-buen-ángel," quien abandona temporalmente el cuerpo para recorrer el mundo. He aquí un sueño de un anciano de Marbial y las explicaciones por él propuestas:

Soñé una vez que me paseaba en Puerto-Príncipe. En una esquina me enfrenté con una multitud hostil que quería aprehenderme. Empecé a correr como un loco y ellos detrás de mí. Es que mi Gran-buen-ángel se había ido en *vadrouille* y había encontrado a los malos espíritus. Aquel Gran-buen-ángel tiene alas, por eso volamos en nuestros sueños.

La ética campesina incluye el pecado. Se posee el concepto del bien y del mal. Robar, decir mentiras y flojear son actos malos, tanto como vivir en concubinato, por no poder ofrecer una fiesta para la boda y abstenerse de ir a la iglesia por falta de zapatos; pero el campesino confía en la Misericordia divina y espera el perdón de Dios que ve sus buenas intenciones. Sus ideas acerca del infierno no son bien definidas: él no ve cómo el Buen Dios podría castigarle después de la vida de miserias pasada en este mundo. Haber trabajado y respetado a sus padres, le asegura la vida eterna. Muerto, no tiene miedo de Dios, lo tiene del mundo que abandona, de sus enemigos y de sus parientes, quienes pueden hacer sufrir a su alma, o *Gros-bon-ange*, después de la muerte.

Es menester recordar aquí una creencia animística conmovedora por su sencillez; la tenemos de Saintpleur Denis uno de nuestros mejores informantes.

Mi madre se dedicaba 'al estado' de carnicera; mataba cabras y borregos para vender la carne en el mercado. Siempre guardó un perro o dos que cuidaba mucho y que, cuando morían, ente-

rraba cerca de su casa. No hay carnicero que no tenga perros porque cuando muere, encuentra en el otro mundo las almas de los animales sacrificados que lo esperan para vengarse de él y lo torturan de mil maneras si sus fieles perros no los hacen huir.

Eso es solamente una preocupación particular y de poca importancia. Lo que el campesino muerto espera de la vida del más allá, es la paz y el descanso; tal felicidad depende de dos factores independientes el uno del otro: la magia y el cumplimiento de las obligaciones hacia los muertos. La magia es el más terrible. Al tratar de la infancia en el Valle de Marbial (Capítulo IV) hemos descrito, aunque brevemente, los trastornos psicológicos que causan las creencias en el tremendo poder de la magia. Sin querer generalizar el hecho, aquella preocupación persigue a muchos campesinos hasta la vejez: temen que su alma sea robada, que se haga de ellos un *zombi*, o que sus enemigos, la noche de su inhumación, vengán delante de la fosa a llamarles para encerrar su alma en una botella. La otra gran preocupación del campesino es el temor de que sus parientes no cumplieren debidamente con las obligaciones necesarias para obtenerle el descanso y la paz.

El marbialés vive en constante preocupación por la muerte y en constante contacto con sus parientes muertos. Sus sueños lo demuestran. En 1948 (hay que recordar una vez más, sin embargo, que fué una época de calamidades), sobre trece tipos de sueños explicados al azar por un informante, ocho eran relacionados con la muerte y los demás con el dinero,¹⁰ lo que revelaba muy bien su estado de ánimo. De otros seis informantes, niños y adultos, sus sueños recientes fueron de dos tipos: en uno recibían la visita de un "difunto" padre, madre o tío que les pedía de comer o les reprochaba el no haber cumplido alguna promesa; ese tipo se limitó a los adultos. Entre niños y adultos, el segundo patrón de sueño giraba alrededor de la gran preocupación de entonces —conseguir algo de comer para lo cual robaban en la mayoría de los casos.

El marbialés cayó en un círculo vicioso al atribuir su miseria a la ira de los parientes muertos provocada por su incapacidad de cumplir las obligaciones que les debía (ofrendas propiciatorias, erección de una tumba, luto, última plegaria,

etc.). Una alma descontenta, incluso puede evitar la muerte a sus descendientes, para castigarles de su olvido y descuido. Tal es el miedo metafísico de la muerte. Veamos ahora el miedo social.

Para la mayoría de los campesinos la muerte se asemeja a una boda religiosa: ambas cuestan demasiado para sus posibilidades económicas. Pueden escapar a la boda permaneciendo *placés*, pero "no hay remedio contra la muerte." En tiempos mejores, el rico preparaba su entierro de antemano, como una novia su ajuar— compraba un ataúd elegante,¹¹ zapatos, guantes y un saco negro que vestiría el día del sepelio; apartaba una suma de dinero para cubrir los gastos en comida, bebida, lloronas profesionales, cantantes, velas y un sacerdote. La muerte no lo sorprendía, todo estaba preparado.

Hoy, con la miseria reinante, son raros los que dejan suficientes bienes a sus parientes para que su entierro no les cause inquietudes económicas, cuando quieren "hacer las cosas como se deben." Para hacer bien las cosas no hay hijo que no venda o hipoteque sus tierras, y pida dinero prestado aun a fuertes intereses; para enterrar decorosamente a sus padres, tratándose de su madre sobre todo, considera este último homenaje de amor filial, como un deber sagrado; dicha actitud es el consuelo de las madres.

Igual como en las bodas, hay también "entierros de perros." En estos casos el campesino no tiene piedad: la muerte no le impresiona, y si no encuentra bastante que comer y que beber en el velorio, criticará acervamente a los parientes y se irá repitiendo: "Han enterrado a M. como perro." Esto es lo que el marbialés teme: irse de este mundo con una mancha para él imborrable, haber sido inhumado como un perro. La preocupación raya en honda tragedia cuando se trata de mujeres *placés*, sin hijos o abandonadas así como para los solteros sin fortuna ni parientes: su suerte final dependerá de un factor considerado como vergonzoso— la caridad pública.

Cuando un hombre posee un pedazo de tierra productiva, su preocupación no es tan trágica, ya que si no tiene parientes, puede asegurarse el cuidado de un vecino a cambio de la promesa de legarle su lote para cubrir los gastos funerarios. Conocimos a un anciano de unos setenta años; sus tierras no

valían nada y sus bienes (incluso su miserable choza) se estimaban en unos cinco dólares. Su único consuelo era que la puerta de su casa y un cajón que guardaba celosamente, bastarían para la confección de su ataúd.

Cuando estudiemos las causas de la decadencia de los *lakus*, volveremos sobre las consecuencias económicas de la muerte, al mismo tiempo que expondremos los cambios sufridos en los costosos ritos funerarios.

Se completa el ciclo de vida. La vieja generación desaparece, aquella generación que conoció tiempos en los cuales las familias se divertían al compás de violines en los bailes y ofrecían comidas elegantes a los dioses *vodu* protectores y cuando, vestidos de carmesí, los jefes de *laku* recibían el día primero del año los saludos de sus descendientes y parientes.

Hoy no se baila, los tambores religiosos han sido quemados, los hijos se liberan de la tutela paterna y las mujeres se emancipan. Los ancianos creen que el Valle se muere con ellos.

TERCERA PARTE
DE AYER A MAÑANA

Capítulo VII

TIEMPOS PASADOS (I)

Para comprender los cambios que ocurren hoy día en la organización familiar en el Valle, se impone un estudio aunque sea superficial de su poblamiento. No hemos podido consultar intensivamente los archivos de las notarías en la ciudad de Jacmel y tampoco hemos hallado los documentos oficiales que concedían propiedad agraria a las familias de Marbial y que nos hubieran permitido establecer con entera certidumbre y precisión, las fechas de su establecimiento en la región y la extensión de sus tierras. Debemos contentarnos con las informaciones obtenidas de los más viejos miembros de cuatro familias y de algunos datos históricos publicados para esbozar el desarrollo del Valle desde alrededor de 1820 hasta 1948. Como no hay contradicciones serias entre las dos fuentes, el panorama que presentamos podrá ser aceptado como correcto.

Durante la época colonial, el Valle de la Gosseline no atrajo gran número de habitantes, según nos dicen las fuentes históricas. En ninguna parte de la región hemos hallado, como en otras, ruinas de establecimientos franceses, mas si localizamos algunos restos de la ocupación precolombina.¹ Había sin duda una que otra plantación, como lo confirman los siguientes extractos de la Memorias del barón de Wimpffen.²

“(Al salir de Jacmel. . .). Seguimos durante hora y media el cañón estrecho y sinuoso en cuyo fondo corre el torrente que da su nombre al caserío de la Gosseline. . . El lugar ofrece, aquí algunas habitaciones, ninguna de ellas de importancia, acá bosques rodeados por rocas y raras veces interrumpidos por pastizales llamadas sabanas. Si aquella extensión del país fuera habitada como lo debería de ser. . . su aspecto podría ser mucho más agradable.”

Describiendo otra vez el curso de la Gosseline, que remonta en busca de un jabalí, escribe de Wimpffen: “Los des-

filaderos *silenciosos* que atravesamos me ofrecieron nuevas especies de árboles, de plantas y de flores. Entre los primeros, el que más me impresionó fué el *mapou*.”

Tampoco el meticoloso Moreau de St. Méry en su monumental *Description... de la partie française de l'île Saint-Domingue*, se detiene sobre la región de la Gosseline. En resumen, durante la época colonial, el Valle de la Gosseline, aún más que hoy, era una zona agrícola de segunda importancia. Los campesinos han conservado algunas tradiciones acerca de la presencia de “blancos” en el valle, tradiciones que no pocas veces se mezclan con leyendas. Por ejemplo, varios informantes confirmaron el hecho siguiente: antes que el héroe de la Independencia, Dessalines, venciera a los blancos (los franceses) ellos eran los dueños de las “habitaciones” o sean los latifundios. Acosados por los haitianos, los colonos se refugiaron en la Serranía de la Selle, en donde escondieron sus tesoros, los cuales nadie ha podido localizar aún, porque están encantados. Cuando un viajero pasa por las abruptas montañas de San Nicolás³ oye el canto de gallos y voces humanas sin que nadie pueda ver de dónde vienen. Gallos y seres invisibles son los guardianes de los tesoros. Los blancos dejaron su recuerdo en la toponomía y según los marbialeses, Mangon, Montini, Durandis, Jacqueline, son todavía nombres de latifundios coloniales repartidos hoy entre varias familias, lo que no es siempre cierto. Al pasearse por la Llanura del Cul-de-Sac, al norte de Puerto-Príncipe, uno encuentra, deformados un poco por los habitantes, numerosos nombres que ilustraron el Reino de Francia; pasamos sobre las tierras que, en otra hora, valían tanto como castillos del Loire para la aristocracia gala: están los apellidos de Caradeux el cruel, de Rohan el altanero, de Vaudreuil, de La Ferronnais, de Noailles y muchos más... En Marbial, el caso fué diferente; no hubo nobles y creemos que los nombres de las extintas haciendas tuvieron otro origen que constituye, después de la Independencia, una fase poco estudiada en la historia agraria de la República. Para entenderla, es necesaria una retrospectiva mirada histórica.

Al consumarse la Independencia, los bienes franceses quedaron secuestrados y vinieron a formar parte de los bienes

nacionales, cuya posesión, o mejor dicho, cuya redistribución, ocupó importantísimo lugar, desde 1804, entre los problemas de la política haitiana, tanto exterior como interior. Sobre el plan exterior, de la indemnización a los colonos desposeídos de sus tierras, dependía en gran parte el reconocimiento de Haití, como estado soberano, por Francia. En 1825, a cambio de 150 millones de francos,⁴ el rey Carlos X firmó la ordenanza que garantizaba la independencia de la antigua colonia. Pero (siempre sobre el plan internacional), por razones de seguridad militar y para evitar el posible resurgimiento de la gran propiedad en manos extranjeras, se decretó en la Constitución Imperial de 1805 la prohibición a los blancos de poseer y adquirir bienes raíces en el territorio haitiano.⁵ La decisión, dictada por las emergencias del momento (el país entero se mantenía en estado de alarma y sobre pie de guerra por precaución contra un retorno ofensivo de Napoleón), fué mantenida en todas las constituciones hasta el principio del siglo xx.

En la política interior, la cuestión de las tierras cobró suma importancia económica y social. Hoy día, un país devastado por la guerra como lo era Haití, puede recibir ayuda técnica, financiera y moral de sus vecinos. En 1804 la situación era diferente: en medio del antagonismo de las potencias esclavistas, Haití se enfrentaba a la tremenda tarea de reconstruir su economía sobre nuevas bases; necesitaba fomentar la exportación agrícola, la cual podía procurarle divisas extranjeras y abastecer en forma substancial el Tesoro Público, a pesar de que la mayoría de los ingresos habían de gastarse en preparativos militares. Para hacer florecer la agricultura, dos métodos eran posibles: 1) Volver al sistema de las grandes fincas coloniales; o 2) desarrollar la pequeña propiedad.

Poco antes de la Independencia, Toussaint-Louverture, genio administrativo de primer orden, sacó a Saint-Domingue de sus cenizas devolviendo a los colonos franceses sus haciendas, en las cuales los "agricultores" trabajaban, bajo estricta vigilancia militar, a cambio de la cuarta parte de la producción. El sistema produjo buenos resultados materiales; mas fué una esclavitud disfrazada. A la larga fué adoptada la segunda alternativa: el Estado, dueño de la mayor parte del

Territorio Nacional, después de confirmar los derechos de los propietarios haitianos de antes de 1804, empezó a vender, distribuir y arrendar propiedades bajo varios conceptos. La Ley del 20 de abril de 1807 que consideraba la agricultura como "la base más sólida de la prosperidad de los estados," decretó en el Artículo 2 que "ningún ciudadano podría adquirir menos de diez *carreaux* (alrededor de 13 hectáreas)." "El mismo documento estableció los deberes de los propietarios hacia los campesinos que empleaban y las obligaciones de éstos hacia los terratenientes. Fué lógico: la decisión en el problema agrario tenía como meta favorecer la pequeña propiedad sin destruir las haciendas existentes poseídas por haitianos. El campesino, delante del juez se comprometía a trabajar sobre una "habitación" determinada, pero él podía obtener del Estado la concesión de una propiedad y cultivarla por su propia cuenta. La Ley del 20 de abril 1807, contenía ya en forma embrionaria los elementos básicos del seguro social; pero en otros aspectos era poco ventajosa para el campesino, pues el sistema de repartir la cuarta parte de la cosecha entre los agricultores contratados permanecía en vigor. Era una seria amenaza a la libertad económica. Además, el recuerdo fresco de la prosperidad colonial nacida de la agricultura y la escasez de puestos gubernamentales bien pagados, hicieron que se usara la influencia política para obtener antiguas haciendas que podían enriquecer rápidamente a sus nuevos dueños, gracias a una mano de obra barata y controlada por el aparato militar. Haití estaba en vísperas de ver surgir una nueva aristocracia de terratenientes, cuya actitud hacia los campesinos, era de temerse, diferiría poco de la del colono francés. De hecho dicha aristocracia se constituyó; pero al mismo tiempo se dejó una puerta abierta al campesino y fué él quien tuvo más constancia y ganó la competencia. El resultado fué un cierto estancamiento en la economía nacional; pero el balance final fué, creemos, favorable, puesto que el campesino pudo dar curso a su capacidad para la organización social y supo conservar su libertad. He aquí los hechos:

Alejandro Pétion, el ilustre amigo de Bolívar fué quien, siendo Presidente (1807-1818), dió el mayor impulso a la distribución de las tierras nacionales. En diciembre de 1809,

tomó a favor de los militares retirados la decisión de repartirles tierras en la forma siguiente:⁷

Para sub-oficiales y soldados, 5 *carreaux*

Para oficiales del grado de sub-teniente a capitán, 10 *carreaux*

Para los jefes de batallón, 15 *carreaux*

Para los coroneles, 25 *carreaux*.

Si recordamos el carácter de guerra popular tomado por las luchas de 1802-1803, deduciremos que una gran porción de la población varonil había servido en el ejército y podía así beneficiarse del decreto. Mas Pétion amplió su propósito: por recomendación suya, el Senado, en octubre de 1811, votó la Ley por la cual se otorgaba a "título de donación nacional, a cada uno de los generales en servicio activo", una finca azucarera; y a los ayudantes generales y coroneles en servicio activo, una finca cafetera.⁸

En diciembre de 1814, el Senado aprobó otro proyecto de Ley que beneficiaba a los oficiales con grado de sub-teniente y a los de jefe de batallón o de escuadrón en servicio activo:

Jefe de batallón o escuadrón, 35 *carreaux*

Capitán, 30 *carreaux*

Teniente, 25 *carreaux*

Sub-teniente, 20 *carreaux*.

Finalmente, en 1814, se concedieron favores similares a los miembros de la justicia civil y a otros funcionarios públicos, quienes recibieron tierras a prorrata de sus títulos administrativos.

Sabemos por un decreto posterior del Presidente Boyer, firmado en 1821, "que muchos oficiales en servicio activo no habían recibido sus donaciones"⁹ por causa de dificultades administrativas; pero sin duda la distribución se perseguía aunque con lentitud.

El reparto no fué igual en todo el territorio. En el Norte donde Christophe, antiguo teniente de Dessalines, se coronó rey, se impuso la necesidad de dar a la nobleza los medios para sostener la costosa etiqueta de la Corte y las obligaciones de

su rango; la gran propiedad fué favorecida, hasta que Christophe, al fin de su duro régimen, empezó, hacia 1818, a dar a los campesinos títulos de propiedad. En el Sur (v. Mapa 1), prevaleció la influencia política y económica de los antiguos libertos de la Colonia (quienes lucharon bajo el mando de Rigaud contra Louverture) y la repartición de las antiguas haciendas fué más lenta que en el Oeste, donde las ideas democráticas de Pétion alcanzaron su mayor éxito. Fué naturalmente en el Sur donde la resistencia campesina y el problema agrario tomaron sus más violentas formas; más de una vez los campesinos sureños se levantaron en armas pidiendo el reparto de las tierras.

El proceso formativo de la pequeña propiedad fué en un momento comprometido bajo la Presidencia de Boyer (1818-1843). General, como todos los primeros jefes de estado haitianos, Boyer fué un hombre terco y sin visión, cuya política, en materia agraria, fué retrógrada. En 1825 promulgó su Código Rural. Toussaint-Louverture, a pesar de su tremendo prestigio, se alienó el pleno apoyo de las masas rurales al decretar la prohibición de conceder tierras del estado de superficie menor de 50 *carreaux*: así, él mantenía el sistema colonial. Boyer volvió a la misma medida abrogada con la Independencia, y su Código, bajo pretexto de reprimir la vagancia, ligaba al campesino en calidad de peón a la tierra; era, dice L. J. Janvier, "la esclavitud sin el látigo."¹⁰ Fué un serio error que revivió los odios sociales haitianos, apaciguados por las medidas liberales de Pétion; el campesino, puesto que había luchado por su libertad, sintió que estaba siendo explotado. Los historiadores haitianos han criticado severamente a Boyer, pero se han contentado con exponer su *faux pas*, sin tratar de explicar el motivo que lo provocó. A nuestro parecer, Boyer razonó como sigue: al obtener el reconocimiento de la soberanía de Haití por Francia en 1825 (aunque en condiciones desastrosas), nuevas posibilidades se abrían para la República. Haití podía lanzar sus productos agrícolas sobre el mercado francés como lo hizo la Colonia de Saint-Domingue; pero como la producción no bastaba para pagar la aplastadora deuda nacional de 150 millones de francos, había que fomentarla y aprovechar el momento: el Sur de los Estados

Unidos no alcanzaba el desarrollo agrícola que logró hacia 1850 y había poca probabilidad de aumentar la producción de las colonias inglesas y españolas en las Antillas. El algodón, el azúcar, el café, el añil y la madera de campeche haitianos podían pagar la elevadísima hipoteca aceptada para asegurar la Independencia. Boyer comprendió bien el problema creado por su débil política exterior, pero adoptó una solución errónea. En lugar de consolidar el sentido democrático entre el pueblo por medio de la educación y la seguridad que da al campesino el saber que es propietario de la tierra que cultiva, Boyer trató de reestablecer un orden de cosas destruido por quince años de lucha a sangre y fuego. La medida encontró el fracaso que merecía: la producción agrícola mejoró poco y la gran propiedad periclitó cada día más porque los propietarios practicaron el ausentismo que había sido también la costumbre de muchos colonos franceses. En lugar de vigilar sus cultivos, prefirieron la vida urbana más cómoda, de cuyo lujo el campesino no podía gozar. Un informante de Marbial cuyos antepasados fueron terratenientes en el Valle, resumió con cierta ironía los hábitos de aquellos fracasados hacendados de 1840:

Los ciudadanos que presumían de *gentilhommes campagnards* en aquella época venían a pasar las vacaciones sobre sus propiedades, dándose la gran vida. El resto del año lo pasaban en la ciudad; criaban buenos caballos a gran costo y no entendían ni querían entender nada de la agricultura. En sus fincas, en lugar de estudiar el modo de mejorar la vida de sus trabajadores para ganar su cariño y aumentar por medio de nuevas técnicas el rendimiento de las plantaciones, dejaban todo ir al azar y según la rutina, mientras dormían a la sombra de los mangos después de leer a Lamartine y grabar versos de Teócrito en la corteza de los árboles.

Feliz ociosidad que alivió las penas del campesino; con cierto desprecio la clase dirigente le delegó el trabajo de la tierra. Pensemos un momento en el plan de Pétion, el cual consistía en la coexistencia de la gran y de la pequeña propiedad. En 1825, ambas podían convivir; la población no pasaba de medio millón de habitantes y había bastantes tierras libres

para que el Estado diera 25 hectáreas a un sub-teniente. El propietario ciudadano, imbuído del sentido progresista, hubiera sido un fermento entre sus vecinos analfabetos y menos afortunados. Con el buen ejemplo los hubiera iniciado en nuevas y racionales técnicas agrícolas;¹¹ con gastos insignificantes y un poco de buena voluntad hubiera ayudado a la educación escolar y espiritual de sus conciudadanos, mereciendo realmente el nombre de *élite* que él y sus descendientes se otorgaron desde entonces. Si el gran propietario no podía llenar el papel que acabamos de esbozar, el menor de dos males era que desapareciera. Y así fué.

No seguiremos en detalle la política gubernamental de reparto, venta y arrendamiento de tierras nacionales, pero, adelantándonos un poco, citaremos tres disposiciones oficiales que ya anunciaban el crucial problema de la Haití de hoy: la escasez de tierras cultivables.

En 1862, el Presidente Geffrard firmó una Ley sobre el Arrendamiento y la Venta de los Bienes Nacionales cuyo Artículo 2 estableció:

Los bienes dominiales, a excepción de aquellos reservados para servicios públicos, serán arrendados o vendidos solamente por lotes cuya extensión no deberá ser mayor de cinco *carreaux*.¹²

En 1883, el general Salomón, Presidente, "considerando un deber del Gobierno fomentar la Agricultura por todos los medios a su alcance," decidió dar título de posesión sobre una superficie de 3 a 5 *carreaux* a todos los ciudadanos que se comprometiesen a cultivarlos con café, algodón, cacao, tabaco o añil,¹³ siendo todos, productos de exportación. El mismo año, el Ejecutivo decidió dar "a las familias de los militares muertos en defensa del orden público y del Gobierno constitucional," propiedades tomadas de los bienes del Estado. Todos los grados, de simple soldado a general de división, se beneficiaron con la ley, según sus rangos; pero la familia del más alto oficial superior recibía solamente 12 *carreaux*. Estamos ya lejos del tiempo en que un capitán tenía derecho a treinta. Finalmente, si leemos hoy las solicitudes de arrendamiento de los bienes rurales del Estado, publicadas en el día

rio oficial, *Le Moniteur*, veremos que rarísimas veces exceden los lotes un *carreau* en superficie.¹⁴

Ahora volvamos a Marbial y esperamos que la digresión será de provecho para nuestra exposición del desarrollo económico de la comunidad rural y de la formación de las costumbres sociales, religiosas y familiares.

Según los datos proporcionados por nuestros informantes, no parecen existir actualmente en el Valle, descendientes de familias que se hubieran establecido en él antes de 1830. Las que lo ocuparon antes de aquella fecha han dejado escasas huellas, como una lápida funeraria que leímos con dificultad en un antiguo *laku*. Toseamente grabado, decía el epitafio:

ICI
REPOSE LARME MAR
INETTE JEAN PIERRE D
CD LE 10 DECEMBRE 1820

(Aquí descansa el alma (de) Marinette Jean-Pierre
fallecida el 10 de diciembre de 1820)

He aquí el interés del estudio de la vida familiar en el Valle: entre 1830 y 1845 un gran número de "colonos" recibieron donaciones de tierras del Estado o las arrendaron de propietarios urbanos ausentes; gracias a las tradiciones vivas aun entre sus descendientes podemos trazar paso a paso el desarrollo y la evolución de las agrupaciones familiares desde entonces hasta hoy. Obtuvimos datos detallados de solamente cuatro familias escogidas por su antigüedad en la región, pero sus relatos, cotejados y completados con observaciones personales, nos permiten describir con bastante exactitud la historia trágica de Marbial. De los cuatro fundadores de *laku*, dos pertenecían al ejército y fueron oriundos del Sur; uno de la Llanura de los Cayos (entonces llamada Dufond); el otro del pueblo de Anse-à-Veau. Uno era capitán y el grado del otro no se recuerda. Los otros dos jefes de *laku* fueron nativos del municipio de Jacmel; pero no se sabe de donde exactamente (no eran del Valle, sin embargo).

Para enterarnos del desarrollo de Marbial y de sus secciones colindantes, es provechoso consultar el *Diccionario Geo-*

gráfico y Administrativo Universal de Haití (en Francés) de Séméxant Rouzier quien aprovechó para su trabajo los informes de los jefes de departamento y de secciones rurales, en donde, de acuerdo con una circular presidencial, se comunicaba el estado de las culturas en cada comandancia. Rouzier nos permite hacer desde ahora una observación capital. Los informes en cuestión parecen, en su mayoría, haber sido redactados en 1840; daban el número de habitaciones en cultivo (diríamos hoy explotaciones agrícolas), la superficie en *carreaux* de las tierras pertenecientes al Estado y la porción de ellas ocupada por arrendadores; en una palabra fué el principio de un catastro rural. Ahora bien, en 1840, es decir, en la época de desarrollo y expansión del cultivo en el Valle, las secciones que ocuparon el primer lugar por su mayor número de plantaciones (en consecuencia tenían menos tierras incultas) son hoy día las más pobres de la comarca y menos pobladas que las otras. He aquí algunas cifras de 1840 sacadas de Rouzier:

<i>Secciones</i>	<i>Plantaciones</i>	<i>Tierras del Estado</i> (no ocupadas)
Montagne-la-Voûte	452	
Marbial	155	?
Cochon-Gras	?	18 carreaux
Fond-Melon	5(?)	1.015 carreaux

He aquí las cifras de población en 1950 las cuales están en relación directa con el bienestar relativo de las secciones rurales:

Fond-Melon	9330 habitantes
Cochon-Gras	6054 "
Marbial	3603 "

A falta de estadísticas para Montagne-la-Voûte, podemos por lo menos asegurar que su estado económico confirma nuestra teoría de que en el Valle, las primeras secciones en desarrollarse fueron también las primeras en caer en decadencia, víctimas de la presión demográfica y del agotamiento o erosión de la tierra.

Aparentemente incurrimos en contradicción cuando afirmamos que la alta cifra de población es a la vez factor de

decadencia e índice de bienestar relativo; pero una explicación complementaria aclarará nuestra tesis. Después de formular las reservas acerca de las posibles diferencias de superficie entre las secciones que podrían explicar en parte las diferencias en el número de habitantes, debemos acercarnos al problema sin perder de vista el elemento tiempo. Informaciones precisas indican (por lo menos para las secciones de Marbial y de Cochon-Gras) que un gran número de habitantes han salido en los últimos veinte años de las secciones más afectadas por la sobrepoblación y por la división de la propiedad rural; que en cambio, estas secciones han recibido sólo un número pequeño de nuevos colonos. Aquella comprobación del desplazamiento de la población del Valle hacia las ciudades u otras zonas rurales elimina la contradicción. Hasta un momento dado, la alta cifra de población indica el máximo punto de desarrollo que los recursos de la sección permiten lograr, sin romper o amenazar seriamente el precario equilibrio económico (Fond-Melon se encuentra probablemente ahora en ese momento). Luego, cuando la presión demográfica sobrepasa los mismos recursos (disminuidos también por la erosión y el lento agotamiento de las tierras), la población tiende a bajar, reflejando así la decadencia económica.

Estudiaremos adelante este mecanismo en detalle.

Capítulo VIII

TIEMPOS PASADOS (II)

Al darnos cuenta de la decadencia que prevalecía en el sistema de agrupación en *lakou*, nos interesamos por la historia de las familias, y entramos con nuestros informantes en otro mundo, en una época de abundancia, de prosperidad y de felicidad, dominada por el recuerdo respetuoso y la veneración a los antiguos jefes de familia, a los *grandets*, semidioses quienes supieron crearla. A veces, cuando el entusiasmo del informante se nos contagiaba, dudábamos que hubiera sido así; pero aun sin dejarnos influenciar por el legítimo amor y admiración de un hijo o de un nieto, para sus antepasados, el cuadro de otros tiempos que describían permanecía bastante alegre. Por cierto había algunos que buscaban en los tiempos del pasado un consuelo a sus miserias cotidianas y otros que exageraban la grandeza olvidada de su familia, con la esperanza de ganar un poco más de aquel prestigio que la pobreza les negaba. A pesar de todas las reservas formuladas, llegábamos a la sencilla y lógica conclusión de que los tiempos pasados habían sido mejores.

El Valle fué poblado desde el principio, con un fuerte carácter individualista, el cual subrayamos al describir el aspecto físico de las agrupaciones rurales. El Estado no trató de crear la propiedad comunal y no planeó el establecimiento de los nuevos propietarios en pueblos o comunidades. Todo fué dejado a la iniciativa individual o, si queremos, familiar. La primera actitud se explica suficientemente por dos razones históricas, una de origen exterior, otra de carácter local. Era ilógico para un país, nacido de la Revolución de 1789, adoptar en la cuestión agraria, un régimen de propiedad destruído por aquélla. Como la Revolución había decretado el reparto de las tierras comunales, ni siquiera se pensó ensayar en Haití la aplicación de un sistema de bienes raíces ligado con el *Ancien Régime*. Así, desde el punto de vista jurídico, la pro-

piedad tuvo un solo dueño, con pleno derecho a legarla a sus descendientes.¹ La segunda razón de orden local, aunque brotada también de la guerra de liberación nacional, fué la necesidad de eliminar, hasta donde fuera posible, las grandes haciendas coloniales, para asegurar al campesino el más amplio goce de sus derechos cívicos.

En cuanto a la falta de planeación, creemos francamente que de iniciar tal tarea hubiera sobrepasado los recursos y las capacidades nacionales; no se hizo ningún esfuerzo en este sentido, ni en la zona urbana ni en la rural, y tanto el ciudadano como el campesino revelaron su incapacidad en la materia. Hasta 1920, Haití usó, sin modificar o mejorar, la red de comunicaciones trazada por la administración francesa, exceptuando la instalación de unos 200 kilómetros de vías férreas. Sus más importantes ciudades se mantuvieron dentro de los límites del trazo colonial, excepto Puerto-Príncipe que se extendió sin el menor cuidado para las más elementales reglas de urbanización.²

Desprovisto del sentido urbanístico que hubiera mejorado su vida material, el campesino, en cambio, organizó su vida familiar, dentro de la comunidad rural, con bastante éxito y es el propósito de este capítulo exponer sus realizaciones.

La vida familiar del siglo pasado en Marbial, que vamos a describir, representa en síntesis la evolución rural haitiana, revelando, en su conjunto, mejor que ningún otro aspecto cultural, la mezcla de los elementos y tendencias que contribuyeron a su formación; es decir, sus orígenes africanos y europeos.

Al detenernos para estudiar la historia de los *lakus*, máxima manifestación de la vida familiar en Marbial, nos enfrentamos con problemas que nos llevaron a ampliar algunos conceptos que teníamos de la cultura haitiana. Hay dos tendencias entre los antropólogos haitianos: Una que localiza en África los rasgos culturales pertenecientes a la religión popular, al folklore y a la organización social. La otra sostiene que esos mismos rasgos tienen un origen europeo. Por ejemplo, el trabajo de campo en cooperativa o *coumbite* ha sido asimilado por unos al *dogprwé* dahomeyano y por otros a costumbres de trabajo comunal de Francia; tal es el caso también para el

mismo *laku*, que es comparado hasta cierto punto con el *compound* de Dahomey o con tipos de agrupaciones familiares de la Europa Occidental. Confesemos de una vez que en algunos casos los argumentos de ambos lados son lo bastante fuertes como para dejarnos tan tristes como quedó el asno de Buridán.

Sin querer huir de las dificultades, concluiremos, sin embargo, afirmando que el saber de donde proviene tal o cual costumbre no es tan importante como saber el porqué de su adopción e integración en el complejo haitiano. En vez de estudiar la aculturación como un simple juego de distribución geográfica, trataremos de estudiarla de acuerdo con su función en el desarrollo rural. El campesino haitiano no adoptó, por ejemplo, el trabajo agrícola en cooperativa, porque fuera un recuerdo de la madre África; lo adoptó porque, aun cuando vivía bajo un régimen de propiedad muy diferente del africano, satisfacía los requisitos de su nueva economía. Tampoco lo adoptó ciegamente por no conocer o no poder imaginar otro sistema de trabajo. Su elección no fué atávica, fué funcional y siendo funcional fué racional. Luego, para corroborar nuestra tesis, veremos que tan pronto como ciertas costumbres sociales o religiosas dejaron de corresponder a la realidad económica, fueron descartadas paulatinamente, para dejar lugar a otras actitudes de acuerdo con el nuevo nivel de vida.

Aquí tampoco debemos olvidar el factor tiempo al juzgar al campesino. Los problemas de presión demográfica y sus corolarios (la división máxima de la propiedad y el agotamiento de la tierra), que tardaron siglos en manifestarse en Europa, aparecieron en Haití, en el transecurso de cinco generaciones, como si el hombre estuviera influído por la proverbial fuerza de crecimiento de la flora tropical. Faltó tiempo para un aprendizaje lento, a pesar de que el error es fatal en este caso por sus consecuencias. Desde el principio, el campesino tuvo que improvisar y ser su propio maestro.

Al desaparecer definitivamente la esclavitud, en 1804, el haitiano en general, tenía escasa tradición de vida familiar. Mientras existió en las ciudades un substancial porcentaje de uniones legales entre los negros libres, en el campo el matri-

monio era excepcional. El nivel moral de la colonia ha sido descrito con un derroche deprimente de detalles, tanto en novelas licenciosas como en obras de escritores serios, a quienes no se podría calificar de puritanos.³ A fines del siglo xviii, tanto franceses de la metrópoli, como criollos, mulatos y negros, hombres o mujeres, no se podían escoger como modelos de virtudes familiares. El colono no llegaba a Saint-Domingue para echar raíces, como lo hacía el emigrante español en América; se consideraba como una ave pasajera, a quien la sed de la fortuna había empujado hacia las Antillas. Su corazón estaba en París y allá regresaba tan pronto como podía. Como el amo no se preocupaba por crearse una familia, tampoco favoreció al esclavo en este sentido. Aunque la opinión de diversos autores del siglo xviii difiere mucho acerca de la vida material del esclavo y de sus posibilidades para vivir con los suyos, hay una conclusión que se saca de ambas actitudes: la esclavitud no es un clima moral favorable al florecimiento de la familia. Entre las masas serviles, en las que el padre fue no pocas veces desconocido o separado de su mujer, el padrino asumió importante papel en la formación del ahijado⁴, tal como lo revela el ejemplo histórico de Bautista enseñando a leer a su ahijado "Palo-Basura," el futuro general Louverture. Posteriormente, las largas guerras civiles y de liberación, que ensangrentaron todo el país, borraron, junto con la leva en masa, todavía más los débiles lazos entre hijos y progenitores, dispersándolos y liberándolos de sus mutuas obligaciones. En 1804, todo estaba por hacerse en el aspecto familiar.

Pero los primeros gobernantes haitianos se dieron cuenta del peligro y de la necesidad de fomentar entre la población el sentido del hogar y de la moralidad familiar. Ya en su Constitución de 1801, Toussaint-Louverture, devoto padre y católico sincero, insistió, en los tres artículos del Título IV, sobre la importancia del matrimonio como "cimiento de los lazos familiares;" no reconoció el divorcio y prometió especial protección y distinción a los que practicasen las virtudes matrimoniales.⁵ Poco después, la Constitución Imperial de 1805, inspirándose más directamente en los decretos de la Convención y del Directorio, estableció en el Art. 9 que "nadie era digno de ser haitiano si no era buen padre, buen hijo,

buen esposo y sobre todo buen soldado.”⁶ Era mucho pedir; pero el artículo nos revela la misma preocupación por despertar en el nuevo pueblo el sentimiento y la importancia de la responsabilidad familiar, únicos factores capaces de estabilizar la sociedad haitiana.

A pesar de tan abrumadora herencia negativa, se constituyó en el campo, en corto lapso de tiempo, un grupo familiar fuertemente unido bajo la autoridad incontestable de un jefe, cuya variedad de obligaciones bien podría compararse con el “potestas” del derecho romano antes de que aquél perdiera su amplitud bajo la influencia del individualismo.⁷ En Marbial, el control paternal sobre las actividades sociales, económicas y religiosas, fué la piedra angular de los *lakus*⁸ al haber sido capaz de crear una serie de costumbres que aseguraron a la familia una existencia bastante estable, cuando menos durante tres generaciones. Contingencias económicas y psicológicas hicieron que el sistema tuviera esplendor; pero hicieron, al mismo tiempo, que llevara en sí los gérmenes que luego debían de provocar la decadencia y la desintegración del grupo familiar. Criticar el pasado no es difícil mas sí algo presuntuoso; no sería presuntuoso si fuéramos capaces de proyectar nuestros propios actos sobre el futuro y pudiésemos prever sus consecuencias. El *grandet*, el padre de familia rural de 1870, habiendo logrado tierras y prestigio, se fué de este mundo contento de su obra, con la seguridad de que legaba a sus descendientes estabilidad y felicidad. ¿Cómo hubiera podido imaginar que sus nietos serían la presa de una espantosa miseria? ¿Es acaso más culpable que el pater familia burgués, quien no supo dar a sus hijos la educación moral adecuada para conservar los frutos de su trabajo honesto o de sus malversaciones políticas? La familia haitiana vivió un mismo drama, tanto en el campo como en la ciudad. No son numerosas las familias que supieron o pudieron mantener su bienestar económico durante más de tres generaciones: su fortuna, originada en el comercio, en la política o en la agricultura, sufrió cuantiosa baja o desapareció. En el campo faltó la formación intelectual básica y no bastó el valor moral; en la ciudad, una educación espectacular, sin relación con las necesidades del medio, falló en la tarea de formar el valor moral.

Pero dejemos de criticar y sigamos con la formación de los *lakus*.

Siendo concesionarios o dueños de unas diez a quince hectáreas de buenas tierras en el Valle, los fundadores de familias las aprovecharon para los mismos cultivos de hoy: primero el café, que entonces crecía bien en tierras al nivel de los ríos, tierras que sostienen ahora matas raquíticas, y que han quedado empobrecidas por la pérdida de materias orgánicas, de sales y minerales; deslavadas por los aguaceros, y agotadas por el cultivo intensivo antes de que la química comprobara que los suelos tropicales son "más delicados y pobres que los de las regiones templadas."⁹

Vétilus Jean-Philippe, viejo *don* de Marbial a quien debemos el epígrafe de nuestro trabajo, era, cuando lo conocimos en 1948, un anciano de unos setenta años de edad, taciturno y amargado por la miseria reinante entonces. Tenía un cierto sentido poético y mejor que ninguno otro supo recordar con un lirismo nato, lo alegre que fué la vida de antaño. Nos dijo un día:

Cuando vivía todavía mi padre Exantus (en paz descanse), en el mes de junio habíamos beneficiado de la *primavera* y era placer para los ojos ver los jardines. El frijol maduraba ya, el maíz estaba en flecha, los emparrados se doblaban bajo el peso de las calabazas.

Alrededor de las casas crecía bastante plátano para recoger en un momento diez o más racimos y aquí mismo, donde yo también he construído, había un tupido cafetal. Mi padre me contó que para casarse lo rumbó. Ud. me oye bien, él cortó matas de café para levantar su casa.

En su concepto era aquel último gesto el más impresionante testimonio de riqueza, cortar matas de café.¹⁰ ¿Quién lo haría hoy día?

La fertilidad del suelo y el tamaño relativamente grande de las propiedades, favorecieron el desarrollo de dos rasgos culturales que estudiaremos a continuación: 1) el *laku* y, 2) el trabajo cooperativo, ambos estrechamente ligados con las necesidades de la producción agrícola. A su vez, aquellos dos elementos culturales (sobre el plan social y religioso) dieron

ímpetu a las reuniones, la etiqueta, la competencia social y al aspecto familiar del Vodú, la religión popular.

En el corto período de tiempo que va de marzo a abril, el campesino debe aprovechar la *primavera* para desmontar, limpiar sus milpas y sembrarlas. Todo lo hace con la hoz, el machete y el azadón. En mayo lucha contra la mala hierba; en junio cuenta con la cosecha del maíz sembrado en marzo. Entre julio y octubre seguirá, para la segunda temporada, el mismo ciclo de actividades ya descrito para el período de marzo a junio. El fin del año será empleado para la cosecha del café y los cultivos de riego donde la topografía del terreno lo permita.

Aunque el fundador de una familia, hacia el año de 1840, no cultivara la totalidad de su propiedad a la vez, se enfrentaba con el problema de la mano de obra. Un hombre activo puede limpiar con el azadón en una hora, alrededor de 25 a 30 metros cuadrados de terreno; pero poner unas cuatro hectáreas en cultivo, representa una tarea imposible para una pequeña familia, dentro de los límites arriba prescritos para la siembra; así, tan pronto como se llegase a un extremo del predio tendría que empezarse de nuevo a deshierbar el otro, igual como en aquel cuento haitiano de "Dios y los agricultores irrespetuosos." En lugar de limitarse a producir estrictamente para sus necesidades, el campesino de 1840 buscó y halló la manera de extender hasta donde fué posible la superficie de cultivo, para poder asegurarse una demasía de producción que utilizó en la adquisición de bienes de consumo o en la ampliación de sus bienes raíces. El sistema de la mano de obra asalariada no tenía grandes posibilidades: había demasiadas tierras disponibles para que un campesino, en lugar de obtener una concesión de tierras, aceptara ser peón o jornalero. Hay, sin embargo, pruebas de que en épocas pasadas había en cada *laku* uno o dos forasteros pobres que ayudaban en los trabajos agrícolas; no recibían sueldo y su estado en la familia no era el de sirvientes. Después de cada cosecha recibían del jefe de familia la porción que juzgaban justa para retribuirles su trabajo y permitirles comprar lo que necesitaban. Era, en pequeña escala, el sistema propuesto para los latifundios después de 1804; pero con una marcada diferencia

en su aplicación, respecto a la actitud del propietario frente a su empleado: las relaciones entre los dos no eran las de amo a sirviente, sino que se basaban, de hecho, sobre un sentido de igualdad y de respeto mutuo.

En lugar de empleados asalariados, el campesino del siglo pasado adoptó una solución a largo plazo y otra de acción inmediata. La primera era la concentración familiar sobre una misma propiedad, con la posibilidad de llegar a la explotación total de la misma, a medida que el grupo aumentara en número. Gracias a este sistema y a algún casamiento provechoso que añadía unas cuantas hectáreas a los bienes raíces de la familia, había la seguridad de aumentar la demasía de producción, hasta donde la relación entre la extensión de tierras y el número de miembros, se mantuviera en equilibrio, o dicho de otro modo, hasta donde el consumo permaneciera inferior a la producción. Pero aquel equilibrio se encontraba muy firme a mediados del siglo pasado; quizá el campesino sólo vió el futuro como un ascenso continuo del prestigio de su familia y de la abundancia que él preparaba. Ignorante, se equivocó como se equivocaron los sabios que predijeron la evolución y mejoramiento moral y material continuos de la sociedad europea. Las profecías son los más gratuitos de los errores humanos.

Para lograr sus fines, el antiguo jefe (él los pensó quizás en otros términos que nosotros), no hizo uso de moderación o de la persuasión; usó la coerción, fué autoritario, hasta la tiranía. En este respeto y en el modo de imponer su autoridad, no se apartó de la tendencia que prevalecía en la política general del país; pero aun así hay que notar una diferencia en los resultados logrados; cuando en las ciudades los militares conseguían, como fruto de sus actos arbitrarios, inestabilidad y *coups d'état*; en el campo, el jefe de *laku* logró algo positivo: la formación de la familia rural y el buen funcionamiento de un sistema económico que aseguró bastante bienestar a tres generaciones. Uno de los pecados *mignons* del ciudadano de entonces, fué su afán de "tener autoridad", de ser jefe para gozar de privilegios y prerrogativas, sin preocuparse demasiado de las obligaciones correspondientes a su cargo. El campesino también quiso ser y fué jefe; pero aceptó las res-

ponsabilidades y los *lakus* florecieron. Dejemos la palabra final a un viejo marbialés: "Le digo, trabajamos muy duro, muy duro, y nuestros padres nos pegaban por el menor descuido, pero nos enseñaron con su ejemplo a trabajar para poder vivir. Nadie flojeaba."

Tampoco hay que exagerar e imaginarnos la vida de entonces como un infierno para la juventud. Ciertamente fué lo bastante dura para que algunos espíritus "rebeldes", como nos dijo un informante, se fugaran para siempre de la casa paterna; pero se comía bien, había bailes con violines y golasinas, concursos de lucha de bastones los domingos, disfraces durante el carnaval, diversiones todas que hoy solamente se recuerdan. . . El hecho para nosotros más revelador de la abundancia de aquellos tiempos, fué lo que nos contó Jean-Philippe Jean-Philippe nieto:

Una de mis obligaciones era la de dar de comer a dos mastines que vigilaban el *laku*. Les preparaba cada día maíz molido, cocido con grasa, y un pedazo de carne de puerco tan grande como mi mano. Cada uno recibía un cazuela llena y comía a gusto.

Hoy día el haitiano no parece otorgar ningún cuidado a sus animales y en el campo es casi imposible ver un perro gordo.

La agrupación familiar en *laku* fué una solución a largo plazo, destinada a contribuir a la eliminación del problema de la mano de obra. Su resultado inmediato fué el desarrollo del trabajo agrícola en cooperación, el cual asumió varias formas y dió lugar a numerosas manifestaciones sociales. Podemos considerar, creemos, el trabajo cooperativo como la máxima prueba del sentido organizador del haitiano rural.

Sea que el campesino conservara el recuerdo del trabajo en común en los latifundios coloniales o sea que reminiscencias africanas¹¹ lo guiaran o se sumaran a sus experiencias coloniales, lo esencial por el momento es que adoptó las medidas más adecuadas a sus necesidades y recursos económicos y las ambiciones sociales que fomentaban aquellos recursos, porque no debemos considerar solamente los *coumbites* y las socie-

dades agrícolas en lo que respeta a sus actividades agrarias; pues no menos importantes fueron sus repercusiones sobre las relaciones sociales.

Las sociedades Djuba, Mazon, Congo y Olandé han desaparecido casi por completo en el Valle. La única que sobrevive, por ser quizá de formación más reciente, es la *Vaccine*, que usa tubos de bambú como trompetas.¹² Una antigua sociedad era una organización complicada con una estricta jerarquía; había un presidente, que era siempre el jefe del más importante *laku* donde se reunía; sus ayudantes llevaban nombres apropiados. La *reina-bandera* era encargada de las insignias, el *laplace* era una especie de maestro de ceremonias, el gobernador tenía a su cargo la distribución de las bebidas y viandas; por último, copiado de los títulos administrativos, había un ministro de Guerra y un ministro de Hacienda.

El propósito de las sociedades difería tanto como sus nombres; por ejemplo, según varios informantes, la congo era más bien religiosa y social. No participaba en las tareas agrícolas, sino que cada sábado se reunía en la noche para bailar al ritmo de tambores sagrados, del *jukuju* y del *shansi*; estos dos instrumentos ya han desaparecido.¹³ También tomaba parte en las "últimas plegarias" mortuorias que eran ocasiones más bien de festejo. Ser presidente congo era un título que imponía gastos serios, pero que confería mucho prestigio.

La sociedad Olandé se encargaba del cultivo. Al parecer, el nombre proviene de *holandés*. Según nos informó una dama de Jacmel, a fines del siglo pasado llegaron a Jacmel algunos habitantes del Suriname; sus costumbres fueron adoptadas por el campesino, del mismo modo como adoptó más tarde la *vaccine* cubana. Un nuevo dios, el *loa* Olandé, enriqueció el panteón Vodú. La sociedad Olandé así como la Djuba, se ocupaban en desmontar, sembrar y cosechar los predios. Había en ciertas ocasiones hasta 180 miembros, quienes, descontando los músicos, podían fácilmente preparar dos hectáreas en una jornada, si fuera necesario. Para trabajos de menor importancia se daba una *corvée* a cada miembro o un *van jout*; un "antes del día", es decir, unas tres horas de trabajo que empiezan poco después de la salida del sol. Si un miembro no necesitaba la ayuda de la sociedad, cuando llegaba su turno

para beneficiarse de ella, podía ceder dicho beneficio a un tercero, a cambio de una pequeña suma.

Con los recursos agrícolas de sus tierras y una pequeña cantidad de dinero, un campesino podía dar una buena comida a la sociedad a cambio de sus servicios. El trato era provechoso: ahorraba tiempo y dinero. ¿Cuánto hubiera costado el emplear trabajadores asalariados? Entrar en los detalles de la organización y de las ventajas que ofrecía el sistema de trabajo en cooperativa, nos llevaría muy lejos; mas para nuestros presentes propósitos, basta reconocer que desde el punto de vista económico fué una solución ingeniosa del problema de la mano de obra escasa, además de que las sociedades agrícolas son un excelente medio de unión entre las diversas familias de la comunidad. La necesidad de competir con liberalidad durante las reuniones, desarrolló el sentido de generosidad, de hospitalidad del campesino. En una palabra, aquel sistema fué una justa retribución a sus dotes de organizador y a su laboriosidad.

Ahora bien, hemos dicho que la formación de los *lakus* y sociedades agrícolas dieron ímpetu a un aspecto poco conocido del Vodú, la religión popular de Haití: el padre de familia, a sus obligaciones económicas, morales y sociales, añadió las de jefe religioso. En 1850, el Vodú ya había perdido aquel empuje fanático brotado, en las postrimerías de la época francesa, del justo afán de libertad de los esclavos. Había jugado importante papel en la lucha contra la opresión colonial, y fué un poderoso factor moral que unió en un solo cuerpo ofensivo a las masas serviles. Después de la Independencia, la ausencia de un clero católico y protestante adecuados, le dejó el campo libre para su desarrollo. Terminado su papel político, el Vodú vino a asumir un nuevo aspecto: el familiar. Sin tener que ser necesariamente *bungan* o sacerdote, el jefe de *laku* estaba obligado a celebrar los ritos privados de la familia en honor de los *loas* o dioses que moraban sobre la propiedad o cuyo culto se había heredado de los antepasados. El primer día del año, la familia, siguiendo al jefe en procesión, daba la vuelta a la propiedad, echando puñados de "comida seca" (maíz, mijo, pan) a los espíritus "buenos y malos" del *laku*, en agradecimiento por su protección du-

rante el año que había pasado y en solicitud de ayuda para él que empezaba. Del mismo modo, el primer maíz maduro era ofrecido en primicias a los dioses protectores de los predios. Otras ceremonias sí requerían la presencia del sacerdote vodú porque eran ofrendas importantes que implicaban largos y costosos ritos.

A nuestro modo de ver, el culto de mayor importancia que se desarrolló dentro de la familia, fué el de los *marassa* o gemelos, de indudable origen africano.¹⁴ En vida, cualquier mellizo goza de poderes extraordinarios. Por ejemplo, en Marbial, recogimos las dos anécdotas siguientes:

Raúl era gemelo pero chupó a su hermano que murió. Tiene muy mal carácter y todos le temen. Porque su hermana no le quiso vender fiado, la hizo caer con todo su "comercio" en el río. Un día, en la escuela, su hermano Arnol no le quiso prestar un lápiz. Raúl "amarró" a Arnol, quien se quedó ignorante, incapaz de aprender. . .

Cuando mueren los gemelos, la veneración de que fueron objeto en vida no cesa: reciben ofrendas anuales, plegarias y demandas. Su culto era muy importante en las familias, aun cuando algunas de ellas no recordasen haber tenido *marassa* entre sus antepasados. ¿Cuál fué el motivo de la popularidad del culto? Price-Mars, en un estudio sobre el Culto de los Gemelos,¹⁵ atribuye dicho éxito al deseo del campesino de tener muchos hijos que lo ayudan en el campo: tener mellizos era seña del favor divino. La explicación nos parece muy justa y corrobora nuestra tesis de la formación de los *lakus*, con el propósito (entre otros) de proveer la mano de obra necesaria al cultivo de propiedades relativamente extensas. Pero cabe añadir otra observación acerca de lo que llamamos el funcionalismo de la aculturación.

Durante la época colonial muchos autores se asombraron del bajo índice de nacimientos entre los esclavos.¹⁶ Algunos atribuyeron tal hecho al clima moral poco favorable; también otros lo explicaron por el bajo porcentaje de aumento de la población servil debido al infanticidio. Creemos que las explicaciones propuestas son correctas para ambos fenómenos.

El naturalista francés Descourtilz nos dice que "una negra arada...confesó haber envenenado...a más de setenta niños para sustraerlos de la esclavitud."¹⁷ Después de la Independencia, el infanticidio desapareció cuando las necesidades económicas y la formación de la familia requirieron un gran número de hijos; entonces el culto de los *marassa* asumió tremenda importancia. Hoy día, la costumbre se ha integrado al código moral del campesino. Como prevalece una gran libertad en la formación de las uniones, un alto porcentaje de los hijos son ilegítimos y una *fille-mère* no tiene por qué deshacerse de una criatura para salvar su honor, como suele ocurrir en los centros urbanos. Aunque sea niño ilegítimo, un hijo es siempre una "bendición de Dios." En Marbial, por ejemplo, el infanticidio es un hecho excepcional, a pesar de las duras condiciones económicas prevalecientes.

En resumen, durante la primera generación, la de los fundadores de *lakus*, las familias conocieron una época de rígido control bajo la potestad de los *grandets*. Empezó la extensión, en número, del grupo, y se establecieron las reglas del trabajo agrícola en cooperativa. Los bienes raíces de la familia aumentaron más por casamientos o *plaçages* que por compra; pues la necesidad de ampliarlos no se hacía sentir todavía.

Muerto el fundador, su autoridad pasó, casi sin disminuir, al mayor de sus herederos, quien ejerció las funciones de jefe religioso y social, mientras su poder en los asuntos económicos sufrió un descenso a causa de la repartición de la tierra entre sus hermanos y él. El día primero del año el nuevo jefe esperaba a todos los miembros del *laku* en su casa para que viniesen a saludarle. Tenía a su cargo el mantenimiento de la parafernalia religiosa (tambores, banderas y vajilla sagrada) sin que nadie le ayudara en los gastos. Su decisión era la última palabra en los consejos de familia y ningún hijo, sobrino o sobrina, se casaba sin su autorización. Como la superficie de tierra cultivada alcanzó en general mayor extensión que durante la generación anterior, fué la época de la segunda generación, la edad de oro de los *lakus*; era cuando todo campesino que se respetaba "poseía buen caballo y buena silla de montar." Las familias que hoy producen unos dos-

cientos kilos de café, cosechaban entonces quinientos. Algunas se compraron casas en la ciudad de Jacmel.

Habían conquistado la felicidad, a pesar de las enfermedades tropicales que les mataban, a veces de repente y a pesar del descuido de la clase urbana por su suerte; habían aprovechado la libertad ganada en 1804, para formar la familia rural haitiana. Habían trabajado.

Honor a su memoria,

Capítulo IX

DECADENCIA Y REAGRUPACIÓN

Las causas del desequilibrio familiar en Marbial fueron múltiples y de carácter diferente. Algunas de ellas fueron inevitables; otras tuvieron sus raíces en el sistema económico adoptado por los fundadores de los *lakus* y, por último, sobrevinieron nuevas causas que brotaron de las anteriores y que aceleraron sus efectos. En otras palabras, se sumaron causas sociales y materiales; factores internos y externos; causas locales y nacionales; formando en cuanto a sus resultados sobre la estructura familiar y la economía rural, un conjunto cuyos elementos son interdependientes y cuyo papel particular es difícil a veces de precisar.

El desequilibrio familiar se manifestó primero en la organización social de la tercera generación, cuando este grupo perdió su unidad. Durante las dos primeras generaciones, las familias de Marbial estuvieron bajo el control efectivo de un jefe de *laku*, cuya autoridad regularizaba las relaciones entre los miembros, guiándolos en sus actividades económicas y sociales hacia el bienestar común y la armonía entre hijos o hermanos. El poder del jefe desapareció en la tercera generación, dejando un campo abierto a la competencia y a los pleitos entre primos. Basando nuestras observaciones sobre la opinión cuidadosamente estudiada de viejos informantes, podemos afirmar que, hacia 1915, la familia rural en Marbial¹ entraba en una nueva fase evolutiva. A las relaciones *familísticas*, "impregnadas del sentimiento de amor mutuo, de devoción y sacrificio," como dice Sorokin², sucedían la tirantez, la desconfianza y la envidia en los *lakus*. Por respeto a la tradición se mantuvo la apariencia de la unidad familiar, pero dicha unidad había cesado de existir; las ambiciones personales, una vez liberadas del control de los jefes, empezaron a manifestarse con toda su fuerza desintegradora dentro de la familia. Se iniciaba la penosa época de los pleitos judiciales

sobre los repartos de tierras y de la tenebrosa lucha entre parientes por medio de operaciones mágicas que forzaron a ramas enteras de algunas familias a desterrarse e ir a vivir a Léogane, Cabo-Rojo o Puerto-Príncipe.

La desaparición del jefe de *laku* trajo consigo un marcado receso en las actividades de las sociedades cooperativas y en el culto familiar *vodún*; las condiciones económicas no permitieron al campesino aceptar títulos honoríficos ya que estos imponían elevados gastos y en cambio sólo otorgaban prestigio. No queremos decir que la desaparición del jefe de *laku* fué un hecho puramente económico; sino más bien nos inclinamos en favor de que fué el resultado de la disminución de los lazos de parentesco en los *lakus* y la formación inevitable de lo que hemos llamado en un capítulo anterior los sub-*lakus*. En efecto, la decadencia de las sociedades cooperativas y del culto religioso, tiene una causa social y otra económica, esta última de mayor importancia aún. Viéndolo bajo cierto ángulo, llegaríamos a exponer el problema de la decadencia familiar como un hecho únicamente económico; pero no lo haremos por una sencilla razón; encontramos en las familias que estudiamos que ninguna presentó un mismo patrón de desintegración. En una familia el problema agrario se impuso, a temprana hora y con suma agudeza; en otra, la rivalidad o el odio entre dos primos produjo la división, aun antes de que la presión demográfica obligara a determinada rama de una familia a abandonar el *laku*. Por esta razón empezamos la exposición de la decadencia familiar con el cese del mando unificado en la tercera generación. Si el problema agrario, base de la economía, hubiera sido el motivo llave de la decadencia ¿por qué ésta no se manifestó desde la segunda generación? A la muerte de los *grandets*, fundadores de los *lakus*, a pesar de que hubo una división legal o, por lo menos, formal, de la herencia agraria, quedando los *lakus* bajo el mando del mayor de los hijos, el bloque familiar alcanzó su apogeo. Es probable que la escasez de tierras no se había hecho sentir todavía, como sucedió alrededor de 1915; pero no podemos negar que el poder del mayor de la familia contribuyó felizmente a mantener la unión y la estabilidad en medio de las condiciones adversas, creadas por los disturbios políticos o

climáticos. Más tarde, cuando faltó el poder moral, los problemas económicos cobraron una importancia tremenda y la busca de su solución, en lugar de ser un esfuerzo familiar, como en el pasado, tomó una forma individual. Expondremos en seguida las razones económicas de la caída de las familias marbialesas; pero antes queremos hacer hincapié en que debemos tener presente y nunca olvidar los motivos sociales que al mismo tiempo influyeron en los efectos de dichas causas económicas; ambas corrientes formando la trama y la urdimbre de la tragedia rural.

La quiebra económica en Marbial puede resumirse sencillamente: en menos de cuarenta años, el nivel de vida de las antiguas familias pasó del estado de bienestar, al de miseria. ¿Qué fué lo que ocurrió? El margen de seguridad sostenido por la demasía de producción, disminuyó bruscamente cuando el consumo y las necesidades del campesino se igualaron, para luego exceder aquellos a sus posibilidades de producción. Explicar el fenómeno en sí no es difícil, pero para entender la causa de la rapidez con la que se produjo dicho fenómeno, es necesario una ampliación de nuestra visión a fin de poder abarcar las condiciones económicas locales y nacionales; tanto de la estructura social en el Valle como fuera de él; así como de las costumbres rurales y de las leyes vigentes. Empezemos con el problema local agrario en Marbial.

Dijimos en el Capítulo VIII que al fundarse los *lakus* con una extensión de tierras generalmente superior a 12 o 14 hectáreas, los jefes de familia se enfrentaron con el problema de la escasez de la mano de obra requerida para el cultivo de una porción capaz de asegurarles un exceso en la producción de sus bienes raíces; exceso que necesitaban para adquirir bienes de consumo o para establecer su prestigio en la comunidad por medio de actividades sociales. Dijimos también que resolvieron el problema de la mano de obra fomentando el desarrollo de las sociedades cooperativas agrícolas y tratando de tener muchos descendientes (método que calificamos de solución a largo plazo). Pero esta segunda solución fué un arma de doble filo, o, para sugerir otra figura: un bumerang. Una familia numerosa gozaba de prestigio y tenía un buen número de brazos disponibles para las faenas del campo; pero,

a la larga, era una carga pesadísima a causa, tanto de las condiciones sociales del medio haitiano como de su ley. El campesino en Marbial no quería mandar a sus hijos a la ciudad para que aprendiesen a leer o seguir una carrera, fuese la de sastre, zapatero, herrero, licenciado o médico. Él tenía hijos para que lo ayudasen en el campo y viviesen a su alrededor. Además, aun cuando accediese a apartar alguno de sus hijos de él, no era fácil para el joven marbialés abrirse paso en la ciudad; esto sin contar con la opinión de la juventud campesina que consideraba más segura la vida en el seno de su familia, al tener la certeza de ser algún día propietario de un buen lote, que la arriesgada posibilidad de triunfar en un medio urbano desconocido. Las condiciones políticas (la leva forzosa) y sociales, aislaron y mantuvieron al campesino en la zona rural. Durante las dos primeras generaciones hubo escasísimos casos de emigración entre las familias; no había necesidad de hacerlo.

Ahora bien, la ley reconoce derechos iguales sobre el patrimonio familiar a todos los hijos, sin consideración de sexo, que gozaban de una misma categoría social; pero cuando entre los herederos había hijos naturales y legítimos, el Artículo 608 decretaba que los naturales recibiesen solamente la tercera parte de la herencia atribuída a los legítimos.³ La división de la propiedad rural entonces dependía directamente del número de descendientes vivos y aquel número a su vez dependía de las necesidades económicas que llevaran a las familias a tener tantos hijos como pudieran. El campesino ignora numerosas prescripciones y obligaciones de los Códigos Rural y Civil sin hablar de las recomendaciones de la Constitución; pero, en lo que atañe al derecho de sucesión, adopta sin vacilación las decisiones del Código Civil. Nunca piensa o trata de establecer costumbres de herencia fuera del camino trazado por la ley; a pesar de su posición inferior, la hija no sufre, como sucedía en Suiza⁴, discriminándola y atribuyéndole una dote a cambio de su derecho sobre el bien raíz. Aunque hemos registrado algunos casos de favoritismo en la repartición de las tierras, no sabemos de ningún hijo, mayor o menor, que haya sido heredero único como lo prescribía el *Anerbenrecht* alemán.⁵ El único rasgo particular que hallamos en Maribal fué comprobar, muchas veces, que el hijo me-

nor heredaba, además de su lote, la casa paterna, costumbre conocida también en Suiza y que Escher⁶ explica con el hecho de que el padre, después de haber dividido sus bienes, sigue ocupando su casa hasta su muerte en compañía de su hijo menor.

Inspirándose en los principios igualitarios de la Revolución Francesa, los legisladores haitianos no trataron de evitar la división de la propiedad rural imponiendo medidas discriminatorias. Quizá, ni siquiera pensaron en la división del bien raíz rural y en sus consecuencias; pero, creemos, resultó ser una omisión benéfica que correspondió a las condiciones nacionales existentes, sin querer por eso aprobar aquellas condiciones y dejar pensar que *tout était pour le mieux dans le meilleur des mondes*.

Es interesante imaginarnos lo que hubiera sucedido si el Código Civil de Haití, promulgado en marzo de 1825, hubiera establecido, por ejemplo, el derecho del mayorazgo en materia de sucesión. En Europa, entre los campesinos alemanes o suizos sin tierras, los hijos menores tenían el último recurso de enlistarse como lansquenets; otros seguían la carrera religiosa, iban a las colonias y (oportunidad que aumentó con la Revolución Industrial) trabajaban en las ciudades. El ejército, la armada y la industria absorbían los que no podían ser campesinos; la población urbana alcanzó y sobrepasó luego la población rural. Se formó el proletariado; en muchos países la lucha de clases cobró virulenta forma aun después de la abrogación del derecho de sucesión eliminatorio. ¿Cuál hubiera sido el efecto en Haití? Podemos afirmarlo, sin temor de equivocarnos: una miseria mayor a la de hoy. Probablemente la población sería menor a como es actualmente, pero no lo suficientemente reducida como para poder evitar que el conjunto de los hijos sin tierras formasen en el campo una clase de peones o de trabajadores explotados. ¿La emigración a las ciudades? Trasladaríamos el mismo problema a otro plan. Concentrados en los tugurios, sin esperanza de ganar su vida en una industria inexistente, los "sinttierras" formarían un grupo descontento y dispuesto a seguir el camino de la violencia, frecuentemente abierto por los disturbios políticos. La institución del sistema de heredero único en Haití, hubiera

creando una minoría rural rica, pero, a la vez, hubiera determinado problemas sociales y económicos más agudos que los actuales y en un tiempo más corto. Adelante expondremos otros aspectos de la emigración campesina a la zona urbana; aquí nos referiremos al meollo de la cuestión agraria.

Basta con exponer el caso verídico de una familia cuya situación económica hoy día no es de las peores, para presentar una idea concreta de la tragedia ocurrida en Marbial en el corto lapso de un siglo. Alrededor de 1840, un fundador de *laku* poseía 12 hectáreas, a las cuales debemos añadir 2 más que él compró posteriormente y 4 que su esposa heredó; o sea un total de 16 hectáreas en tres lotes. He aquí lo que sucedió con esa herencia.⁷

<i>Generaciones</i>	<i>Superficie por heredero</i>
Primera, una pareja, en 1840	16 hectáreas
Segunda, cuatro herederos, en 1870	4 "
Tercera generación, en 1910	
Primer heredero, 3 descendientes	1.33 "
Segundo heredero, 2 descendientes	2 "
Tercer heredero, 5 descendientes	.80 "
Cuarto heredero, 5 descendientes	.80 "
Cuarta generación, en 1940	
Total de 23 herederos	.32 promedio
Quinta generación con un número en proceso de aumento y todos los descendientes menores de edad en 1948.	

La repartición arriba expuesta es exacta hasta la tercera generación, ya que muchos descendientes abandonaron el *laku* y vendieron su herencia a parientes cercanos, iniciándose la época de desintegración a la cual hemos aludido al principio del capítulo. Además, en el cuadro de repartición no hemos tomado en cuenta, desde la segunda generación, el aumento que ha percibido cada descendiente a consecuencia del casamiento o establecimiento, pues por regla general la dote de la mujer consiste en su parte del bien raíz familiar. Tampoco hemos tomado en cuenta la compra de nuevas tierras, aparte de la herencia. Pero esas dos perspectivas de mejoramiento aportan, de hecho, poco alivio a la cuestión agraria; la última, sobre todo, logra más de una vez, agravar la escasez de tierras

por paradójica que parezca dicha consecuencia. Antes de discutirla, estudiemos brevemente la aportación de la mujer a los bienes agrarios del campesino.

Los datos que obtuvimos indican, como es natural, un descenso en el tamaño de la dote de las mujeres: en la primera generación, la dote fué en general superior a 3 hectáreas para luego, en la tercera generación, disminuir hasta una hectárea. Hoy día son raras las mujeres que pueden asegurar una hectárea a sus futuros esposos. Un matrimonio de la tercera generación podía, con suerte, juntar dos hectáreas, o tres a lo sumo, para fundar su familia al mismo tiempo que tenía pocas posibilidades para adquirir una nueva superficie de tierra capaz de compensar la exigüidad de su capital agrario. En materia económica, el aumento del bien raíz vino a ocupar el primer rango en el pensamiento de la tercera generación. Ya dijimos que la ausencia de una autoridad aceptada por todos los miembros de la familia hizo que brotasen costosos pleitos que, muchas veces, forzaron a la venta de la mayor parte o la totalidad de la herencia a fin de pagar los abogados. El altísimo costo y la escasez de la propiedad, debidos a la rápida ocupación del Valle y al crecimiento de la población, empujaron al campesino a abandonar su antigua ética de unidad familiar para luchar individualmente por la supervivencia propia. El campesino orientó su esfuerzo económico hacia una meta fija: la compra de tierras. Para lograr este fin el marbialés tratará de adquirir, durante la época de sequía, un becerro o un puerco; lo engordará, tanto como lo permiten sus recursos, para venderlo con una pequeña ganancia. Si tiene la suerte de poder repetir la hazaña dos o tres veces, el capital más el interés producido le permitirán comprar con su dinero un pedazo de tierra, un predio de unos cuantos cientos de metros cuadrados. Pero él tratará de adquirirla no muy lejos de su domicilio ya que si esta está situada a dos o tres kilómetros tendrá que recurrir a una de las dos soluciones siguientes para asegurarse el fruto de su trabajo: 1) tomar una concubina o 2) cultivar la parcela en *démwatié*, es decir, confiar su cultivo y cuidado a otro campesino a cambio, aproximadamente, de la mitad de la cosecha. La primera solución nos permite discutir aquí la tesis paradójica de las tierras adquiridas.

Alrededor del año de 1880, cuando un marbialés compraba un lote para aumentar sus posesiones, raras veces lo podía hacer en la vecindad de su domicilio; pero, en esa época podía adquirir una hectárea por veinte o treinta dólares. Superficie que le justificaba una "mujer de predio" quien se encargaría de atenderle el terreno a pesar de que estuviera lejos de su hogar (como veremos adelante en detalle, he aquí el porqué de la tesis paradójica, puesto que con dicha mujer, el campesino tendrá hijos con derecho de sucesión). Ocurre que entre todas las familias, cuya historia sirve de base para nuestro estudio de la decadencia, aparece el caso del concubinato-económico a veces desde la primera generación. Esa comprobación no implica que todos los campesinos que compraban tierras, tomaban una "mujer de milpa"; demográficamente hubiera sido imposible—faltarían mujeres;⁸ pero, en 1950, el Censo registró 367 mujeres *placés* más, que hombres enumerados en la misma categoría. Eso quiere decir que en las secciones de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial, alrededor del 9 % de las parejas casadas y *placés* eran poligínicas. (Observemos de paso que en la sección de Fond-Melon, donde en 1948 la condición económica era la mejor, había 207 casos de poligamia aunque su población era inferior a la suma de las otras dos secciones. La sección de Marbial, la más afectada por la miseria, tenía solamente 19 casos de parejas poligínicas.) Por falta de datos precisos, no podemos saber si, alrededor de 1880, la poligamia fué más común en el Valle; solamente podemos suponer que sí lo fué debido a que entonces se vivía en mejores condiciones económicas. Pero lo que nos interesa aquí es el efecto de la costumbre sobre el bienestar familiar. Aquel efecto tuvo dos consecuencias.

La primera consecuencia de la poligamia fué el aumento de la población y consecuentemente del número de herederos potenciales. Cuando el campesino establecía una "mujer de milpa" sobre una propiedad lejana, y no era casado sino únicamente *placé*, podía reconocer como naturales a los hijos nacidos de aquella unión, dándoles, por este acto legal, derecho de herencia sobre el bien raíz. Muchas veces los "niños de afuera",⁹ naturales o ilegítimos recibían, por disposición testamentaria, el terreno que habían cultivado con su madre.

Como aquel terreno era generalmente de poca extensión, la rama de "afuera" de la familia empezaba su vida con una grave desventaja económica: una hectárea, o menos, para 3 o 4 descendientes.

La segunda consecuencia salta ahora a la vista: los hijos de la primera unión (los establecidos sobre la propiedad original) perdían el beneficio de los ahorros de su padre y, en parte, el fruto de su propio trabajo, puesto que ellos también contribuyeron a reunir los ahorros. En resumen, para explicar la paradoja, la compra de terrenos en lugar de prevenir o aliviar el problema agrario de una familia, lo agravaba en muchos casos, y se presentaba con toda su fuerza para los hijos de la "mujer de predio". Hoy día, dándose cuenta del poco valor económico del concubinato poligínico, el campesino adopta de preferencia el sistema del *dennwatié*. La población de Marbial conservará, creemos, por algún tiempo la costumbre de *placer* en lugar de casarse; pero también el número de matrimonios irá aumentando y con él una nueva actitud de desprecio se formará hacia los hijos ilegítimos, quienes, en tiempos no muy lejanos, no sufrían de ningún prejuicio social.

En 1950, sobre un total de 3,926 parejas, el Censo reveló que la propiedad particular de 2,758 era inferior en extensión a 1.32 hectárea; después de seis meses de investigación en Marbial, podemos afirmar que del total de las 2,758, por lo menos el 50 % eran dueñas de "jardines" cuya superficie variaba entre 25 y 50 centésimos de hectárea en terrenos de fuerte pendiente, erodados y empobrecidos. Ahora llegamos a la consecuencia final de la división de la propiedad rural: el peligro para el campesino de perder su herencia. Ya hemos indicado que algunas familias perdieron sus tierras en pleitos; pero existen otras causas sociales y económicas.¹⁰ Únicamente cuando el marbialés quiere desterrarse definitivamente de la región, llega voluntariamente al extremo de deshacerse totalmente de sus tierras. Ya que al venderlas y quedándose en el Valle, tendría pocas probabilidades para poder comprar un mejor lote con el precio de venta del primero e inevitablemente caería en la más honda miseria, llegando a ser un "va-

gabundo”, un sin tierra que para comer trabajará como jornalero sobre las propiedades del prójimo.

Se recordará el lector del empeño del campesino en asegurarse, por todos los medios posibles, un entierro decente. Su pedazo de tierra, dijimos, era su último recurso; deshacerse de ella equivaldría a la muerte social. Más y más campesinos, incapaces de ganar su vida con el producto de sus pequeños predios, buscan la manera de completar sus ingresos trabajando como jornalero en las plantaciones de los pocos marbialeses cuyas propiedades son todavía demasiado extensas para ser cultivadas solamente por la familia; otro medio que adoptan es el tomar un “jardín” en *dennwatié* aun cuando el “jardín” esté a varios kilómetros de distancia, inconveniencia que incluye riesgos de robo y pérdida de tiempo en trasladarse de un predio a otro durante la breve temporada favorable a la siembra. Así, logran comer suficiente para tener fuerzas para trabajar y “no perecer de hambre”, pero el salario no les permite ahorrar, ni les deja un margen de seguridad contra las catástrofes que pueden embestir una familia: enfermedad, muerte, sequía o inundaciones. En tiempos pasados, en caso de emergencia, un *grandet*, sacaba cien libras de café de su bodega y las vendía al contado en la ciudad o podía pedir prestado veinte o treinta dólares del “especulador” en café de Jaemel, con la seguridad de poder pagarlos, interés y capital, con la venta de la próxima cosecha. Hoy, “pedir dinero prestado es cortarse el cuello”, como nos dijo un informante. La solución adoptada actualmente es la venta parcial de la propiedad o la “hipoteca”¹¹ sobre ella. En casos de enfermedad grave o de muerte, el costo de la curación o del entierro será menos gravoso para la familia si hay muchos descendientes: todos contribuirán a los gastos. Por ejemplo, si se muere un tío o una tía sin descendientes, todos los sobrinos presentes repartirán entre sí el costo del velorio, del entierro y de las plegarias. Pero cuando se muere una madre, antes de que sus hijos tengan recursos propios, todo estará a cargo del esposo. En un caso, Saintpleur Denis, heredero único, tuvo que vender la tercera parte de su herencia (un cuarto de *carreau*) para afrontar parte de los gastos ocasionados por la muerte de su madre; el resto del dinero lo pidió prestado al fuertísimo in-

terés de 5 % mensual, y Saintpleur Denis tenía suerte; no faltan usureros que logran prestar dinero al 10 % mensual. . . Mas, su explotación de la población rural no cesa aquí. Nos han contado en Jacmel que muchos usureros ciudadanos se enriquecieron a costa de los campesinos de la manera siguiente: contra un préstamo de 10 o 15 dólares, obligaban a sus apresurados clientes a entregarles sus títulos de propiedad como garantía. El día del plazo, el acreedor se escondía en su casa o se ausentaba intencionalmente; el deudor ingenuo volvía el día siguiente sin más éxito. Al cabo de una semana se cansaba y el ciudadano obtenía en justicia el embargo sobre la tierra por falta de pago.

Para muchos, la decadencia empezó con una muerte o una enfermedad. Una curación puede ser tan costosa como un entierro. Cuando se enferma alguien de gravedad, muchas veces se interpreta el mal como una "cosa no natural", es decir, de origen mágico y, entonces, hay que consultar el *hungan* o el *bocor*, quien prescribirá un tratamiento a la vez psicológico y fisiológico. Si su ciencia falla en aliviar al enfermo (como ocurre muchas veces), la familia consulta un médico de Jacmel. La suma de los dos honorarios a veces obliga a vender un pedazo de tierra o a dar un predio en "hipoteca" para tres o cuatro cosechas.

Afortunadamente, la vanidad retrocede delante de la realidad económica y pocos campesinos hoy día comprometen sus precarios recursos para dar a un pariente muerto funerales extraordinarios: consideran que un ataúd "decente", un velorio con "algo" de beber y la ceremonia en la capilla católica o protestante, bastan para apaciguar el alma del difunto. Un informante, Lafayette Juan-Bautista, resumió la situación actual con humorismo y realismo:

Fíjese, en el pasado, los muertos "mataban" a los vivos y los vivos se dejaban matar por miedo de ser criticados por la sociedad. El alto costo de los entierros hacía que la fachada de la casa se volviera la parte trasera.¹² Hoy sufrimos demasiado de la miseria para que los muertos entren también en el baile. Recuerde Ud. el proverbio que dice: "El muerto nunca sabe el precio de su ataúd. . ."

Pero la muerte y la enfermedad no son las únicas desgracias que acaecen repentinamente sobre la familia rural; hay también catástrofes de naturaleza tal que arruinan de un golpe, familias enteras, destruyendo en un solo día, los esfuerzos de largos años de trabajo. Algunos escritores han subrayado el hecho poco alentador de que las grandes fechas de la historia son marcadas por eventos trágicos: guerras, pestes, levantamientos de pueblos contra sus gobernantes, pugnas religiosas o asesinatos; raras son las referencias alegres que marcan fechas memorables en el doloroso camino de la Humanidad.

El campesino marbialés, aislado de las corrientes históricas, en el pequeño valle que habita, rinde el mismo triste homenaje al dolor. Los acontecimientos que utiliza para situar el desarrollo de su familia o el suyo propio en el tiempo, son todos sombríos. Para darnos una idea de su edad, los ancianos decían por ejemplo: "Cuando la (epidemia de) viruela del Presidente Salomón (1882), yo tenía alrededor de siete años." Otro informante situaba la fecha de su casamiento como "poco antes del 'Agua del 12 de agosto'", violento desbordamiento del río Gosseline, que ocurrió en el año de 1914. "Mi hijo mayor —reflexionaba un tercero— nació durante el 'Hambre-tres-por-diez,'" dura escasez de alimentos que asoló a la región en los primeros años de este siglo y que tomó su nombre del hecho de que tres camotes se vendían por diez centavos de *gourde*.¹³ Creemos que el año de 1948 ha entrado ya en la cronología marbialesa. Fué un año terrible por la tremenda sequía con la cual empezó y, después, por las inundaciones; pero, también, 1948 marcará un evento feliz en las memorias: la iniciación del Proyecto-Piloto, primer esfuerzo hecho para resolver en conjunto los problemas educativos, sanitarios y económicos del Valle.

Los efectos de una inundación o de una sequía son generalmente fatales para una familia: pocas tienen reservas y ahorros para sobrevivir a la calamidad y tendrán que pedir un préstamo, vender parte de sus tierras o darlas en arrendamiento.

Para acabar con el sombrío cuadro del problema agrario, hablemos del agotamiento del suelo que ha sido acelerado por los métodos de cultivo y la densidad de la población. El cam-

pesino haitiano prepara por el procedimiento de *brwa neuf*, el terreno virgen para recibir la siembra, del mismo modo como se prepara la *milpa* en México, el *ray* en la Indochina y el *comuco* en Venezuela:¹⁴ se procede a la quema de la vegetación, operación, nos dice Gourou, que enriquece el suelo en potasio pero que, al mismo tiempo, destruye el nitrógeno y el humus y elimina la posibilidad de emplear las hojas como abono verde; incluso el potasio no representa una ganancia estable porque la forma de carbonato soluble que toma con la quema, hace que las lluvias lo laven muy pronto.¹⁵

En el caso de Haití, no solamente se presenta el problema de la pobreza típica de los suelos lateríticos de las regiones tropicales, sino que los suelos son poco profundos por haber sido formados principalmente en zonas de declive que corresponden a las montañas.

De ese modo, a la pérdida de algunos elementos alimenticios para las plantas características de los suelos lateríticos, se suma la destrucción mecánica que produce la erosión en regiones de declive montañoso.

El proceso de destrucción o de disminución en el rendimiento de los suelos del Valle de Marbial, que se describe en el presente capítulo, se pudo operar en el curso de pocas generaciones como resultado del carácter laterítico y del escaso espesor de los suelos que corresponden a los declives montañosos; es decir, se trata de una decadencia económica causada en gran parte por la destrucción del suelo que es uno de los básicos recursos naturales.

Sin embargo, la práctica agrícola haitiana tiene algunos elementos buenos; por ejemplo para compensar la falta de terreno, que es muy aguda, el marbialés siembra a la vez en una milpa una gramínea (maíz o sorgo) y una leguminosa (frijol); cuando él se da cuenta del "cansancio" de la tierra, como no puede permitirse dejarla enteramente en barbecho, la siembra durante un año con frijol o camote cuyo método de cultivo en "montones" le obliga a revolver más hondamente el suelo con el azadón. No se ha hecho un estudio preciso de cuanto es el rendimiento por hectárea de las tierras del Valle; pero, creemos que la producción de maíz, por ejemplo, debe ser sensiblemente inferior a 700 kilos por hectárea.

La mayoría de las especies cultivadas producen poco por dos razones: 1) la tierra se empobrece cada día más, y 2) el campesino no selecciona las semillas y abusa de los retoños: durante años transplanta retoños de los mismos plátanos cosechando racimos raquíuticos. La falta de pastizales en el Valle hace difícil la cría de ganado y la obtención de abono animal; pero, aun cuando sí lo tuviera, el usarlo sería difícil ya que impondría al agricultor una nueva tarea en su ya cargado horario de trabajo.

Se populariza en Marbial el cultivo de nuevas especies de sorgo, una gramínea más resistente que el maíz y que crece mejor en suelos pobres.

Hasta época muy reciente, el campesino cultivó donde pudo: sobre pendientes o un terreno plano. Nadie le advertía el peligro de desmontar y quemar la vegetación sobre los declives de los cerros o del cultivo abusivo de la tierra; pero sería exagerado culpar tal descuido al gobierno o a la población rural: en países industrializados y de alto nivel educativo hace apenas treinta años que los peritos se dieron cuenta del peligro de la erosión y propusieron los medios para combatirla. Los llanos de Dakota y de Nebraska y millones de hectáreas, en el sur de los Estados Unidos, se agotaron a consecuencia del cultivo intensivo del trigo y del algodón. A la postre los inmensos recursos económicos de ese país permitieron recuperar aquellas extensiones; pero este no es el caso para Haití en donde unas veces la erosión es tan avanzada que equivale a la pérdida total de los terrenos, y en donde otras devolver a las tierras el humus y la fertilidad que perdieron, impondría un desembolso fuera del alcance de los recursos nacionales;¹⁶ pero actualmente aún se pueden salvar tierras que se están perdiendo y que se perderán si no se aplican las medidas adecuadas. Afortunadamente ya no se puede proceder a la quema de *bwanens* sin autorización especial del agente agrícola y los marbialeses, quienes aprenden pronto cuando se les enseña, aplican con éxito las técnicas elementales de la conservación de los suelos. El mal está muy avanzado y consideramos que los devastadores desbordamientos del río Goseline han sido favorecidos por el intenso desmonte practicado en su cuenca; sin embargo, hay buena esperanza de contener

la marcha de la erosión ampliando la divulgación de las técnicas de conservación de suelos y del cultivo en terrazas.

Cuando se llevó a cabo, en 1948, la investigación etnológica en el Valle de Marbial, las causas arriba enumeradas habían consumido la desintegración de los antiguos *lakus* y quebrado el aparato social que aquéllos sostenían. Parecía que la propiedad ya no podía dividirse más y que la angustia del campesino, frente a su miseria, no podía ser más honda; en una frase, parecía que había llegado la población a un punto donde *à force d'aller mal tout allait bien*. Pero no era tal el caso: la situación empeoraba todavía, como lo anunciaban nuevos hechos sociales y económicos, los que ya empezaban a dar una nueva fisonomía a la vida rural.

Un campesino dueño de 40 centésimos de hectárea cuyo rendimiento disminuye sensiblemente cada año, padre de varios niños ¿qué podrá hacer frente al aumento continuo del costo de la vida?

Si el padre de familia, acorralado por las necesidades, permanece en el Valle, tendrá, para poder vivir *tant bien que mal*, que tomar predios en *dennwatié*; también podrá trabajar como jornalero en las faenas de siembra, deshierbo y cosecha. A su salario y a sus cosechas podemos añadir lo poco que ganará su mujer si se dedica con éxito al "comercio" y el pequeño interés que dejará una vaca o una cabra en el caso de haber sido tomada en lo que se llama *gadinay*, esto es cuando un campesino cuida un animal para un amigo: si es una vaca la cuida a cambio de parte de la leche o del becerro de la segunda camada; si se trata de un animal múltiparo recibe parte de cada camada.¹⁷ Por último, existen un gran número de actividades secundarias que dejan unos cuantos dólares de ganancia al año. Si debemos juzgar el valor del campesino por sus esfuerzos y no solamente por sus realizaciones, tomemos en cuenta aquellas actividades que vamos a discutir, pues constituyen una buena prueba de su empeño de hacer frente a la mala fortuna con sus conocimientos y recursos limitados. Hallamos hasta catorce ocupaciones diferentes en un solo pequeño *laku*, sin contar la de agricultor. Detallémoslas por sexo:

<i>Ocupaciones secundarias</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Calero	3	
Peluquero	2	
Partero	1	1
Veterinario	1	
Zurrador de pieles	2	
Sombrerero y tejedor de palma	3	2
Quincallero		1
Revendedora		3
Jornalero	5	
Cantante de velorios	2	
Tejedor de esteras	1	
Albañil de tumbas	1	
Maestro de esgrima	1	
Curandero	1	1

Desafortunadamente el número de ocupaciones no está en relación directa con el bienestar económico. Uno de los miembros del *laku* en cuestión, era el más pobre del grupo a pesar de que practicaba siete de las catorce actividades enumeradas. Mientras más jornaleros hay en una familia más bajo será su nivel económico, porque el estado de jornalero indica escasez de tierra o propiedades de muy pequeño tamaño. Además, muchas de las citadas "profesiones", como dicen los marbialeses, requieren poca o ninguna especialización, lo que potencialmente las abre a todos los campesinos. Con un poco de práctica, dos hermanos se raparán mutuamente la cabeza con trozos de botella, ahorrándose así 4 centavos de dólar en perjuicio de su primo el peluquero. Con un poco de paciencia se aprende a trenzar un sombrero de palma o un petate de hojas secas de plátano. En cambio, las más provechosas actividades económicas requieren preparación o capital y ninguno de los dos es fácil de adquirir. El único marbialés, en 1948, quien no labraba personalmente sus tierras, era un carpintero a quien su oficio dejaba bastante para que él pudiera pagar jornaleros o dar predios en arrendamiento; pero no quería tomar aprendices porque, decía él, "mañana serán mis competidores." Un buen albañil podía tener mucho trabajo ya que faltaban albañiles en Marbial, en 1948 (para eregir una tumba, a veces, se buscaba uno en Cabo-Rojo); pero para

ser albañil debe aprenderse el oficio y comprarse la herramienta: una trulla, un nivel, y una plomada. Lo mismo pasa a quien quiere ser zurrador: la tosea preparación de los cueros de res en Marbial, no exige mucha preparación técnica, pero sí se necesita dinero para comprar la cal, los barriles y las primeras pieles.

En resumen, el nivel económico y la pobreza del adiestramiento técnico en Marbial, hacen que la posesión y el cultivo de buenas tierras permanezcan como la fuente más importante de ingresos. El campesino que posee cuatro o más hectáreas productivas es un privilegiado, aunque su mujer sea "floja" y no comercie, aunque él no puede cantar en los velorios por no saber leer o tenga que pagar un veterinario local para curar un caballo suyo del muermo; dicho campesino pertenece a una pequeña minoría de propietarios rurales en el Valle que aprovecha la crisis agraria a fuerza de previsión, trabajo, suerte y estricto realismo en sus negocios.

Quizá, las páginas anteriores hayan dejado en el lector la errónea impresión de que todo en Marbial es decadencia; ciertamente el nivel económico es hoy, en general, mucho más bajo que hace treinta años, siendo la sombra de lo que era en 1870 o 1890; pero se está produciendo un hecho de suma importancia que hemos calificado, en el título de este capítulo, de "Reagrupación", y el cual se manifiesta en el movimiento ascendente, en lo social y lo económico, de un grupo reducido de familias. Los beneficiarios de dicho movimiento provienen: 1) de ramas de las antiguas familias (las establecidas en la región desde 1840 o antes); y 2) en su mayoría, de familias que llegaron más tarde al Valle y cuyas propiedades han sufrido menos repartos.¹⁸

En familias del primer tipo, observamos en tres casos, que tal reagrupación se llevaba a cabo en los sub-*lakus*, es decir, en grupos integrados por un padre y sus hijos, pertenecientes respectivamente a la tercera y a la cuarta generación. La autoridad paterna mantenía la cooperación y la armonía entre sus descendientes y los aconsejaba, formando ellos un bando algo hostil y separado de los demás parientes del *laku*. Era, en pequeña escala, lo que debió haber sido un *laku* en 1870. El estado económico de los "reagrupados" era mucho mejor

que el del resto de la gran familia y tenía buenas posibilidades de seguir mejorándose. Aunque su política económica seguía la antigua línea de adquisición de tierras, sus métodos de explotación de las mismas eran diferentes a las de los tiempos pasados. De un total de ocho descendientes varones en los tres grupos citados, siete eran legalmente casados y uno soltero; pero solamente dos entre los primeros habían tomado "mujeres de milpa" para ayudarse (uno de ellos se separó bruscamente de su concubina; caso relatado en el Capítulo VI). Además de sus tierras que cultivaban ayudándose entre hermanos, o con apareceros o jornaleros, ellos mismos tomaban milpas en arrendamiento. De las siete esposas, cuatro se dedicaban activamente al comercio con su dinero propio, lo que les permitía ahorrar un poco para cubrir algunos de sus gastos personales y comprarse ellas su ropa.

Los ejemplos del segundo tipo de "reagrupados" ofrecían la misma unidad social y seguían métodos económicos similares, evitando, en su mayoría, la poligínia. El hecho en sí es alentador; no se puede negar que la poligínia haya sido una causa importante en la decadencia familiar. El campesino ha aprendido una lección de sus antepasados y trata de no caer en el mismo error que ellos: se casa, compra tierras con sus ahorros y, con solo una mujer, espera poder limitar el número de sus descendientes, a una cifra que esté en relación con la extensión de sus tierras.

Desgraciadamente esta reagrupación se realiza a costa de la pequeña propiedad, a costa de aquellos campesinos cuya herencia mide unos cuantos centésimos de hectárea. Lentamente, de seguir el ritmo actual, la propiedad rural se irá concentrando en las manos de los favorecidos, de los que tuvieron menos hijos, de los que no sufrieron los golpes repetidos de la enfermedad y de la muerte.

Basándonos sobre los datos del Censo de 1950, creemos que no pasan de 180 los propietarios de cuatro o más hectáreas en el Valle.¹⁹ Estos propietarios representan el 4.6 % del total de las familias dedicadas a la agricultura; ahora bien, hemos estimado que el total de la suma de sus tierras asciende a un mínimo de 1,300 hectáreas, lo que equivale al 17.3 % de las 7,500 hectáreas de cultivo en el Valle de Marbial. Toda-

vía no se puede hablar de concentración de la propiedad rural en manos de una minoría; sin embargo, estas cifras tienen mayor repercusión sobre la estructura social y económica de la región que lo que pueden aparentemente significar a primera vista. Si se tratara de propiedades de cinco hectáreas para el grupo pobre y de veinte hectáreas para los 180 privilegiados, el control sobre el 17.3 % de las tierras perdería toda significación de importancia. Con las características del campesino, su sobriedad y su sentido ahorrativo, el dueño de cinco hectáreas tendría la esperanza de ampliar sus bienes; no temería el futuro aunque no pudiera construirse una casa tan buena como la de su vecino o como el montar un elegante caballo. Pero, en el estado actual del Valle, la diferencia entre media hectárea o menos y cuatro hectáreas o más, significa vida o muerte. Veamos a todos los marbialeses como náufragos. Un pequeño número entre ellos está en botes salvavidas con la esperanza de llegar a puerto, mientras los demás se agarran a trozos de madera con la desesperación de quien se ahoga.

De 3,926 dueños de explotaciones agrícolas, la abrumadora cifra de 2,758 posee menos de 1.32 hectárea. Con escasísimas probabilidades de casarse con una rica heredera, el agricultor, de pocas tierras, que permanece en el Valle, "adelgasa del cerebro", como dice la expresión proverbial haitiana, para poder sobrevivir al hambre. Su suerte depende de aquellos pocos que le pueden dar tierras en *demwatié*, arrendárselas o emplearle como jornalero. Se acabaron los tiempos alegres de los *coumbites* y de las sociedades cooperativas. Se produce un grave desnivel social. A fines del siglo pasado, "todos comíamos", decía un anciano, y el prestigio en la comunidad dependía del esplendor de una boda, de un baile, de un entierro o de las relaciones con ciudadanos; los que no podían ofrecer bailes eran, por lo menos, "amos en su casa", no dependían para comer de los *dones*. Hoy día con casi 1,400 los jornaleros asalariados sobre 11,666 habitantes activos.²⁰

Con lentitud se desarrolla un nuevo espíritu de clase. Existe un proverbio muy realista en Haití y que se aplica con frecuencia a los casamientos: "Dos animales flacos no dan grasa."²¹

En Marbial su aplicación se hace más patente cada día. Un heredero rico buscará una novia cuyo padre posee bienes "respetables", y el padre lo aceptará con más facilidad que si se tratase de un pretendiente pobre. El dinero y el prestigio social que éste confiere reemplazan cada vez más las antiguas consideraciones para las buenas maneras, la fina educación campesina y la honestidad.

El pobre teme al rico. Incapaz de explicar el bienestar de éste por medios naturales como el trabajo, la previsión o el realismo que demuestra en los negocios, le acusa de haber obtenido su fortuna gracias a un pacto con el diablo. En 1948, recogimos innumerables anécdotas acerca de los métodos mágicos por los cuales los ricos mantenían su buen estado económico en medio de la miseria reinante: podían comprar lluvias de un shamán y ver sus milpas florecer cuando las otras a sus alrededores se secaban; tenían *bakas* a su servicio para robar flores de café en las plantaciones vecinas y pasarlas a las suyas; encontraban dinero escondido. . . Lo malo era que un rico podía pagar al shamán lo que él cobraba, mientras un pobre no tenía el dinero para hacer lo mismo.

Antaño, los jefes de *laku* cumplían con sus obligaciones hacia los dioses *vodú* de la familia, o de la antigua hacienda, recibiendo a cambio protección y ayuda de ellos. El ceremonial costaba mucho, pero sus efectos mentales eran enormes: el practicante tenía casi la seguridad de lograr salud y buena cosecha. En 1942, aprovechando la quiebra económica producida por la guerra mundial y las condiciones internas, el clero católico logró, en una campaña relámpago, extirpar el culto *vodú* en el Valle. Quizá, el campesino se sometió a aquella violencia con un sentimiento secreto de alivio: sintióse liberado de sus deberes hacia los hambrientos e insaciables *loas*.²² Hoy día, la magia reemplaza la religión popular; los dioses son impotentes y hay que forzarles la mano.

Sobra la mano de obra en Marbial y la producción de muchos agricultores no basta para cubrir sus necesidades. Todavía un alto porcentaje de los habitantes, cuyas tierras son demasiado exiguas para asegurar comida, pueden completar sus ingresos trabajando como jornaleros o aparceros; pero

¿qué camino queda a los demás? La emigración, después de dar sus parcelas en arrendamiento o venta.

¿Y hacia dónde podrán ir?

Alrededor del año de 1927, se produjo un hecho importante en la historia de Haití. Hasta aquella fecha la población rural, concentrada en sus montañas y valles, no había tomado contacto con el mundo exterior. Su folklore conservaba el nombre de Francia y la presencia de unos pocos inmigrantes le hablaba de la existencia de islas vecinas a Haití. En 1927, por primera vez, un gran número de campesinos franquearon los límites del territorio nacional. Doce años antes habían tomado contacto forzoso con el extranjero, con los marinos de los Estados Unidos quienes ocupaban el país. La ocupación norteamericana tuvo un alto significado histórico: rompió violentamente el aislamiento bravío de un siglo y contribuyó a que miles de haitianos desocupados por la falta de tierras cultivables, saliesen del país para participar en el desarrollo que Cuba y la República Dominicana daban o su industria azucarera, al mismo tiempo que en Haití, aunque en menor escala, renacía, con capital americano, el cultivo de la caña de azúcar.²³

Los campesinos oriundos de la península del sur, formaron la mayoría en los grupos que fueron a Cuba, pero los hubo también de Léogane, de Puerto-Príncipe y de Jacmel. En una comunicación verbal, un agente consular haitiano nos dijo que el número de haitianos, en la sola región de Camagüey, llegaba a unos 30,000, en 1937, fecha en que la baja del precio del azúcar en el mercado mundial llevó el Gobierno cubano a pedir la salida de los inmigrantes haitianos.²⁴ El escape que había tenido Haití para aliviar la presión de su población, se cerraba. El campesino sin tierra no tuvo más salida que la ciudad, debido a que la escasez de suelos cultivables no es un hecho exclusivo de su pueblo de origen.

¿Qué puede ofrecerle la ciudad?

Conocimos en Marbial a un informante excepcional, quien había trabajado en Cuba y en Santo Domingo ahorrando bastantes dólares para poder hacerse un lugar respetable en el Valle; pero, a su regreso, la enfermedad más la muerte de sus padres destruyeron sus planes: como buen hijo gastó sus aho-

ros en los funerales. Arrendó su herencia (33 centésimos de *carreau*) y se fué a ganar su vida en Puerto-Príncipe. Primero, trabajó como mozo y jardinero en una casa burguesa, ganando dos dólares al mes; luego fué contratado para las obras públicas a 30 centavos de dólar diario.²⁵ Como era un hombre fuerte, se hizo posteriormente estibador en los muelles, ocupación que abandonó para seguir la de "buey encadenado", o cargador, en una línea de camiones del Cabo Haitiano y, después de tres años de estar "pegando la miseria", reflexionó:

Aquí, se muere uno de hambre y nadie le da un camote; aquí no tienen corazón y no se conocen vecinos. ¿Si caigo enfermo quién me curará? Si muero de repente quién me enterrará? Mejor la miseria entre los parientes.

Volvió a Marbial a cultivar sus 33 centésimos de *carreau*. A menos que el marbialés lo haga con cierto espíritu de aventura, o que la atracción de la vida urbana sea muy fuerte en él, solamente la más extrema miseria le sacará de su Valle. "Nací agricultor —dice— moriré agricultor." Y muchos podrían añadir: "Nací pobre, moriré pobre."

Cuando la persona más optimista perdería toda esperanza, el campesino conserva una fe ciega en el Buen Dios.

Sufre, aguanta y espera.

CONCLUSIONES

¿Qué reserva el futuro al marbialés?

Los primeros resultados logrados por el Proyecto-Piloto le permiten tener buenas esperanzas en un porvenir mejor.

A pesar de los recursos limitados, los técnicos de la Unesco y del Gobierno Haitiano han podido realizar en un tiempo relativamente corto, trabajos educativos, agrícolas y sociales que constituyen una excelente prueba de lo que una población atrasada, analfabeta y rutinaria puede aprender cuando se le convence, por métodos de persuasión, que lo que se trata de enseñarle es para su bien. ¿Cuántas veces hemos oído ciudadanos declarar que solamente por la fuerza se podía sacar al campesino de su rutina? En Marbial no se usó la fuerza, bastó con dirigirse al sentido común del hombre del campo y ganar su confianza por actos sinceros de simpatía. He aquí brevemente lo que se logró y lo que sigue desarrollándose.

Higiene: La inauguración de una clínica permanente en el centro del Valle, contribuye eficazmente a la erradicación del pián y a la curación de casos de parásitos intestinales y de paludismo. Gracias a la topografía accidentada de la región, son pocos los depósitos de agua donde los anófeles pueden poner sus larvas; los focos para el desarrollo de moscos han sido, con poco costo, eliminados.

La presencia de un médico y de enfermeros que curan gratuitamente, tiene una inestimable influencia moral sobre los marbialeses: se alejan lentamente de los curanderos y empiezan a tener un concepto racional de sus enfermedades, en lugar de atribuir las a la magia y a los espíritus malos.

En 1948, se empezó también a proporcionar cuidados al ganado caballar y asnal, acción que modifica asimismo la actitud inhumana que tenía el campesino hacia sus bestias.

Educación: Desde casi dos décadas, los intelectuales haitianos han librado una acerba polémica acerca del idioma a emplear en la alfabetización del pueblo: ¿se le debe enseñar a

leer y escribir en francés o en *créole*? El francés es el idioma oficial de Haití pero, a lo sumo, el 15 % de nuestros tres millones de habitantes lo pueden entender, hablar o escribir. En cambio no existe un haitiano educado en su país que no haga uso diario del *créole*, el idioma heredado de los colonos franceses y de sus esclavos quienes mezclaron los dialectos normando, bretón, picardo y el francés, sazonados con palabras caribes, españolas, africanas e ingleses para formar un medio de comunicación accesible a todos los habitantes de Saint-Domingue.

A nuestro modo de ver, la polémica citada tuvo siempre un aspecto académico e inútil. El analfabetismo ha mantenido la población rural en un atraso de un siglo. Ahora bien, se le quiere enseñar a leer y a escribir ¿qué es más fácil? aprender a leer el idioma que uno habla o aprender a hacerlo en un idioma desconocido. Quizá, en 1810, hubiera sido provechoso plantear la pregunta, pero hoy día, cuando es urgente que el campesino sepa algo de la historia de su país, que no sea simple tradición verbal, cuando él debe, para proteger su salud, aprender las reglas elementales de la higiene, cuando su pan del mañana puede depender de la aplicación de prácticas agrícolas nuevas ¿cómo se puede vacilar? Hay que utilizar los materiales disponibles. No se trata de abrir al campesino los tesoros de una cultura milenaria, se trata de salvarle ahora mismo de la miseria física, del hambre. Dado este paso, lo demás vendrá *par surcroît*.

Afortunadamente, no se vaciló, en Marbial, en aplicar la enseñanza del "criollo". Gracias a un sistema simplificado de escritura, niños como adultos de inteligencia mediana, pueden, en unos cuantos meses, alcanzar lo que fué el sueño de sus antepasados: saber leer y escribir. Aquellos que tienen la legítima ambición de aprender el francés, podrán, con más confianza en sí, acercarse al idioma que ha sido durante generaciones, el patrimonio del ciudadano culto.

No disponemos de cifras que indican el número de alfabetizados en Marbial durante el último año, época en la cual se ha llevado a cabo intensivamente el programa educativo. Podemos solamente esperar que habrá alcanzado el éxito que merece.

Economía: Los esfuerzos desarrollados en el campo sanitario y educativo, tienen como meta inmediata en las condiciones actuales del Valle, ayudar al salvamento de la economía marbialesa: el campesino sano dispondrá de mejores fuerzas para trabajar y la educación rudimentaria que recibe se empeña por el momento, en explicarle los métodos elementales capaces de mejorar el rendimiento de su trabajo. Tal línea de acción era lógica. Obtener lo necesario para comer permanece todavía como la preocupación suprema de la familia rural. El proverbio dice con justeza: "Costales vacíos no se mantienen parados."

Proporcionar a la población rural una educación que no contribuyera al alivio de sus cruciales problemas económicos, equivaldría a "lavarse las manos y secarlas en el suelo." Se ha hecho muy bien uso en Marbial de la educación visual para enseñar alegremente a los agricultores el peligro de la erosión y los métodos de protección del suelo. El cine los trasladó a otro mundo, en donde crecían elotes enormes, puercos gigantes y plantas desconocidas. Vieron cómo se protegían las pendientes de los cerros contra la erosión y cómo tierras empobrecidas volvían a producir abundantes cosechas con el empleo de fertilizantes baratos. Se convencieron de su ignorancia y se entusiasmaron por aquellas prácticas que les prometían la certeza de vivir mejor.

Los primeros trabajos experimentales de conservación de suelos y de reforestación fueron llevados a cabo por grupos de marbialeses voluntarios. El método es prometedor, porque además de los resultados concretos de mejoramiento del suelo, representa el principio de un retorno a las prácticas cooperativas que la miseria y la división de la propiedad hicieron caer en desuso. Los miembros de la comunidad, pese a las diferencias económicas, vuelven a trabajar juntos y así renacerá la confianza y un sentido de igualdad en sus relaciones sociales.

El Proyecto-Piloto, por último, está iniciando a los agricultores en la siembra de nuevas plantas o de nuevas variedades de las ya conocidas. Se busca un empleo racional de las tierras, utilizándolas para las plantas propias de su tipo de suelo y su declive o aquellas que pueden asegurar una ganancia al

propietario, sin agravar más la erosión. Se han distribuído, en pequeña escala, y a los más necesitados de la comarca, matas seleccionadas de árboles frutales, tales como aguacate y mango; se populariza el cultivo del henequén sobre las tierras impropias para el mijo, el maíz o el camote; se ha iniciado el cultivo de la soya para variar y enriquecer la dieta campesina; mas, en el comedor escolar del Proyecto-Piloto, la niñez aprende a vencer el viejo prejuicio, el tabú alimenticio sobre las frutas ácidas, que nadie aprovechaba por miedo de volverse estéril.

Tales son, en pocas palabras, los resultados obtenidos por el Proyecto-Piloto de Marbial. No se puede ya hablar de recuperación total del Valle, el éxito final está muy lejos todavía; pero lo que se ha realizado hasta ahora con pocos fondos, muy buena voluntad y espíritu de cooperación, permite esperar que mañana será mejor que hoy.

El agrónomo haitiano Édouard Berrouet, con quien discutimos en 1948, la situación de la agricultura del Valle de Marbial, propuso una serie de medidas propias para mejorar la economía local. Algunas de ellas han sido aplicadas ya en escala experimental (protección del suelo, reforestación, nuevos cultivos, uso de abonos verdes); pero otras dependen de la acción gubernamental e implican serios cambios en la estructura social marbialesa.

El Censo recomendado por el Sr. Berrouet ha sido completado en 1950, pero falta aún el catastro de la región, el cual permitirá saber con exactitud la superficie en cultivo y la extensión de las tierras disponibles para ello o que requieran trabajos de protección. Luego habrá que estudiar los mejores métodos aplicables para llevar a cabo una redistribución de las tierras y, añadiremos, su explotación en forma cooperativa, creándose *lakus* artificiales y ordenados.

La redistribución de las tierras no se realizará sin dificultades; requiere primero la organización de un departamento agrario reglamentado por nuevas leyes, puesto que el Código Rural de 1825 no corresponde (ni jamás correspondió) a las realidades del medio haitiano.

A ningún campesino le gusta abandonar su tierra; en Haití, esa tendencia asume más fuerza a causa de que las tumbas

se encuentran casi en cada propiedad rural. ¿Quién querrá abandonar a sus antepasados, hijos o parientes muertos? Solamente un organismo gubernamental que goce de buena reputación y sea integrado por funcionarios acostumbrados a tratar al campesino, podrá convencerlo de la necesidad de trasladarse a una nueva propiedad.

Sin embargo, tememos que no existen en el Valle suficientes extensiones disponibles para el establecimiento de muchas unidades de explotaciones agrícolas compuestas por unas diez familias; por esta razón es urgente levantar el catastro rural para lograr un conocimiento exacto de las tierras disponibles. Además deberían ser formados los grupos en cuestión, en primer lugar, por las familias más pobres y que son dueñas de propiedades aproximadamente iguales en superficie para, así, evitar resentimientos y simplificar la repartición de las cosechas entre los diversos miembros.

Este sistema constituido con nuevos *lakus* artificiales permitirá con más facilidad la introducción de semillas seleccionadas, el uso de abonos, la rotación de cultivos y un cuidado racional de los cafetales. Además estos *lakus* podrían ser el punto de partida, los centros experimentales, para la nueva orientación que debe darse a la agricultura que se encuentra en manos de los propios campesinos: el cultivo de productos susceptibles de comercializarla a un mayor grado que lo es ahora. Aparte del café, el marbialés no tiene ningún *cash-crop* de importancia; logra ganar unos cuantos dólares al año con el azafrán y las hojas de limón o de naranjo de los cuales se extrae el aceite. Necesita cultivar plantas oleaginosas tales como el ajonjolí, la higuera, el coco para copra y el coquito de aceite; textiles como el henequén (éste siempre que se proteja el suelo y no acelere la erosión) y el algodón; leguminosas como la soya, árboles frutales injertados, etc., para abastecer mejor el mercado interior y la pequeña industria nacional.

La población rural ha dado indudables pruebas de su capacidad de trabajo cultivando los peores terrenos a fin de lograr los medios de una subsistencia insuficiente. Ahora cada pedazo de tierra debe ser explotado para un cultivo mejor adoptado a sus posibilidades.

La aplicación de esas medidas aumentará considerablemente la producción local y asegurará al pequeño propietario la posibilidad de elevar su nivel de vida; pero permanecerá aún el peligro de la presión demográfica. Afortunadamente, el campesino se ha dado cuenta del peligro de la poliginia, como dijimos; pero sin ella y con un aumento socialmente normal de la población, las medidas económicas propuestas no eliminarán por largo tiempo la amenaza de ver las necesidades locales superar la potencialidad de producción agrícola. La respuesta es: variar la economía, abrir a una parte de la población fuentes de ingresos independientes de la agricultura; formar artesanos— zapateros, albañiles, carpinteros, herreros, mecánicos que puedan (al contrario de las condiciones actuales) completar sus ingresos con el cultivo de una pequeña parcela o buscar de plano un trabajo bien retribuido en las ciudades.

Este aspecto del problema nos lleva a plantear brevemente la necesidad urgente de una política de población en Haití. El mejoramiento de las condiciones higiénicas traerá consigo forzosamente el descenso de la mortalidad, especialmente la infantil, el aumento de la natalidad y de la esperanza de vida, es decir, un crecimiento de la población a un ritmo mayor que el actual que se estima a 15 por 1,000. La realización de un programa de mejoramiento limitado a la zona rural, sería una solución pasajera puesto que el equilibrio económico entre consumo y producción posiblemente se rompería en el curso de una generación.

Creemos inútil pensar por el momento en la aplicación del control de la natalidad; aun cuando las medidas adoptadas para realizarlo estén conformes a los dogmas religiosos observados por la población, el control de la natalidad presupone un nivel cultural y de vida urbana que la gran mayoría del pueblo haitiano está lejos de alcanzar.

Por el momento, el esfuerzo para limitar el incremento de la población debería buscarse en el fomento del desarrollo de los centros urbanos, puesto que en éstos es menor la tasa de fertilidad.

La comercialización de la agricultura, a la vez que mejoraría la economía rural, ayudaría al aumento de la población

urbana: sus productos proveerán la materia prima necesaria para un mayor número de pequeñas plantas extractivas y éstas necesitarán de mano de obra.

Sobra decir que este grandioso programa implica elevadísimos gastos de parte del país entero y un despertar nacional, pues Marbial no es el único valle olvidado de Haití. Se necesitan escuelas, caminos, clínicas, educadores y médicos. Se necesita tiempo y dinero, pero el movimiento ha empezado. Con la ayuda técnica de las Naciones Unidas y préstamos norteamericanos, Haití renueva sus métodos agrícolas, ensaya nuevos cultivos, estudia la manera de desarrollar la pesca costera y emprende importantes obras de riego que aumentarán substancialmente su producción arrocerá. No menos importante, se considera la organización del crédito agrícola para estimular el trabajo del campesino y, además, para protegerlo contra los abusos incalificables de los usureros.

Los hechos son alentadores, no sólo para el pequeño pueblo haitiano que ha sufrido con valentía durante siglo y medio porque conquistó su libertad cuando la quiso; los hechos deben llevar un mensaje de esperanza a los demás pueblos del mundo que han compartido una suerte similar. Por exigua que sea la escena donde se manifiesta, la ayuda que recibe Haití, anuncia tiempos mejores.

Se ha hecho hincapié en la discrepancia entre los orgullosos adelantos materiales de la Humanidad y su estancamiento en cuanto a los valores morales. Incluso, algunos pensadores han sostenido la tesis de que nuestros progresos materiales se realizaban a cambio de un olvido cada día mayor de los principios espirituales que deberían guiar al hombre en su marcha hacia un futuro inseguro. Parece, dicen ellos, que el desarrollo de los grandes centros urbanos con su lujo deslumbrante, que la opulencia de los imperios y el poderío de algunas naciones favorecidas por la naturaleza, podían mantenerse solamente a costa de pueblos débiles cuyo único consuelo de una vida miserable era la esperanza de gozar, en otro mundo, de felicidades celestiales.

Dentro de cada sociedad, así como entre las naciones, la búsqueda de la fortuna negaba sus derechos a los que no eran lo bastante fuertes para reclamarlos. El prejuicio, el egoísmo

y el cinismo fueron durante largos siglos la llave del éxito. En la política y en los negocios, raros, rarísimos fueron aquellos que siguieron reglas de conducta humanitaria.

Hoy, se empieza a notar un cambio: las naciones se humanizan y las que tienen dan, sin desprecio, a quienes lo necesitan, un poco de Amor.

Bonum omen.

APÉNDICE

Breves notas sobre los planos de propiedades y mapas de Haití y de la región de Marbial

PLANOS

El plano Núm. 1 que debemos a la amabilidad del Sr. Edouard Berrouet, es de una explotación agrícola de unos 22 centésimos de hectárea de superficie, ocupada por una pequeña familia— padre, esposa y dos hijos menores. Su frente está sobre el “gran camino” y la propiedad consiste, 1º) en una parte llana aprovechada para el cultivo cafetero, los árboles frutales y los plátanos machos; es tierra *fría*. Y 2º) de una parte en loma, sembrada en sorgo y maíz. La segunda parte, erodada y sin árboles, es clasificada como tierra *caliente*.

El cementerio es pequeño. Probablemente la propiedad era antes parte de una explotación más extensa que fué repartida entre descendientes o comprada por su actual dueño.

El plano Núm. 2 es el de un *laku* ocupado por una gran familia. Las cinco casas numeradas del 1 al 5 son las de un padre (casa 4) y de sus cuatro hijos; forman un sub-*laku*. La choza 7 está ocupada por una prima hermana del jefe del sub-*laku*, y las 6ª y 8ª por sobrinos de ella. La habitación núm. 9 pertenece a un hermano uterino del jefe; la ocupa con su concubina. La 10ª, en otro tiempo, albergó una “mujer de milpa” del Núm. 5 (casado). Entre niños y adultos, había, en septiembre de 1948, veintisiete ocupantes pertenecientes a tres generaciones, en las 10 unidades de habitación.

La casa Núm. 1 es la única del conjunto que no tenía su cocina propia en 1948.

Antiguamente, el *laku* se extendía más al oriente donde vivían tres primos hermanos de los ocupantes 4 y 7. La extensión total del conjunto era de 8.24 *carreaux*. Las tierras llanas eran regadas; pero los pleitos con los vecinos, debidos a una mala distribución de las aguas del río Fond-Melon, hicieron que la familia abandonara sus derechos de riego.

Desde 1932, el antiguo *laku* fué legalmente deslindado y cada heredero (eran diez, de los cuales tres no vivían en Marbial) re-

cibió 86 centésimos de *carreau*, repartidos de manera que los lotes comprendiesen todos un frente sobre el río, una extensión de terreno llano y una sección de *rak* o monte. El único heredero que quedó sin salida propia sobre el río fué el lote del heredero de la casa 9 (un cuarto de *carreau*; era hijo natural no reconocido); habiéndolo recibido de su padre, no lo quiso cambiar por otro.

Se excluyó 0.25 *carreau* de la superficie total del *laku* para el cementerio familiar que goza de un estatuto especial: es la "tierra de nadie" o si se quiere mejor, la tierra de todos los habitantes del conjunto. Es la única propiedad privada rural cuyo estatuto, podría decirse, es comunal.

Sería interesante llevar a cabo un estudio monográfico de los planos de propiedades rurales en Haití. En Marbial, debido a la topografía accidentada, los lotes tienden a tomar una forma alargada para que el mayor número posible de terrenos tengan salida sobre los principales caminos vecinales o "grandes caminos."

MAPAS

El mapa Núm. 1 representa la extensión total del territorio de la República de Haití. Allí están localizados todos los lugares, fuera del Valle de Marbial, mencionados en el texto, más las grandes divisiones políticas y ciudades importantes.

El croquis Núm. 2, es de la parte central del Valle de Marbial y enseña los lugares de mayor importancia así como las capillas católica y protestante, el mercado y las veredas principales.

TABLA 1

Unidades de habitación por materiales de construcción en las Secciones Rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial

<i>Materiales</i>	<i>Unidades</i>
Mampostería	7
Madera	1329
Madera y mampostería	462
Clissage* y tierra	1884
Otros	191
No hay información	63
	<hr/>
Total	3936

* El *clissage* es un armazón de tiras de maderas dispuestas horizontalmente entre postes. Se cubre luego con lodo.

TABLA 2

Unidades de habitación por número de cuartos para las mismas Secciones Rurales como la Tabla 1

<i>Número de cuartos</i>	<i>Unidades</i>
Un cuarto	401
Dos cuartos	2795
Tres cuartos	396
Cuatro cuartos	200
Cinco cuartos	23
Seis cuartos y más	11
No hay información.....	110
	<hr/>
Total	3936

TABLA 3

Población por Grupos de Edad y por Sexo para las Secciones Rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial

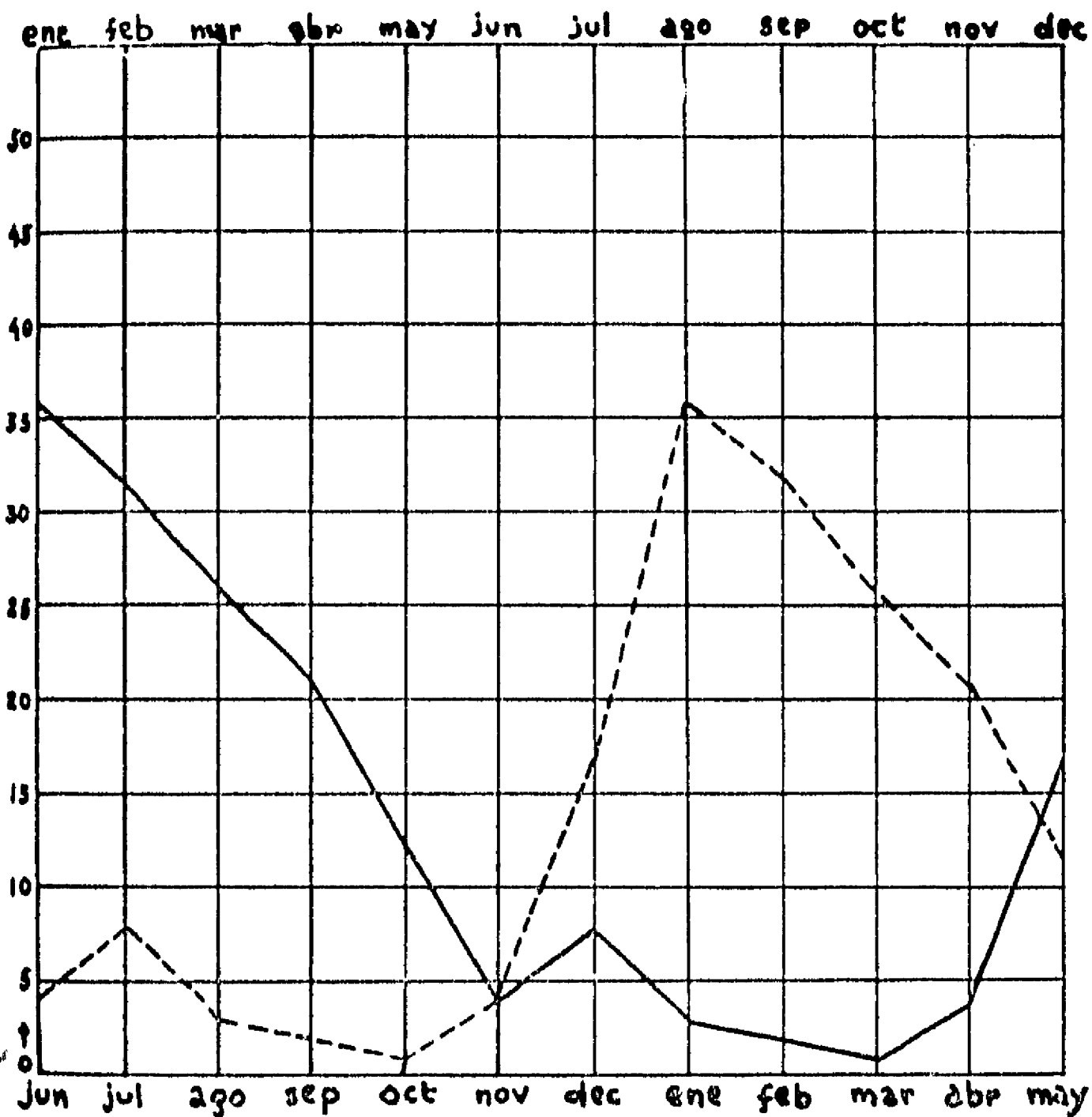
<i>Grupos de edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Menos de un año	183	221
1 a 4 años	863	854
5 " 9 "	1303	1207
10 " 14 "	1238	1205
15 " 19 "	1028	1048
20 " 24 "	755	829
25 " 29 "	741	858
30 " 34 "	491	575
35 " 39 "	584	741
40 " 44 "	434	500
45 " 49 "	403	425
50 " 54 "	366	387
55 " 59 "	170	192
60 " 64 "	245	260
65 " 69 "	139	171
70 " 74 "	103	142
75 años y más	126	164
Edad desconocida	18	18
	9190	9797

Gran Total Población: 18,987

NOTA: Debemos las estadísticas usadas para las Tablas 1, 2 y 3 a la amabilidad de los Sres. Edouard Désert y Maurice Lubin del Buró de Censo de Haití.

TABLA 4

Gráfica de la Frecuencia de los Matrimonios Católicos por Mes en Marbial

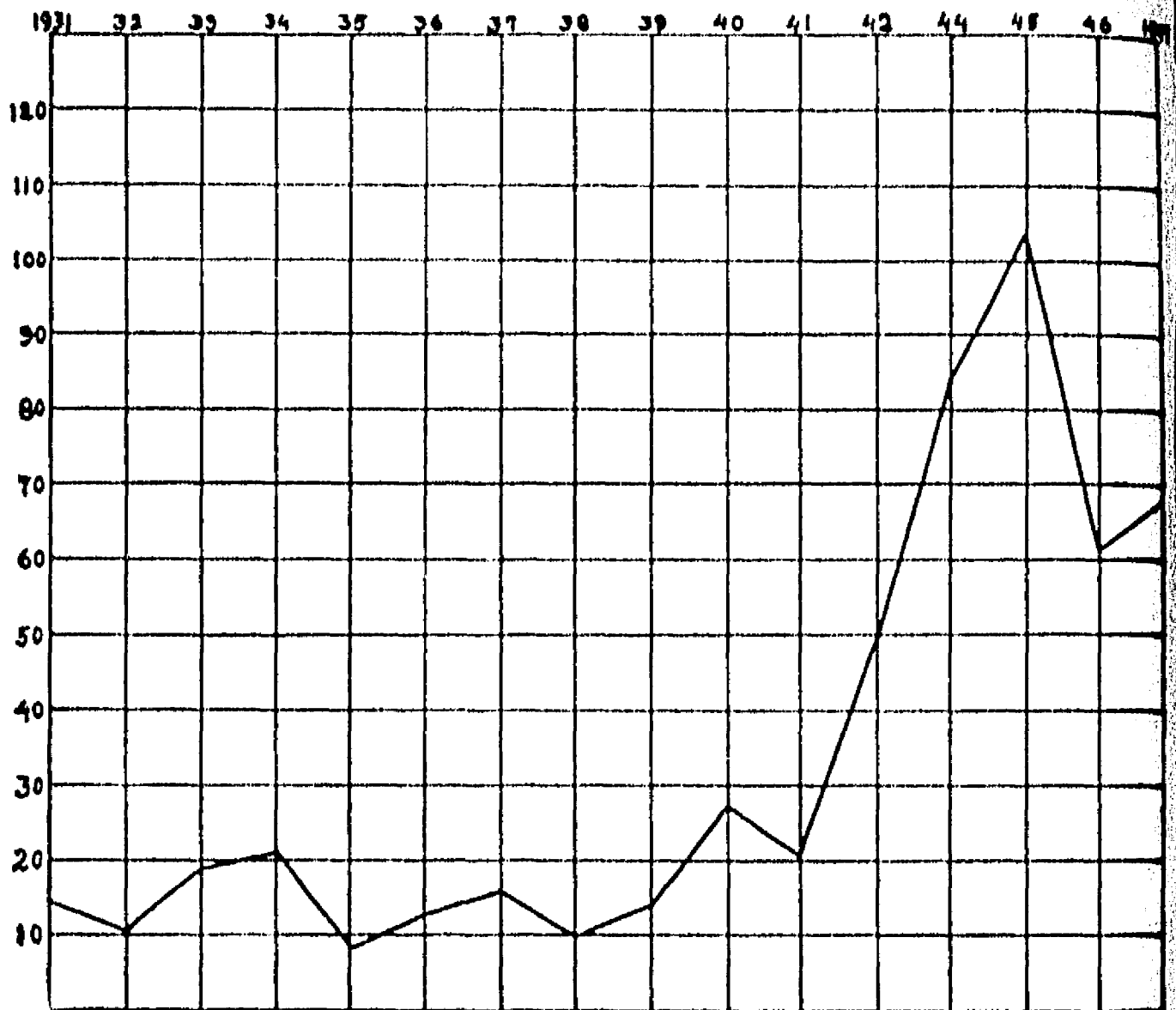


Base: Años de 1931, 1932, 1934, 1946 y parte de 1948.

Obs.: La línea continua representa la gráfica para el ciclo regular de enero a diciembre. La línea discontinua, la misma en el orden de junio a mayo.

TABLA 5

Gráfica de los Casamientos Católicos por Años
en la Parroquia de Santa Teresa
de Marbial



Base: Años de 1931 a 1947, menos el año de 1943, que alcanzó la cifra de 246 como consecuencia de la "Campaña Anti-Supersticiosa".

Obs.: El padre Louis-Charles fué nombrado cura de Marbial en el año de 1941. El fuerte crecimiento de la curva a partir de esta fecha se debe atribuir a su celo.

TABLA 6

Frecuencia de matrimonios "endo-secciones" e "inter-secciones"

<i>Secciones</i>	<i>Total</i>	<i>Cochon-Gras</i>	<i>Fond-Melon</i>	<i>Gosseline</i>	<i>Mt. la-Voûte</i>	<i>Gde. Riviere</i>	<i>Marbial</i>	<i>Cap Rouge</i>	<i>Exterior</i>	<i>% "endo"</i>
Cochon Gras	72	55	2	2	3	0	4	4	2	76
Fond-Melon	53	1	50	1	1	0	0	0	0	94
Gosseline	51	0	2	48	0	0	0	0	1	94
Montagne-la-Voûte ...	41	2	0	0	38	0	0	0	1	92
Grande-Riviere	31	1	0	0	0	30	0	0	0	96
Marbial	18	2	0	0	1	0	15	0	0	83
Exterior	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—

Total de Casamientos 270.

Base: Registro de la Parroquia Católica; años de 1930, 1931, 1932 y años de 1943, 1944, 1945 y 1946.

TABLA 7

Porcentajes de Matrimonios por Grupos de Edad

<i>HOMBRES</i>		<i>Grupos de edad por años</i>	<i>MUJERES</i>	
<i>Cantidad</i>	<i>%</i>		<i>%</i>	<i>Cantidad</i>
0	0.0	menos 18	0.0	0
7	1.4	18 — 21	5.9	28
34	7.1	22 — 25	16.2	77
96	20.0	26 — 30	21.7	102
97	20.2	31 — 35	14.7	69
59	12.3	36 — 40	13.4	63
55	11.5	41 — 45	8.7	41
42	8.8	46 — 50	8.6	40
35	7.2	51 — 55	5.5	26
22	4.6	56 — 60	1.7	8
15	3.2	61 — 65	1.6	7
8	1.7	66 — 70	0.9	4
8	1.7	más 70	0.8	3
478	99.7		99.7	468

Base: Casamientos católicos para los años de 1930 a 1945, con excepción del mes de febrero de 1943.

NOTA: De los 478 casamientos celebrados, la edad de 10 mujeres era desconocida.

En 53 casos, sea el 11.3 %, el hombre era más joven que la mujer.

TABLA 8

Lista de los artículos de un 'comercio' volante típico al cual se dedican las mujeres en Marbial. Los precios representan el valor de venta de cada mercancía, pero la mayoría de ellas se venden en pequeñas cantidades; por ejemplo, se puede vender al menudeo una caja de fósforos, un carrete de hilo de coser; el café 'quebrado', es decir, de granos rotos, se vende al menudeo por *piles* o montoncitos de un centavo. Los valores son en moneda de los Estados Unidos de América que tiene libre curso en Haití.

<i>Mercancía</i>	<i>Valor de Venta en 1948</i>
9 botellas de trempés*	\$ 1.80
2 botellas de kerosene40
1 barra de jabón10
6 cajas de fósforos12
9 montoncitos de café quebrado09
20 panes y biscochos20
8 velas de cera amarilla08
2 paquetes de agujas24
4 carretes de hilo16
Ajo en dientes18
4 bolsitas de azúcar04
6 paquetes de tabaco06
8 cubiletes de hojalata40
4 pipas de barro04
Canela02
3 cajetillas de cigarros03
2 sombreros de palma21
Azúcar moscabada50
2 'bastones' de cacao02
Gengibre03
Pimienta en granos02
Pimpinela08
Clavos (especie)10
Anís estrella12
Tomillo09
Botones20
Valor Total	\$ 5.33

* El *trepé* o 'mojado' es una bebida alcohólica hecha con aguardiente en el cual se ponen hojas, semillas o especie a macerar. Hay por ejemplo *trepés* de cáscara de naranja, de canela, de anís, de gengibre, etc. Hay también para aliviar los dolores de estómago, de 'aires', de cólicos. En las ciudades, muchísimos son considerados como afrodisíacos. Después de dos

o más semanas de venta, se puede sacar una ganancia de \$ 1.40 a lo mucho. Los precios de las mercancías enumeradas aquí son sujetos a pocos cambios; al contrario de otras mercancías, como la harina de trigo, el maíz, el mijo y los frijoles.

NOTAS

CAPÍTULO I

¹ Gourou, pág. 1.

² Woodring, pág. 39 pass.

³ En mayo de 1948 se estableció en la estación de la UNESCO un pluviómetro. Los resultados no han sido publicados aún.

⁴ Todos los datos estadísticos del capítulo están basados sobre las cifras del Primer Censo con la excepción de la densidad por kilómetro cuadrado que es estimación nuestra.

⁵ Principalmente la *Vigna sinensis*.

CAPÍTULO II

¹ De Wimpffen, pág. 128.

² Artículo 121.

³ Es el *médecinier béni*, el *Curcas*. Hay además el *médecinier borachin* o Pequeño *médecinier* (*gossypofolia*) y el *médecinier* español o de la India que es el *Multifida*.

CAPÍTULO III

¹ Alusión a la fábula "Pierrette et le Pot au Lait".

² *Mapou*, la *Ceiba pentandra* L.

³ La mayoría se reconoce a los 21 años (Art. 398 del Código Civil).

⁴ *Potek*, del francés: hipoteca. Tiene aquí el sentido más bien de arrendar. Contra cierta suma, se concede por arreglo verbal, el uso de la tierra para un número fijo de cosechas.

⁵ Sistema de reparación sancionado por el Art. 31 del Código Rural Haitiano.

⁶ En abril de 1948 no había más de cinco en el Valle; pero desde entonces el número, a consecuencia del Proyecto-Piloto de la UNESCO, ha aumentado considerablemente.

⁷ El *pián*, enfermedad tropical causada por un treponema. En inglés se llama *yaws*.

⁸ Otros proverbios con el mismo sentido: "Gran altura, gran caída" o "Hoy por ti, mañana por mí".

CAPÍTULO IV

¹ Digby, p. 104 pass.

² Lo inexperto de la operación se manifiesta por el muy frecuente ombligo en botón de rosa.

³ Ver Cap. III.

⁴ Calalu, *Esculentus*; conocido como el café del barco en la Costa de Guerrero, México.

⁵ La *Poussinière* es la estrella mayor de las Pleyadas.

⁶ Sylvain, p. 305.

⁷ Respectivamente son *Alliacea*, *Fallax* y *Cynophallophora*.

⁸ Durkheim, págs. 5 y 6.

⁹ También los adultos las usan a manera de devoción a un espíritu o santo.

¹⁰ De Wimpffen, pág. 159.

¹¹ Murdock, Cap. XVIII, p. 480.

¹² Roy, pág. 18. No da la cifra para los varones. El estudio del Dr. Roy, aunque basado sobre un número reducido de casos refuta (por lo menos para Haití) la creencia en la pubertad precoz en los trópicos.

¹³ Labat, II, p. 56.

CAPÍTULO V

¹ *Bobis*, probablemente del francés *beau-buste*, bello busto.

² En 1941, vimos en la Llanura de los Cayos un pequeño libro cuyo título olvidamos. Lo podríamos calificar de Emily Post del campesino; contenía fórmulas para cartas de amor; juegos de sociedad, reglas de etiqueta y varias páginas del *Lenguaje de las Flores*.

³ La Ley del 16 de diciembre de 1929 ya decía en su Art. 2: "...el casamiento religioso... producirá todos los efectos legales del casamiento celebrado delante del juez del Registro Civil," provisto que el Acta fuera, después, inscrita en el Registro.

⁴ Pudimos después comprobar que aquella estimación, basada sobre datos tan débiles, era bastante exacta. Las cifras publicadas por el Buró del Censo de Haití quien las obtuvo durante el Primer Censo de Población de la República en agosto de 1950, dan, para las Secciones Rurales de Marbial, Fond-Melon y Cochon-Gras, es decir, las más vecinas a la sede de la Parroquia Católica, las siguientes sumas:

<i>Casados</i>	<i>Placés</i>
1821	3275

O sea 1.8 (por exceso) pareja *placé* contra una casada.

CAPÍTULO VI

¹ La anarquía la más completa reina en Haití en lo que atañe a las medidas. Para la compra del café se usa la libra; para las piedras de construcción, la *toise* o amontonamiento de $3 \times 6 \times 12$ pies; los granos como el mijo, el maíz, los frijoles se venden en latas de manteca o *godets* de una o 5 libras; el aceite para cocinar y el petróleo se menudean en *gloss*, pequeñas botellas de unos 150 cc³. El nombre proviene de un producto llamado *gloss* que servía para teñir el cuero. Para las tierras hemos menciona-

do ya el *carreau* que vale 1.32 hectárea. Las telas se venden por *aines* o *anas* tanto en la ciudad como en el campo. El sistema métrico es el oficial. Un *godet* de a libra de frijol fresco pesa alrededor de 335 gramos.

² En 1948 las Fuerzas Armadas de Haití, incluyendo a la Policía Rural, no pasaban de los 7,000 hombres para una población de tres millones

³ Un interesante y alagador cambio ocurre en la sociedad urbana y burguesa desde 1946, fecha en que un movimiento revolucionario produjo un principio de cambio en la estructura social haitiana comparada hasta entonces, y erróneamente, con el sistema de castas (v. Leyburn). La clase dirigente llamada *élite* sufrió un eclipse y muchos de sus miembros, en su mayoría mulatos, suplantados en los puestos gubernamentales que les aseguraba su estabilidad económica. La citadina educada, que ya trabajaba en las oficinas privadas u oficiales, se elevó como la campesina a la altura de la situación, dedicándose valerosamente a honestas ocupaciones que unos diez años antes hubieran sido consideradas como indecorosas para su rango social. En 1948 vimos con alivio a muchas "damas de sociedad" detrás del mostrador de pequeñas tiendas de ultramarinos. El año de 1946 marcará quizás el retorno de la *élite* haitiana en el lugar que ocupó en el comercio nacional antes de que pasara a manos extranjeras a principios de este siglo.

⁴ Briffault, I, pp. 490-91. Acaba subrayando que aun en el medio civilizado de Francia, "la campesina es más inteligente y alerta que el hombre."

⁵ La costumbre existe todavía en ciertas partes de la Haití rural según lo hemos comprobado.

⁶ *Coumbite*, del español convite; trabajos agrícolas en cooperación. Para más detalles ver Cap. VIII.

⁷ Según los Artículos 302, 303 y 306 del Código Civil. La modificación del Art. 302 efectuada en el Decreto-Ley del 22 de diciembre de 1944, no lo cambia para lo que aquí nos interesa.

⁸ Código Civil, Artículos 300 y 301.

⁹ Por falta de estadísticas de nacimientos y de muertes, no se ha podido obtener con precisión la cifra de esperanza de vida en el Valle de Marbial; pero basándose sobre la Tabla 3, que reparte la población por grupos de edad en las secciones rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial, el Sr. Alfonso L. Cañedo, del Banco Nacional de México, ha establecido los siguientes porcentajes de esperanza de vida:

50 %	población muere antes de los 20 años
36.5 %	" " " " " 49 "
12.0 %	" " " " " 74 "
1.5 %	" " después " " 74 "

Lo que nos daría un promedio aproximado de 39-40 años, cifra parecida a la esperanza de vida en Inglaterra, y Gales en 1838, según lo calculó Carr-Saunders, en su *Población Mundial* (p. 78).

¹⁰ Los elementos siguientes vistos en sueño eran signos premonitorios de muerte: maíz, molar o dientes en general, rana, lagartija, cucaracha,

silla, baile. Los demás, sangre, excrementos, café, pez, culebra, anunciaban una próxima ganancia en dinero.

¹¹ La costumbre prevalece todavía en pueblos del noroeste de Haití donde algunos habitantes almacenan sus ataúdes en la capilla.

CAPÍTULO VII

¹ La cerámica y los artefactos de pedernal hallados en Marbial no permiten juzgar, como en otros sitios arqueológicos de Haití, si el Valle fué densamente habitado por los Tainos. Fueron hallazgos en superficie, poco numerosos y los sitios han sido fuertemente erodados lo que no permite estimar su profundidad y extensión.

² De Wimpffen, pp. 80 y 113-114.

³ Nombre local de la Serranía de la Selle.

⁴ Fueron reducidos a 80 millones, años más tarde. En 1825 el Presupuesto anual de Haití era de unos 20 millones de francos.

⁵ Artículo 12; ver Janvier, p. 32.

⁶ Code Domanial, p. 241 pass.

⁷ *Id.* p. 250.

⁸ *Id.* p. 18.

⁹ *Id.* p. 33-34.

¹⁰ Janvier, p. 149.

¹¹ Cuando hacia 1925, es decir, con un retraso de un siglo, el Gobierno y la *élite* haitianos, se dieron cuenta del peligro que representaba para el país la ignorancia del campesino en materia agrícola, se fundó una Escuela de Agricultura, cuya meta principal era enseñar a las masas rurales nuevas técnicas y métodos de producción capaces de dar a los productos haitianos, (el café sobre todo), una presentación estándar en el mercado exterior. Los obstáculos eran tales que desanimaron a muchos: aislado durante un siglo, el campesino tenía más fe en sus falsas tradiciones y su rutina agrícola que en un joven agrónomo que pretendía saber más que un anciano cuya vida era la de la gleba misma. Hoy día, algunos miembros de la burguesía regresan al campo y empiezan valerosamente la tarea que sus abuelos no supieron realizar. Encuentran mucha hostilidad por parte del campesino; pero no huyen.

¹² Code Domanial, p. 60 pass.

¹³ *Idem*, pp. 115-117.

¹⁴ También en una ciudad como Puerto-Príncipe, la escasez y el alto precio de la propiedad se hace sentir. Como el frente de los terrenos es muy costoso, las casas toman una fisonomía particular: son muy estrechas de fachada y alargadas, lo que les da una apariencia muy frágil, aumentada por los delgados postes de madera y los encajes de madera que las decoran.

CAPÍTULO VIII

¹ Afortunadamente, en Haití, el sistema de la pequeña propiedad no produjo, como en Francia, un movimiento de concentración de la tierra

en manos de los ricos que compraron a bajo precio los lotes de los más pobres.

² Fuera del trazo de 1749, era difícil, hasta 1940, encontrar en Puerto-Príncipe una calle importante que estuviera en línea recta o lo bastante ancha para permitir la construcción de aceras. El crecimiento de la ciudad fué completamente anárquico y dudamos que se le pueda calificar de *beau désordre*.

³ Ver el excelente capítulo IV de de Vaissière.

⁴ He aquí un caso de aculturación discutible. La importancia del padrino es muy notable en algunos países de Europa (v. Meyer, *Deutsche Volkskunde*, p. 109 pass.). En la Haití colonial, mientras la existencia y prestigio espiritual del padrino se debe naturalmente atribuir a la influencia católica, su papel educativo, según nos parece, brotó de las condiciones locales; se constituyó en función de las necesidades del medio social.

⁵ Janvier, p. 9. Son los Artículos 9, 10 y 11. Excepto la prohibición del divorcio, están repetidos textualmente en los Artículos 52 y 53 de la Constitución de 1816.

⁶ *Id.* p. 31.

⁷ Zimmerman, p. 362.

⁸ Muchas de las afirmaciones e hipótesis enunciadas en este trabajo y limitadas por precaución a la sola zona de Marbial, pueden aplicarse a la zona rural haitiana en general. Sin embargo, sospechando la existencia de divergencias entre algunas regiones del país, nos hemos guardado de generalizar demasiado, limitándonos muchas veces al Valle.

⁹ Gourou, p. 15.

¹⁰ El Servicio Agrícola del Gobierno tuvo mucha dificultad en convencer a los campesinos de la necesidad de podar sus cafetales para un mejor rendimiento. El agrónomo Edouard Berrouet, miembro del grupo de la UNESCO en 1948, nos contó que un rico campesino, después de larga discusión, aceptó cortar las ramas inútiles de sus matas: con manos temblorosas, logró cortar una ramita y se desmayó de dolor.

¹¹ Ver Herskovits, 1937, p. 257. Establece con autoridad el origen africano de la costumbre.

¹² Los *vaccines*, del español bocina, fueron introducidos en Haití hacia los años de 1929-1930, por los trabajadores agrícolas que fueron a Cuba para la zafra de la caña de azúcar.

¹³ El *jukuju* consistía en un guaje montado sobre un palo largo dentellado. El *shansi* era una maraca de hojalata.

¹⁴ Herskovits, 1937, p. 201.

¹⁵ Citamos al Dr. Price-Mars de memoria. No hemos conseguido su trabajo; pero recordamos haberlo leído en 1947.

¹⁶ Bastien, 1951, p. 162.

¹⁷ Descourtilz, II, p. 185.

CAPÍTULO IX

¹ Discutimos aquí aquellas familias establecidas en el Valle desde 1830 o 1840 (v. cap. VII).

² Sorokin, p. 167 pass. Sorokin reconoce tres tipos de relaciones sociales: *familistic, contractual y compulsory*.

³ La Ley del 22 de diciembre de 1944, modifica el Art. 608. Otorga a los hijos naturales, reconocidos y nacidos antes del matrimonio de su padre con otra mujer, un derecho sobre la herencia igual al de los hijos legítimos.

⁴ Escher.

⁵ Dultzig.

⁶ Escher, p. 80.

En Marbial, la posesión de la casa paterna no implica forzosamente la del terreno donde esta construída. Las casas no son exactamente *biens immeubles*. Muchas veces se transportan a otro lugar. Conocimos una choza que había sido "mudada" tres veces.

⁷ Las fechas son aproximadas.

⁸ En 1950, había 607 mujeres de todas edades más, que hombres en una población de 18,987, en las tres secciones rurales ya citadas.

⁹ La expresión *pitit derbo* se aplica a los hijos ilegítimos o a los nacidos de una mujer que vive afuera de la residencia legal o reconocida del campesino.

¹⁰ Una causa muy poco conocida en Marbial es la de la "pérdida del nombre". Hasta 1922, cuando una ley prohibió la costumbre, era frecuente, en algunas partes de Haití, que los campesinos declarasen sus hijos en el Registro Civil, de la manera siguiente:

Pierrilus Bautista declara su hijo como Francisco Pierrilus, quien, a su vez declara sus descendientes como Andrés, Jacobo o Arnaldo Francisco.

Al dividir las propiedades de Pierrilus Bautista a la tercera generación, era difícil establecer legalmente el derecho de los de apellido Francisco sobre la herencia de Pierrilus Bautista.

¹¹ Hipoteca, ver nota 4, cap. III.

¹² Del proverbio, "*duvan pot* (la fachada de la casa) se volverá *dèyè kay* (la parte trasera) y *dèyè kay* se volverá *duvan pot*"; empleado para indicar la inestabilidad de la fortuna. Ver también la nota 8 del Cap. III.

¹³ La *gourde*, moneda nacional de Haití, vale, desde 1919, veinte centavos de dólar. A fines del siglo XIX estaba a la par con el dólar.

¹⁴ Gourou, p. 29 pass.

¹⁵ *Id.*

¹⁶ La siguiente anécdota da una idea de la gravedad de la erosión en Haití: alrededor de 1936, fecha en que el gobierno empezó a tomar medidas para combatir la erosión y favorecer la reforestación, un experto americano fué invitado a Haití para estudiar el problema. De regreso de su primer vuelo de reconocimiento sobre algunas regiones montañosas, declaró con pesimista humor: "Para combatir efectivamente la erosión, sería necesario cubrir las sierras con *greenbacks*..."

¹⁷ Hay otro tipo de arreglo: quien se encarga del animal recibe la segunda camada en su totalidad, dejando la primera al dueño.

¹⁸ Hablando estrictamente, el término 'reagrupación' se debería aplicar solamente al primer grupo porque el segundo, podría decirse, está en una fase del ciclo recorrido por las antiguas familias campesinas: desarrollo, florecimiento, decadencia.

¹⁹ En las cifras del censo dadas en el Cap. I, son 151; pero sospechamos que de los 81 casos enumerados bajo el título "faltan informaciones", un buen porcentaje pertenece a la categoría de arriba de 4 hectáreas o sea 3 *carreaux*.

²⁰ Censo de 1950. Exactamente 1,394.

²¹ Bastien, 1946, p. 90.

²² A veces, un campesino, para escapar a la ira de un dios vodú quien pide una ofrenda costosa, cambiará de religión; se convertirá al Protestantismo "donde los *loas* no entran". Por sincretismo, muchos santos católicos han sido asociados con los dioses vodú; como el culto a las imágenes no existe en el Protestantismo, el convertido se siente fuera del alcance de aquellos dioses.

²³ Woodring, pp. 77-78.

²⁴ Por lo menos 35,000 volvieron a Haití. Los trabajadores radicados en la República Dominicana tuvieron una suerte cruel: en una de las peores matanzas de la historia moderna de las Américas, más de 12,000 seres indefensos fueron aniquilados en el mes de octubre de 1937. Para tener un cuadro de la vida del campesino haitiano en Cuba, consultar la punzante novela del malogrado Jacques Roumain, "Gouverneurs de la Rosée" (p. 32 pass., Puerto-Príncipe, 1944).

²⁵ Era en 1939. Ahora el salario mínimo de un jornalero es de 70 centavos de dólar; pero muchos sirvientes siguen todavía ganando 3 o 4 dólares al mes en Puerto-Príncipe.

BIBLIOGRAFÍA

- Audain, J. J. y Chenet, Edmond. *Les Proverbes Haïtiens*. Port-au-Prince, 1896.
- Bastien, Rémy. *Anthologie du Folklore Haïtien*. México: Acta Anthropologica, 1946.
- Bastien, Rémy. "The Negro in Haiti," Chapter XXXIX in *The Negro Year Book (1941-1946)*. Tuskegee Institute, Alabama, 1947. pp. 617-631.
- Bastien, Rémy. "Haïti: Ayer y Hoy," *Cuadernos Americanos*, X-3. México, 1951. pp. 153-163.
- Bellegarde, Dantès. *Haïti et ses Problèmes*. Montréal: Bernard Valiquette, sin fecha.
- Briffault, Robert. *The Mothers*. 3 vols. New York: Macmillan Co., 1927.
- Bureau de Recensement: *Notas estadísticas manuscritas del Censo de 1950 para las Secciones Rurales de Cochon-Gras, Fond-Melon y Marbial*. Puerto-Príncipe: Département de l'Économie Nationale, 1950.
- Cabon, R. P. Adolphe. *Histoire d'Haïti*. 4 vols. Port-au-Prince, sin fecha.
- Code Civil d'Haïti (annoté par Abel Nicolas Léger). Imprimerie de la Presse, Port-au-Prince, 1934.
- Code Domaniaal. (Pub. par Maurice Nau et Nemours Telhomme), Port-au-Prince, 1930.
- Code Rural et Conseils Communaux. Port-au-Prince: Edmond Chenet, 1929.
- Département de la Justice: *Statut des Enfants Naturels et Etat-Civil des Paysans*. Port-au-Prince: Imprimerie de l'Etat, 1945.
- Descourtilz. *Voyage d'un naturaliste à Saint-Domingue*. 3 vols. Paris, 1809.
- Digby, Sir Kenelme. *A late Discourse made in a Solemne Assembly of Nobles and Learned Men at Montpellier in France*. London, 1658.
- Dorsainvil, J. C. *Manuel d'Histoire d'Haïti*. Port-au-Prince, 1925.
- Dublin, Louis I., Lotka, Alfred D., Spiegelman, Mortimer. *Length of Life*. New York: The Ronald Press Co., 1943 (revised ed.)
- Dultzig, Eugen von. *Das deutsche Grunderbrecht in Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft*. Breslau: Marcus, 1899.
- Durkheim, Emile. "De la Définition des Phénomènes Religieux," *Année-Sociologique* I. Paris, 1898. pp. 1-28.
- Escher, Arnold. *Der Einfluss des Geschlechtsunterschiedes der Descendenten im schweizerischen Erbrecht*. Zurich, 1900.
- Gourou, Pierre. *Les Pays Tropicaux, Principes d'une géographie humaine et économique*. Paris: Presses Universitaires de France, 1948.
- Herskovits, Melville J. *Life in a Haitian Valley*. New York: Knopf, 1937.
- Herskovits, Melville J. *Dahomey, an Ancient West African Kingdom*. 2 vols. New York, 1938.

- Janvier, Louis Joseph. *Les Constitutions d'Haïti (1801-1885)*. Paris: Marpon & Flammarion, 1886.
- Labat, Père J. P. *Nouveau Voyage aux Isles d'Amérique*. 2 vols. La Haye, 1724.
- Leyburn, James G. *The Haitian People*. New Haven: Yale University Press, 1941.
- Maximilien, Louis. *Le Vodou Haïtien, Rites Rada-Canzo*. Port-au-Prince, sin fecha.
- Métraux, Alfred. "Étude sur l'Agriculture Paysanne dans une Vallée Haïtienne." *Acta Americana* VI, 3 y 4. México, 1948. pp. 173-191.
- Meyer, Elard Hugo. *Deutsche Volkskunde*. Strasburg: Trubner, 1898.
- Moreau de Saint-Méry, M. *Description topographique, physique, civile et historique de la partie française de l'isle Saint-Domingue*. 2 vols. Philadelphia, 1797 y 1798.
- Murdock, George Peter. *Nuestros Contemporáneos Primitivos*. México, 1945.
- Nations Unies. *Mission en Haïti*. Lake Success, New York, juillet 1949.
- Price-Mars, Dr. Jean. *Ainsi Parla l'Oncle, Essais d'Ethnographie*. Port-au-Prince, 1928.
- Ramos, Arthur. *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Roumain, Jacques. *Gouverneurs de la Rosée*. Port-au-Prince, 1944.
- Rouzier, Sémésant. *Dictionnaire Géographique et Administratif Universel d'Haïti*. 3 vols. Paris y Port-au-Prince, 1888 y 1928.
- Roy, Dr. Louis. "Quelques données sur la Puberté en Haïti," *Bulletin du Bureau d'Ethnologie* N° 2. Port-au-Prince, 1943, pp. 17-21.
- Savine, Albert (édit). *Saint-Domingue à la veille de la Révolution (Souvenirs du Baron de Wimpffen)*. Paris: Louis-Michaud, 1911.
- Sorokin, Pitirim A. *The Crisis of Our Age*. New York: Dutton & Co., 1944.
- Sylvain, Jeanne G. "Infancia Campesina de Marbial, Haïti," *América Indígena* IX-4. México, octubre de 1949. pp. 299-332.
- Vaissière, Pierre de. *Saint-Domingue (1629-1789)*. Paris: Perrin & Co., 1909.
- Westermarck, Edward. *The History of Human Marriage*. London: Macmillan Co., 1903.
- Wimpffen, Baron de. V. Savine.
- Woodring, Wendell P., y otros. *Géologie de la République d'Haïti*. Port-au-Prince: Département des Travaux Publics, 1924.
- Zimmerman, Carle C. *Family and Civilization*. New York: Harper & Brothers, 1947.

PLANO no.1

Propiedad de una pequeña familia en Marbial, HAITI.

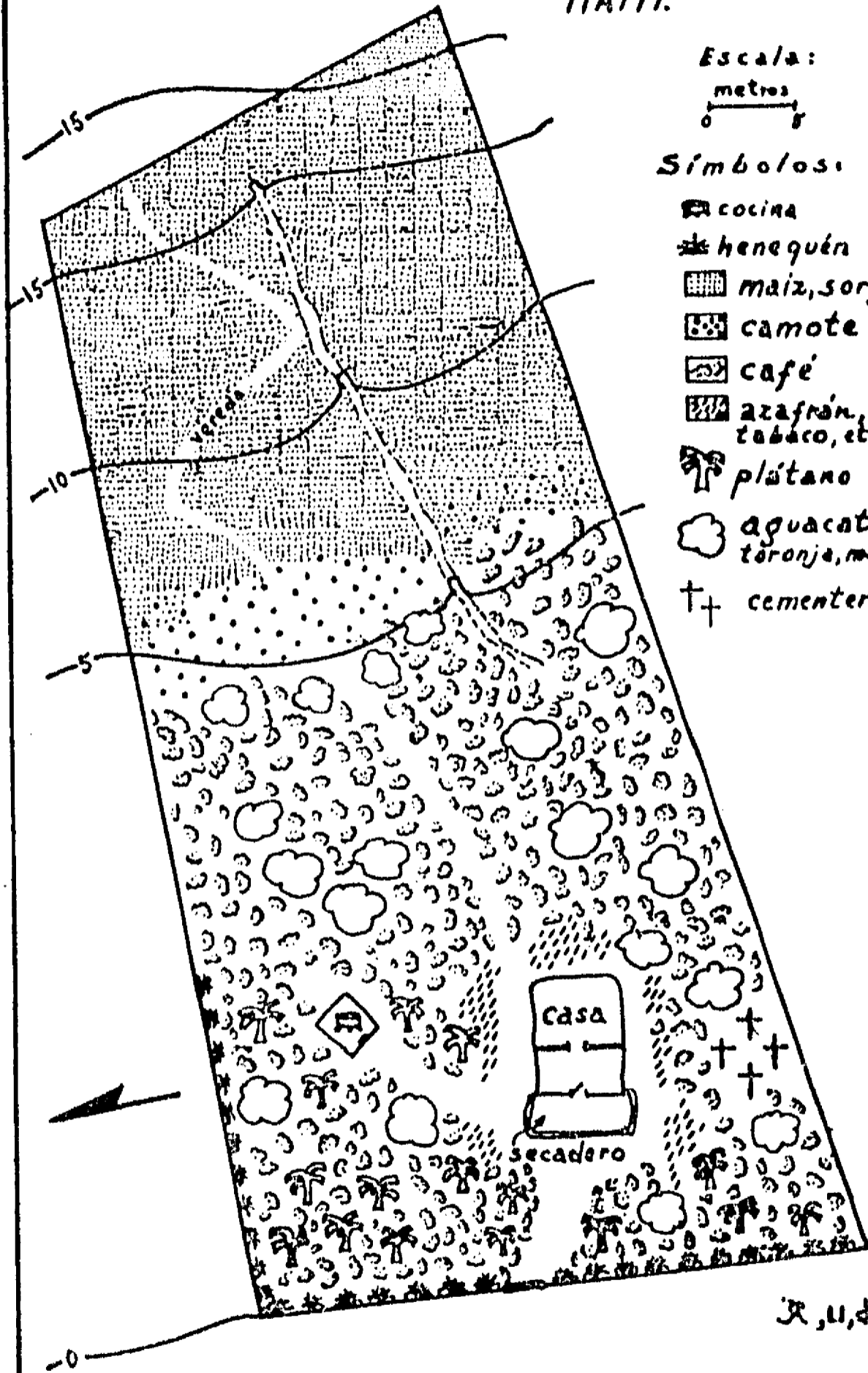
Escala:

metros



Simbolos:

- cocina
- henequén
- maiz, sorgo
- camote
- café
- azafrán, piña, tabaco, etc.
- plátano
- aguacate, toronja, mango, etc.
- cementerio

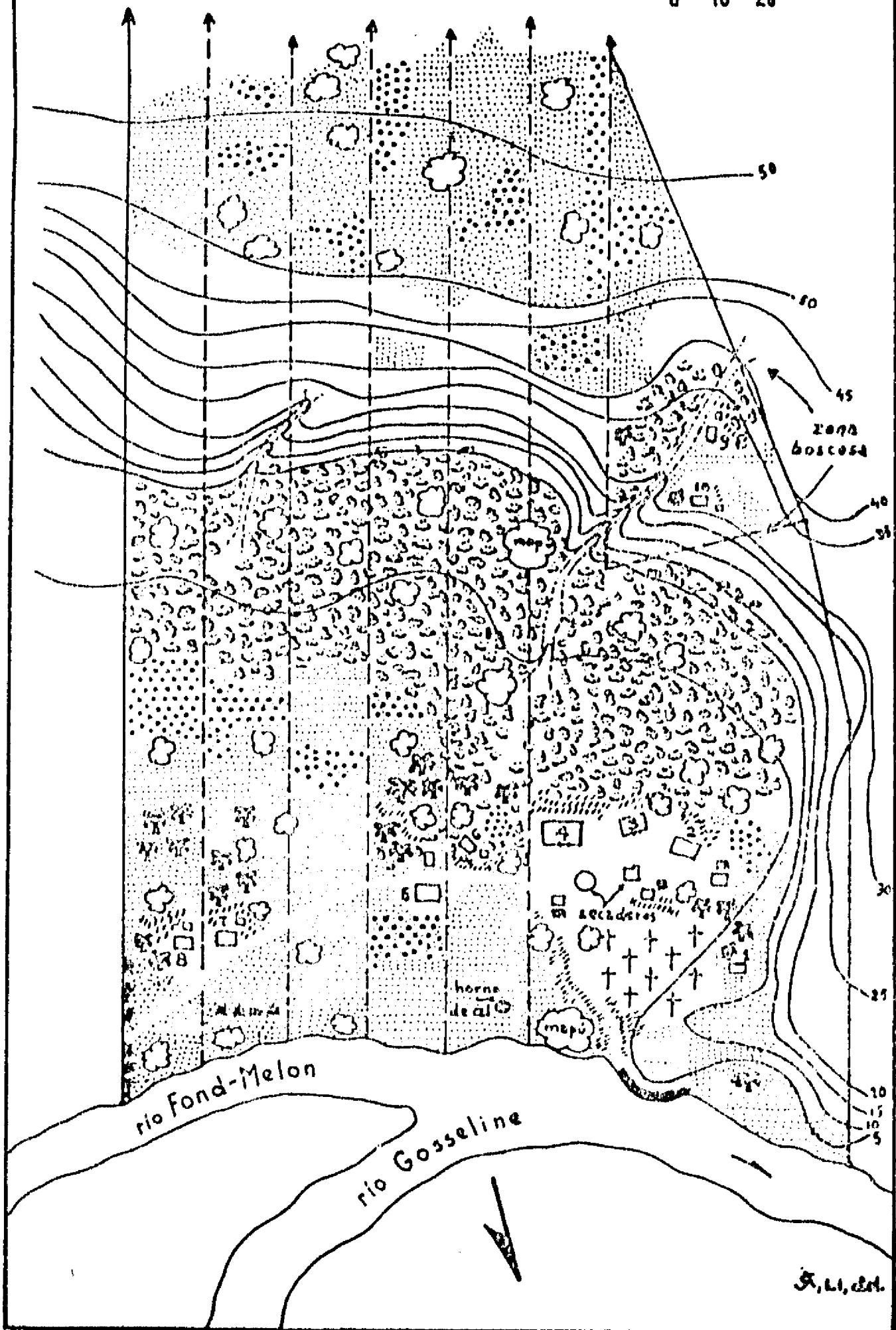


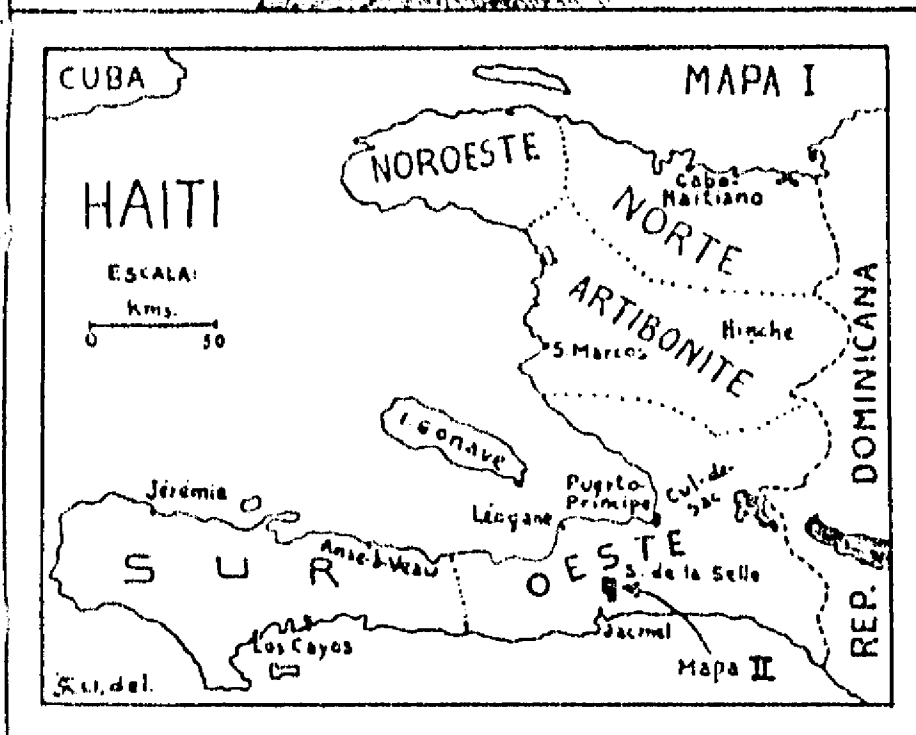
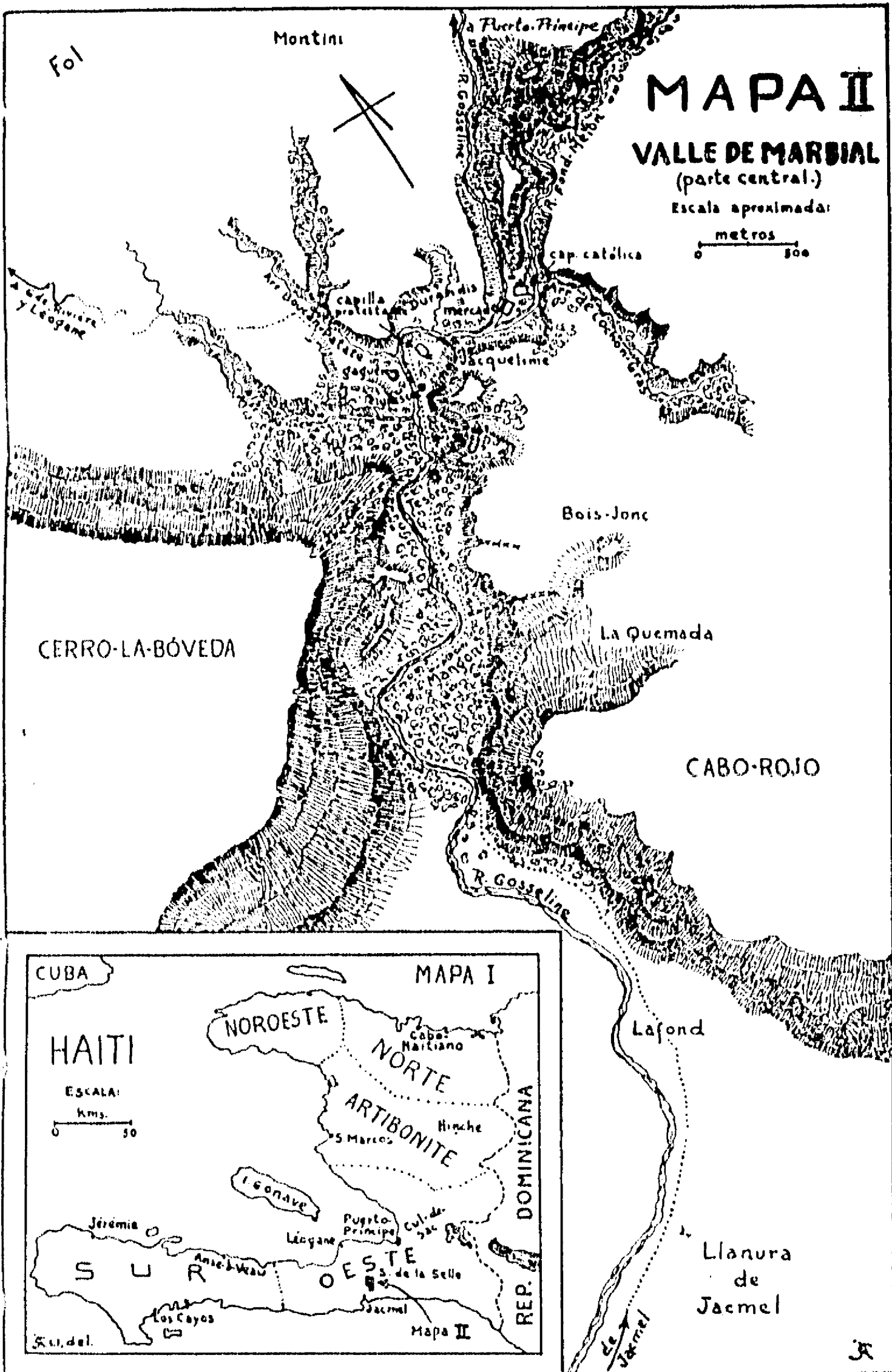
R, U, del.

PLANO n.º 2

propiedad de una gran familia en Marblal, Haiti.

Escala:
metros
0 10 20

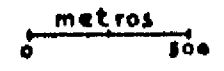




MAPA II

VALLE DE MARBIAL
(parte central.)

Escala aproximada:



CERRO-LA-BÓVEDA

CABO-ROJO

CUBA

MAPA I

HAITI

ESCALA:
kms.
0 ————— 50

SUR

OESTE

REP. DOMINICANA

Llanura
de
Jacmel

S. L. del.

MAPA II

JK

ÍNDICE GENERAL

Advertencia	11
Introducción	13

PRIMERA PARTE

EL VALLE ACTUAL

<i>Capítulo I:</i> El Medio y su Población	21
<i>Capítulo II:</i> Las Agrupaciones Rurales. El <i>Laku</i> : Aspectos Físicos	29
<i>Capítulo III:</i> El <i>Laku</i> : Organización Social y Económica	37

SEGUNDA PARTE

EL CICLO DE VIDA

<i>Capítulo IV:</i> Del Nacimiento a la Edad Adulta	49
<i>Capítulo V:</i> Establecimiento y Casamiento	67
<i>Capítulo VI:</i> Vida Conyugal y Muerte	87

TERCERA PARTE

DE AYER A MAÑANA

<i>Capítulo VII:</i> Tiempos Pasados (I)	109
<i>Capítulo VIII:</i> Tiempos Pasados (II)	122
<i>Capítulo IX:</i> Decadencia y Reagrupación	135
Conclusiones	157
Apéndice	165
Tablas	167
Notas	175
Bibliografía	183
Planos y Mapas	185